

EL DIABLO DE LA SELVA

Charles Mitchell



¿Quién era "Saitani", el implacable demonio africano?

EL DIABLO DE LA SELVA

CHARLES MITCHELL

El diablo de la selva

1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

219.—Ellos los muertos, 224.—Un cadáver a medida. 228.—Diez centavos por su piel. 257.—El canto del hacha, 272.—No dispaes, querida, 285.—Nadie elige su suerte,

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

¡Oh, maldita bestia de afiladas garras!
Más cruel que *liwaru*, (1)
más veloz que el *bongo*, (2)
más astuto que *majeannie*... (3)
¡Es SAITANI! (4)
¡Hiere, hiere, hiere...!
¡Mata, mata, mata...!
Antes que se seque la sangre en las lanzas,
otra mujer perderá a otro hombre
salido de su vientre.

(*Estribillo de un canto Kikuyú, del libro:
"Antología Negra del Amor y de la Muerte",
del Prof. P. W. Forbestein.*)

En dialecto indígena:

-
- (1) *León.*
 - (2) *Antílope.*
 - (3) *Hiena.*
 - (4) *Palabra indígena para designar al demonio.*

EL DIABLO DE LA SELVA

POR CHARLES MITCHELL

CAPÍTULO PRIMERO

Un rinoceronte es una fiera de más de dos toneladas que, visto de cerca inspira cualquier sentimiento, menos cariño maternal. Quizás fuera ese el motivo por el cual mi cliente, Bruce Látimer, se pusiera nervioso hasta el extremo de descerrajar la cabeza, con un tiro de rifle, a uno de los porteadores negros de la *safari*, que se encontraba a más de veinte metros del animal.

Un "White Hunter"¹ debe cuidar de su cliente de turno más que de su propia vida. De haber tenido tiempo para meditar lo que el tal Látimer se merecía, hubiera dejado que la feroz mole del paquidermo, lanzado a más de cincuenta kilómetros por hora, hubiera hecho de él lo que cualquier adulto puede conseguir cuando pisa una fresa. Solo tuve el tiempo justo para meterle al bicho una bala, exactamente encima del ojo izquierdo. Resultó un tanto paradójico ver aquella montaña de carne doblar las patas delanteras, para clavar mortalmente su enorme cabezota de ciento cincuenta kilos, a dos metros escasos de aquel gusano con pantalón corto y *salakof*, que vibraba de miedo, agarrado a su rifle, como si tocara una campana.

Creo que primero corrí hacia el negro con más velocidad de la que habría empleado, caso de haber tenido segundos antes mi arma encasquillada. Al llegar junto al caído, me fueron innecesarios mis quince años de estancia en África para saber cuándo algo está bien muerto en este mundo. Makory, mi ojeador kikuyú, ya solo serviría para hacer de relleno en una tumba, y aún esta, más pequeña de lo normal, dado el caso que el proyectil, del calibre .600, al terrible

impacto con su poder de penetración de cuatro toneladas le había pulverizado por completo la cabeza.

Látimer llegó hasta mí todavía con el cañón del rifle humeante.

Estaba pálido. Ignoro si por el hecho de haber matado a un hombre, o por haber estado a punto él mismo de ser convertido en papilla por el rinoceronte. Una hiena raquítica no me hubiera inspirado más desprecio.

—¡Ha sido un accidente...! —gimió—. ¡Todos lo vieron... se cruzó en mi camino...!

—¡Cállese y vuelva al coche, Látimer! ¡Ande... quítese de mí vista!

Por desviar mis ojos de él, no tuve más remedio que clavarlos en el despojo caído a mis pies. No es agradable la contemplación de un individuo decapitado, aunque, en el fondo, la muerte revista de esta forma un carácter impersonal. Pensé que casi era mejor así, sin verle la cara, sin sorprender en su rostro familiar, una mueca de sorpresa, de dolor o de miedo.

—¡A cualquiera puede ocurrirle lo mismo...! ¡Usted mismo, Kavanagh, que disparó al tiempo que yo, pudo haberle dado!

Me volví hacia él, oprimiendo el cañón de mi rifle como si fuera un limón.

—¿Qué quiere decir?

—Hay veces que, para asegurar la pieza, dispara usted a un mismo tiempo.

Nunca he estado más cerca en mi vida de aplastarle a nadie el cráneo con mis seis kilos de rifle. A nuestro alrededor, los diversos servidores negros, repartían su asombro entre Makory, el ojeador destrozado, y nosotros dos. Si bien es cierto que a veces es necesaria gran serenidad para matar a una fiera, no es menos difícil el mantener igual estado de ánimo para no romperle la cara a un idiota. A nuestro regreso a Nairobi, de mi actual comportamiento iban a depender muchas cosas.

—¡Vuelva al coche, le he dicho! —musité con los dientes apretados—. ¡Y guarde sus explicaciones para cuando esté delante del Delegado de Caza!

Caminó hacia el “jeep”, arrastrando el fusil por la arena. Un buitre de collera graznó en las ramas de un añoso árbol. Varias moscas, gordas como tábanos, comenzaron a tomar posiciones en los rígidos pies del caído. Desde aquí, el rinoceronte solo parecía dormir, mientras un solitario pájaro limpiaba su lomo de parásitos.

“Kent Kavanagh: esto es África...”

Lancé una maldición en voz alta, como si hubiera tenido pólvora

en los pulmones.

—¿Qué hacéis ahí parados, estúpidos? ¡Traed las herramientas y cavad un hoyo, donde quepa de pie un elefante!

Una tumba, en África, no lleva mayores requisitos. Por lo demás, con poco o mucho mármol, todas las tumbas son iguales.

Les hice cavar a fondo. Tres metros de fosa en una tierra áspera y calcinada.

—Lo suficiente, Makory, para que no llegue hasta ti el aliento repugnante de las hienas...

* * *

Este es el comienzo de una extraña historia, quizá demasiado fantástica para aquel que no se haya tostado nunca la piel al violento sol de África...

Me llamo Kent Kavanagh, tengo treinta y seis años y soy irlandés. La primera vez que pisé el extremo de este mapa, ya hace quince años, fue con un fusil en la mano y el encargo de matar hombres por cuenta del Gobierno inglés. A cambio, me dieron una medalla y un certificado de ex combatiente. Paradójicamente, yo no gané a África, sino que África me ganó a mí. Debo omitir la forma de cómo atravesé media quinta parte del mundo para llegar hasta Kenya y convertirme en un “White Hunter”.

Si volviera a nacer, haría otra vez, aunque fuera descalzo, el camino para ser lo que ahora soy. Me gusta el cielo estrellado del continente negro, el trompeteo de los elefantes, la llamada perezosa de una leona en celo y el ruido nocturno del *veltd*, cuando el leopardo acecha...

Uno cree saber muchas cosas de la selva, porque supone que le han salido los dientes debajo de un cocotero y ya tiene las sienes blancas. Si así hubiese sido en realidad, yo habría mandado al diablo al honorable Bruce Látimer el día que quiso contratar mis servicios para organizar una *safari*. Es posible que su aspecto enclenque no me gustara desde el primer momento; admito que así fuera. Pero en plena temporada llevaba ya dos meses quitándole el polvo a mis rifles, sin andar más distancia que la que separaba mi *bungalow*, con el bar del hotel de cazadores.

Más de uno llamó a esto un paro forzoso... y estuvo en lo cierto. Un “White Hunter” debe cuidar de su reputación tanto como de sus dientes; concretamente, todo lo contrario de lo que yo hice.

Trabajaba a la sazón para una de las principales empresas de Nairobi —cuyo nombre no viene al caso— encargada de organizar

safaris, y en combinación con las principales agencias turísticas del mundo. Me encomendaron un matrimonio americano, con más ganas de retratarse junto a leones muertos, que decisión para matarlos por sí mismos. El marido —cierto conocido magnate del cine, cuyo nombre también omito— sea porque los rinocerontes le daban alergia, o sea porque le atraía más el *whisky*, optó al final por dormir una continua borrachera, tumbado en la cómoda litera de su tienda. Entonces, su mujer, ex mecanógrafa, ex maniquí, y toda esa serie de “ex” que suelen ser algunas mujeres en América, antes de casarse con un millonario, dejó a un lado la caza del rinoceronte, para dedicarse a darme caza a mí.

Puestos a omitir cosas prescindamos también del final que tuvo aquella maldita historia. Resumiendo: yo me quedé sin empleo e incluso estuve a punto de que me retirasen la licencia. El testimonio de un negro borracho no vale gran cosa; pero existe el precedente de una historia parecida, que costó la vida de un hombre y de la cual Ernest Hemingway sacó una de sus populares novelas.

A continuación de esto, siguen los dos meses a que me referí antes, soplando el polvo del cañón de mi carabina. No quise ofrecer mis servicios a ninguna otra compañía, un poco por dignidad y otro poco por temer que me rechazaran correctamente. Teniendo en cuenta la enorme retribución que percibe un “White Hunter”, el dinero disponible por mí en aquellos momentos, si bien no era mucha cantidad, sumaba lo suficiente para poder montar una *safari* por mi cuenta, caso de encontrar clientes. Y entonces, decidí independizarme, transcurriendo dos meses antes de que tuviera ocasión de inaugurar el negocio.

La ocasión me la deparó Bruce Látimer. Él puso las condiciones. Le daba igual cazar pájaros que elefantes; el caso es que teníamos que ir por una ruta concreta, que él me señaló. Di mi conformidad y, a partir de ahí, comenzaron las dificultades. Cuando ya iban compradas la mitad de las provisiones, Látimer me exigió que lleváramos como ayudante a un tal Steve Grogan, cazador mestizo, hijo de madre negra y de borracho blanco, cuya fama en Nairobi quedaba bien sentada con el solo antecedente de haber estado tres o cuatro veces en la cárcel, por cazador furtivo. Si me piden llevar en la *safari* un tanque de nitroglicerina, no me hubiera causado más contrariedad. Ante el temor de que mi cliente se echara atrás, después de invertido la mitad de mi capital, acepté sin ningún entusiasmo.

Si bien al principio Grogan no me dio ningún dolor de cabeza, por el contrario, mi querido cliente, hizo todo cuanto está al alcance

de un ser humano para contravenir el reglamento completo de las leyes de caza. A saber:

Subido en el “jeep”, disparó contra animales; mató a dos hembras, de elefante y de león, respectivamente, a pesar de mi advertencia, y sin que en ninguno de los dos casos estas le atacaran, poniendo en peligro su miserable vida. Por último, dio bebidas alcohólicas a los negros, e hirió a más fieras de las que tengo ganas de recordar.

Un “White Hunter” debe procurar dar caza a un animal malherido, primero por humanidad, segundo, porque a partir de ese momento, se ha convertido en una fiera peligrosa, y tercero, porque lo manda la Oficina de Caza. Con tal motivo, decidí disparar al mismo tiempo que Látimer, brindándole luego la ocasión de decir que la bala de trayectoria derechita al cerebro de la fiera, era la suya.

Es una marrullería casi tan vieja como el oficio, de guía a sueldo. Por lo general, el cliente que ha venido a cazar para luego ufanarse ante los amigos mostrando una colección de pieles, no duda en creer, con ingenua vanidad, que él es siempre el que da en el blanco.

Esta determinación la tomé con Bruce Látimer después que hirió al bicho más astuto, asesino y traicionero de África. Un leopardo tocado es el mejor regalo de Navidad que se le puede desear a nuestro peor enemigo. Localizamos a la fiera, después de día y medio de penoso rastro, matándola, sin poder evitar que antes, con sus patas traseras, desgarrara el vientre de un ojeador wakamba, y casi le arrancara la clavícula a otro, de un mordisco.

Aquella noche cosí la tripa al negro, como Dios me dio a entender y, después de prestados los primeros auxilios a los dos heridos, los mandé en uno de los tres “jeeps” a Nairobi. Pensaba lo “bien” que iba a caer en la Oficina de Caza esta nueva noticia de Kent Kavanagh. Látimer se empeñó en levantar nuestro campamento al día siguiente, dirigiéndonos al territorio de Serengueti. Esta es una de las mayores Reservas² de leones de toda el África inglesa, donde los turistas solo vienen a retratar fieras, para luego acabar matando a diestro y siniestro, solamente con el loable propósito de conseguir mejores efectos fotográficos.

Yo iba al volante del “jeep”, en cabeza, mientras Látimer consultaba su mapa, que no soltaba ni a sol ni a sombra.

—Cuando encuentre algún sitio adecuado en su precioso mapa, nos paramos. No obstante, aquí, con que tire una piedra al aire, es suficiente para descalabrar a un león.

No dije nada y seguí conduciendo el coche hacia donde a mí se me antojó. Por el retrovisor advertí, entonces, una completa familia de leones trotando detrás del vehículo. De haber tenido gana, le habría explicado a Látimer que la frecuente costumbre de que estas fieras persigan, a veces mansamente, a los coches, obedece al truco empleado por los guías para que sus respectivos clientes puedan filmar más de cerca a las fieras. Estos sujetan cebos de carne a un cable de hierro, que el coche arrastra. A veces, los leones siguen a un vehículo, sin más intención de que se les eche comida. En esta zona un día no muy lejano, los leones acabarían jugando al póker con los turistas.

Fue esta risueña idea la que apartó mi atención de Látimer; cuando quise darme cuenta, mi querido cliente apuntaba desde el coche con su “Rigby” del 416, a la cabeza de una pacífica leona. Di un frenazo en seco para arrojar con mis manos a Látimer del coche, como si tirara lastre de un globo, dejándole en tierra, solo a cinco metros de la leona. Luego pisé de nuevo el acelerador, hasta alejar el vehículo los quinientos metros que manda la ley.

Desde esa distancia vi como Látimer temblaba, sujetándose al rifle para no caerse. La leona lo miró curiosamente, volviéndole después el rabo con la más femenina de las indiferencias. De haberse decidido a devorarlo, yo le hubiera llevado acto seguido bicarbonato.

Cuando volvimos de nuevo junto a él, le oscilaban todavía las mandíbulas, sin poder articular claramente las palabras.

—¡Es usted un asesino...! —gritó.

—¿Y usted qué es? —repliqué indignado—. ¡La caza es un deporte! ¡Bastante desigualdad tolera la ley, para que el resto se lo salte usted con pértiga!

Grogan intervino, como un perro lamerón:

—Creo que es usted demasiado injusto con Mr. Látimer.

—¡Yo soy el jefe y único responsable de esta expedición! ¡Limítese a cumplir con su obligación, antes de querer hacerme saber la mía!

Acampamos junto a un poblado Masái. Durante dos días, mi cliente estuvo saliendo con Grogan sin que, con gran contrariedad por mi parte, ningún león se decidiera a comérselos crudos. Yo me limité a estar sentado tranquilamente en mi tienda, esperando que Látimer reclamara mis servicios.

Al cabo de la segunda jornada vino a mí, descamisado, lleno de polvo y empapado de sudor.

—Quiero volverme a Nairobi.

Pensé si los Masáis habían intentado practicar en él el canibalismo o sí, por fin, los leones se mostraban propicios a echarle de África. Lo cierto es que el corazón me dio una zapateta de alegría, pensando que aquí se iniciaba el fin de mi tormento.

El contrato me comprometía a dos meses de *safari*, y el verme de repente liberado a los veintiséis días —más cuatro de regreso— me parecía casi imposible. Ni siquiera me paré a pensar sobre el motivo de su súbito cambio de parecer. Quizás, el aliciente de que dentro de muy poco iba a perder de vista a mi cliente, hasta el día del juicio final, hizo que me mostrara un poco más sociable que en las últimas jornadas.

A un día escaso de Nairobi le hice mi última proposición de caza, con la proverbial cortesía que es normal en un “White Hunter”:

—Estamos en la zona de Makueni; esta extensión, que es la de Machacos, es la mayor reserva de rinocerontes de África. Su permiso todavía le permite matar uno.

Contrariamente a lo que a mí me ocurría, él parecía estar visiblemente malhumorado.

—No quiero cazar nada más —dijo categóricamente.

—Bueno, entonces voy a pedirle un favor. Autoríceme a cazarlo para mí. Tengo un compromiso en Nairobi con unos amigos, que desean mandar el trofeo a Europa, como regalo.

Dijo que sí, y yo me dispuse a salir, llevando a mi porta-escopeta Makory y a varios negros. Inesperadamente. Látimer mudó de propósito y, con gran disgusto mío, se unió al grupo.

—Voy con usted.

Y vino. Yo maté al rinoceronte, y él mató a Makory.

Ese fue el comienzo de la tragedia.

* * *

Tumbado en mi tienda aquella noche, después de la muerte de mi fiel ojeador pensaba, encomendándome a todos los diablos, en lo que iba a decir al jefe del Departamento de Caza, cuando al día siguiente se supiera el asunto. Yo no era santo por el que el capitán Ramsey sintiera gran devoción, sobre todo, desde que le quité aquella novia que, luego, afortunadamente para ambos, no se casó con ninguno de los dos.

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

Era Látimer. Un Látimer manso y sumiso, como un cordero

pascual.

—Quiero hablarle, Kavanagh —prosiguió, sin que yo le hiciera ninguna indicación—. He estado pensando que quizás, eso del negro, podía tener buen arreglo... principalmente, si usted quiere ser razonable... Pudo ser el rinoceronte quien lo mató.

Me eché a reír sin tener maldita la gana.

—¡Claro que sí! Y, sobre todo, teniendo en cuenta que en este campamento lo saben ya hasta las pulgas de los porteadores.

—Eso corre de mi cuenta —dijo sin inmutarse—. Si hay algo barato en este mundo, es un negro; en cuanto a Grogan, ya hemos llegado a un amistoso acuerdo. Solo falta usted...

Del puñetazo rebotó en la lona. Pero no se volvió; se quedó encogido, acobardado, sin intentar enfrentarse conmigo, dándome de esa forma una oportunidad para aplastarle la cara a golpes.

Salí furioso como un búfalo, situándome en dos zancadas ante la tienda de Grogan.

—¡¡Grogan...!!

No tuve paciencia para esperar a que saliera; irrumpí en la tienda, estando a punto de abrirme la cabeza contra el palo central. Mi ayudante, tumbado en su litera, contaba amorosamente un buen fajo de billetes ingleses.

Cogiéndolo por los pies, lo arrastré afuera, hasta el centro mismo del campamento; luego, esgrimiendo un látigo de piel de rinoceronte, lo estuve sacudiendo sobre su lomo hasta que me dolió el brazo.

—¡Ahora, largo de aquí, antes de que te cuelgue de un árbol, para que sirvas de cebo a los leopardos!

Con el rostro todavía retorcido por el dolor, se puso de rodillas, suplicante:

—¡Es de noche! ¡Me atacarán las fieras!

Fui hasta su tienda, volviendo con un rifle que le arrojé, abriéndole involuntariamente, con el pesado cañón, una brecha en la cabeza.

—¡Ya tienes equipaje! ¡Si andas ligero y los carniceros no huelen tu sangre, puede que mañana por la tarde estés en Nairobi! ¡Y no me mires así; ni con un rifle en la mano tienes suficientes agallas para matarme!

Abandonó el campamento, sollozando como una mujerzuela. Látimer contemplaba la escena desde un rincón apartado.

—¡Y usted escúcheme —le dije—: voy a estar toda la noche despierto, con un rifle en la mano! ¡Como oiga a alguien respirar, le salto los sesos de un balazo! Tengo demasiado interés en que

mañana comparezcamos, los dos juntos, cogidos del brazo, ante el jefe del Departamento de Nairobi.

* * *

Así fue como perdí mi licencia de caza.

CAPÍTULO II

La revisión de los hechos duró menos de una semana. Al final, Látimer tuvo que pagar una indemnización a los herederos de la víctima, recibiendo a un tiempo la orden para que abandonara el territorio antes de cuarenta y ocho horas. En lo que a mi persona respecta, me prohibieron ejercer mi profesión de cazador por tiempo indefinido.

El mismo día de la sentencia fui a la oficina del Capitán Ramsey, con un humor de todos los diablos.

—Llueve sobre mojado, Kavanagh —me dijo, sin abandonar de entre los dientes su sobada pipa—. Y si no fuera usted ex combatiente, habría hecho, además, que lo expulsaran del territorio.

Me apoyé con las dos manos en el borde de su mesa, mirándole con los ojos entornados, igual que si afinara mi puntería con una carabina.

—Usted espera que yo le suplique, que me arrastre por el suelo como si fuera una *mamba*... Pero África es muy grande, y para disparar un rifle no hace falta saber idiomas.

Me hizo salir de la oficina, mordiendo la pipa como si fuera a comérsela. Luego, caminé hacia el hotel donde se hallaba hospedado Látimer. Todavía no me había liquidado la cuenta, y si se iba a marchar al día siguiente, no era cosa de demorar el asunto.

Se encontraba haciendo las maletas, cuando entré hasta su habitación, sin anunciarme.

—Son mil quinientas libras —le dije a modo de saludo.

—¡Eso es una barbaridad! —protestó.

—Usted sabe de sobra que hoy, en todo Kenya, no se encuentra quien le organice una *safari* por menos de cuarenta libras diarias. Yo le pongo treinta y cinco.

—¡Pero no hemos estado los dos meses que se estipulaba en el contrato!

—Por eso mismo. Los gastos de organización estaban calculados sobre un total de días, que ahora quedan reducidos a la mitad. La hospitalización de dos negros, heridos por la pantera, también ha corrido por mi cuenta. Aparte de los víveres sobrantes, que de aquí a que pudiera comérmelos, ya no tendría ni dientes.

—¡Puede usted volver a venderlos!

—Desde luego; a bajo precio. Eso ya lo he tenido en cuenta; de no ser así, mi minuta subiría un montón de libras más.

Se echó a reír como, si de repente, le hubiera acudido a la cabeza alguna idea genial.

—Bueno: yo estoy conforme con el contrato. Queda todavía un mes de *safari*. Acábelo de cumplir.

La salida era una tontería de las más gordas. Él sabía de sobra que, si por causas de fuerza mayor, la expedición era suspendida, tenía la obligación de abonar un veinte por ciento del tiempo cancelado. Además, cuando ocurrió el accidente, ya estábamos de regreso en Nairobi, según sus deseos.

Pude argumentar todo esto e inclusive, amenazarle con una denuncia legal por incumplimiento de contrato, pero no quise.

Por el contrario, fui hacia él andando despacio para ponerle al final una mano en el hombro, de la forma más marcadamente afectuosa que me fue posible.

—Látimer: está usted hablando con un hombre al que ya le importa un rábano lo que en este territorio pueda ocurrirle. Me obligan a largarme, como a usted; con la diferencia de que yo, aquí, me ganaba la vida, y usted solo ha venido a hacer deporte. Necesito ese dinero para organizarme en otro sitio... Dígame sí, por el contrario, le interesa una paliza de mil quinientas libras.

A juzgar por la palidez de su cara, comprendí que no, mucho antes de que empleara la palabra.

—Está bien. Kavanagh... usted gana. He tenido que dar mucho dinero a la familia del negro y... uno debe mirar siempre por dónde puede ahorrar gastos...

—Si usted quiere ahorrar, vuélvase a Inglaterra a nado. Yo no soy ninguna institución de carácter benéfico.

—¡He dicho que de acuerdo, Kavanagh! Sin embargo, tendrá que aguardar hasta mañana. Estoy esperando un giro telegráfico. Con lo del maldito negro, solo me han quedado encima quinientas libras.

Vi otra vez el panorama completamente nublado, igual que si tuviera una nube en cada ojo. Con toda la paciencia de que fui capaz, anduve hasta su chaqueta, que se encontraba colgada en el respaldo de una silla. Sin que el otro hiciera nada por evitarlo, extraje de su cartera un puñado de grandes billetes que, efectivamente, sumaban quinientas libras.

—No le importará que me quede esto a cuenta —dije, cuando ya tenía el dinero metido en el bolsillo—. Debo comprar azúcar para el loro.

Se echó a reír, con una serenidad que casi me desconcertó.

—Le espero a comer mañana. Como usted sabe, el tren no sale hasta las seis... De momento, puede usted poner un negro de guardia a los pies de mi cama.

Me marché fastidiado, para luego no pegar un ojo durante toda la noche pensando en el maldito asunto. Por la mañana, nada más levantarme, llamé por teléfono al hotel.

—¡Vaya... mi amigo el desconfiado! Yo tengo el dinero, hombre, y todavía sigo esperándole para que me acompañe a almorzar. No falte, a las doce.

Le dije que antes faltaría a mi entierro, y me dispuse a afeitarme. Estaba jabonándome, cuando algo que acudió de repente a mi memoria, me hizo abrir la boca, estando a punto de tragarme la brocha.

—¡¡Kimbala!!... —grité, salpicando el espejo de jabón.

Mi criado wakamba apareció en la puerta, con un puñado de corbatas en la mano.

—¡Kimbala...! ¿Sabes a qué hora sale el primer avión de la mañana?

—No sé seguro, *bwana* —dijo, restregándose las corbatas sobre su cabeza—. Hay uno que suena a las siete... y otro... sobre las once...

Miré el reloj y eran las diez y media. Me abalancé sobre el teléfono pidiendo comunicación nuevamente con el hotel.

Tuve que esperar casi cinco minutos maldiciendo antes de que me dieran línea.

—Mr. Látimer ha abandonado el hotel hará cosa de media hora.

Un disparo del seiscientos en el oído, no me hubiera hecho peor efecto. Kimbala y su manojito de corbatas salieron por los aires, cuando como una exhalación salí corriendo hacia la puerta, poniéndome inexplicablemente los pantalones.

En mi vida he hecho con un coche lo que hice con el “jeep”, saltando sobre hoyos que no habría salvado ni un canguro. Cuando llegué al aeropuerto, el avión de las once todavía repostaba. A Látimer lo descubrí escondido en una cabina telefónica. Cerré la puerta que afortunadamente no era de cristales, quedando los dos más juntos de lo que pueda desear una pareja de enamorados. Mi honrado cliente tenía tanto miedo, que hasta el aliento le olía a descomposición.

—La sopa se está quedando fría —le dije entre dientes.

—Mc... me decidí... por... por el avión —dijo, tartamudeando—. En el sobre... en el hotel le dejé un sobre.

—Bueno; aquí tenemos un teléfono.

En el hotel sabían de sobres, lo que yo de los habitantes de la Luna.

Le pegué una paliza; una paliza en toda regla, lo cual es de mucho mérito, sobre todo, si se tienen en cuenta las reducidas dimensiones de un locutorio telefónico. Después de registrarle de arriba a abajo, solo pude encontrarle seiscientas libras. Todavía seguía considerándome estafado, sin contar otros perjuicios. Por eso no quise dejarle un solo penique para el viaje, ni nada que lo valiera.

—Me llevo su precioso reloj, Látimer. No me gustan los relojes de oro... ¡pero todavía me gusta menos que me tomen por idiota!

Mr. Látimer no me oyó. Estaba tan dormido, como solo puede estarlo un recluta, después de un período intensivo de instrucción.

Luego me fui a casa a recobrar parte del sueño, que también me fue usurpado la noche antes.

* * *

“*Bwana Kent...*”

La voz tenía la resonancia lejana de un tambor de señales en plena selva.

—¡Kavanagh, despierte!

Abrí los ojos perezosamente, para enfocar en primer plano el rostro granítico del capitán Ramsey. Estaba tan cerca de mí, que casi me daba con su pipa en las narices. A su lado, había dos askaris de la policía indígena, negros y rígidos, como tallados en ébano. Mi criado casi se perdía en la sombra.

Me incorporé en la cama, restregándome los ojos. Un cerebro en caso de apuro, puede ponerse en funcionamiento más rápidamente que un motor de explosión. Supuse que Látimer me había denunciado. Esa era una estupidez por parte de él, que yo nunca había calculado. Casi me entró sueño nuevamente de pensar en las dificultades que ahora iban a surgir para los dos.

—Tiene que acompañarme, Kavanagh.

Miré a los negros.

—Esta es una *safari* que no me gusta nada.

—A mí tampoco me gustan los individuos irascibles, que llegan a olvidarse de que en el mundo existe una Ley. La selva tiene sus límites, Kavanagh.

Brinqué furioso sobre el colchón, cuando dije:

—¡El día que consiga reunir usted alguna vez en su vida dos mil libras y alguien se las quite, pruebe a llorar sobre un tomo de leyes,

y verá cómo se le aparece un hada y se las devuelve!

—Ese, poco más o menos, es el mecanismo normal de la justicia, y no el procedimiento que usted ha empleado.

—¿Qué quería que hiciera? ¿Qué le fuera a despedir con un ramo de violetas?

—Cualquier cosa, menos matarle. Dígame ahora, Kavanagh, ¿de qué le va a servir el dinero cuando vaya a la horca?

CAPÍTULO III

Si me llega a pisar un elefante en la barriga, creo que no hubiera sentido una presión más asfixiante que la que sentí sobre mi estómago en aquellos momentos.

—Repita eso, Ramsey —dije con un hilo de voz.

—Vístase, Kavanagh. Ya es usted mayor para saber las consecuencias que tiene un asesinato.

Por un momento pensé si no me habría excedido en la cabina telefónica, desechando luego la idea por disparatada.

—Dígame de qué ha muerto.

—Ya hablaremos cuando lleguemos a mi oficina.

—O me lo dice usted, o me tiene que sacar de aquí a rastras.

Debió sorprenderle, tanto como a mí, la decisión de mi propia voz.

—Lo sabe de sobra. Cráneo fracturado, por llamar de alguna forma a lo que le queda de cráneo.

Yo no había sido. Ahora estaba seguro. Me vestí con toda la tranquilidad que me fue posible. El montón de libras todavía estaba sobre mi mesilla. Me di cuenta que Ramsey las había visto desde el primer momento; inclusive, el billete de encima de todos, mostraba una pequeña mancha de sangre; de mis nudillos o de las narices de Mr. Látimer. Otra vez el estómago giró, como si fuera una máquina de mezclar cemento. Ramsey envolvió el dinero en su pañuelo, procurando no rozarlo con los dedos. Noté todavía el peso del reloj de Látimer en el bolsillo de mi pantalón, conviniendo en mi cerebro el tirarlo al diablo en cuanto tuviera ocasión, aunque tal y como estaba la cosa, iba a darme lo mismo.

—¿Vamos?

—Vamos. Pero no me coloque entre los dos negros, Ramsey, y le juro por mi honor que le acompañaré hasta el fin del mundo.

El caminó delante, a mi lado, pero con la pistola montada en su mano derecha. Solo así dejé que me metieran en un calabozo.

* * *

La justicia inglesa en las colonias tiene a veces, la celosa costumbre de primero, ahorcar a un presunto culpable, para después meterse en averiguaciones. Sin ir más lejos, días antes se había ajusticiado a seis negros, acusados de comer carne humana,

resultando después que la carne en cuestión era de *jacoquero*³.

Fuera, oía los pasos del askari de vigilancia, paseando monótonamente por delante de mi puerta. Ramsey, acompañado del comisario y dos testigos, no tardaría en venir a recogerme para ir a declarar.

Me senté en el banco de yeso, adosado a la pared, tratando de hilvanar lo que iba a decirles, y que ellos, no estarían dispuestos a creer. Al cabo de un rato, sentí ruido en el pestillo, oyendo momentos después la llave, girando en la cerradura.

Permanecí sentado, intentando demostrar tranquilidad, pero la puerta no se abrió. Pensé, al cabo de unos instantes, si el carcelero askari no estaría tal vez convenciéndose de la seguridad de los cerrojos, hasta que al fin, extrañado de no percibir nuevamente ruido, fui hasta la puerta tanteando la pesada madera. Estaba tan abierta como solo pueden estar las puertas del Cielo para los justos.

Todavía sorprendido por el extraño acontecimiento, empujé la madera unos centímetros para mirar a través de la rendija. El askari estaba tendido en el suelo —con las piernas abiertas— y el fusil caído a su lado.

Lo primero que pensé es que Ramsey me estaba tendiendo una treta para acribillarme a balazos con la excusa de una presunta huida. La sangre me hirvió como si fuera un baño térmico. Caminé sigilosamente hasta el negro. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al inclinarme sobre el askari, descubrí en su cabeza el más soberbio chichón que he visto en mi vida.

Solo entonces pensé que en Nairobi tenía todavía a algún amigo dispuesto a jugarse el pellejo por mí. Cogí el fusil del caído, llenándome los bolsillos de cartuchos para, después, deslizarme por el largo pasillo conteniendo la respiración. Al doblar el primer recodo llegó claramente hasta mí el ruido de algunas voces, en animada conversación, entre las que identifiqué claramente la de Ramsey hablando sobre derechos legales. Podía divisar perfectamente su puerta entornada, por la que se filtraba una gruesa raya de luz, mezclada con vapores de cigarro, que crucé de puntillas con el dedo puesto en el gatillo, hasta encontrarme frente al amplio recuadro de la entrada. Por un milagro del cielo, el askari de vigilancia me daba en ese momento la espalda contemplando abstraído la calle.

La escalera ascendente a las dependencias superiores se hallaba exactamente al otro extremo de donde yo me encontraba. Me deslicé a espaldas del indígena, sin comprender cómo no pudieron dejarle sordo los latidos de mi corazón. Cuando estuve en el rellano

superior, las piernas me bailaban como si acompañasen una rumba.

El salto desde una ventana a cuatro metros de altura, hizo retemblar todo mi cuerpo; luego corrí como alma que lleva el diablo, eludiendo las partes más frecuentadas de esa pequeña ciudad que es Nairobi. Afortunadamente, el circular por todo Kenya con un arma en la mano, no produce extrañeza ni aún a las propias fieras, que saben distinguir un disparo de rifle, mejor que un técnico en explosivos. Por lo demás, las altas horas de la noche me brindaron toda la soledad y amparo que pude desear, hasta llegar a ese límite brusco que forma la ciudad con el principio de la selva.

Pocas veces en mi vida me he visto obligado a andar por la jungla siendo de noche. Se siente lo mismo que debe sentir un ciego sin lazarillo, cuando cruza una calle llena de tráfico. Tampoco iba a ser esta la primera vez que me guiara a través de la selva por las estrellas; sin embargo, ninguna constelación, por mucho que haga ponerse bizco de emoción a cualquier astrónomo, sirve para inmunizarse contra las garras infectadas de un felino, o la mordedura apenas dolorosa de una serpiente *mamba*.

Mi intención en ese momento era, atravesar Kenya hasta Uganda y allí, si los cocodrilos y los soldados indígenas de la frontera me lo permitían, cruzar el río Semiliki para adentrarme en el Congo Belga. Algo duro y difícil, aunque no tanto como la idea de aceptar tranquilamente una soga alrededor del cuello.

Los ladridos de una jauría de perros, a distancia, me hizo apretar el arma entre mis manos notando la culata resbaladiza, a causa del sudor. ¡Habían descubierto mi huida!

Los canes avanzaban, despertando mil extraños sonidos en la selva y olfateando mis pasos. Corrí dando un rodeo para situarme a favor del viento. Varios pájaros levantaron el vuelo, graznando en diferentes tonos. Las ramas me arañaban la cara y se enredaban en mis pies, haciéndome tropezar y caer a cada paso.

Pese a mi alocada marcha, los ladridos se hacían por momentos más audibles, creciendo con su proximidad mi desesperación. Sabía que casi faltaban dos millas hasta el riachuelo cerca del primer poblado Kikuyú, donde los nativos llevaban a abreviar sus bestias.

Fue esa una desesperada carrera que jamás pensé ganarle a los peños. Cuando caí, exhausto, junto a la orilla encenagada del pequeño río, un rinoceronte macho, que bebía solitario en la otra orilla, levantó hacia mí sus ojos cegatos olfateando el aire con el característico mal humor de estas bestias. No tenía ya fuerzas para levantar el fusil o sentir siquiera miedo; por eso, cuando la fiera dio la vuelta alejándose pesadamente con un bufido, me quedé tan

indiferente como si ni siquiera hubiera existido. Mi obsesión eran los ladridos; los sentía cerca, todo lo endiabladamente cerca que, a veces, puede ser para nosotros la distancia de media milla.

Extraje del bolsillo de mi camisa el encendedor, prendiendo fuego a cuantos arbustos secos y retorcidas ramas de espino hallé a mí alrededor, formándose en menos de cinco minutos una espesa cortina de fuego y humo apestoso, que iluminó la selva como una antorcha gigantesca. Luego, chapoteando y sin soltar el fusil de mi mano, corrí río arriba, con el agua por las rodillas.

No hay nada que atrofie más el olfato de un sabueso, que el olor del humo. Los ladridos se fueron perdiendo a distancia, mientras a mi espalda se avivaba el resplandor de la hoguera violenta, nacida simplemente de un modesto mechero.

Caminé metido dentro del agua, hasta que el cielo comenzó a clarear. Caminé con automatismo, igual que oscila un péndulo cuando se le impulsa con un violento golpe. Pero un péndulo no tiene vida, y yo sí la tenía; por eso precisamente, por CONSERVARLA, caminé arrastrándome por malezas, cuyas ramas entrelazadas no dejaban al descubierto ni una pulgada de cielo. Por laberintos de bambúes retorcidos, donde ni siquiera se aventuran los perros cuando con sus ladridos acosan al león...

Ignoro si más de una fiera llegó a batirse en retirada encontrando mi incursión demasiado atrevida, o si fue la Providencia que quiso darme más años de vida; la experiencia de aventurarme en la noche, reptando, igual que un ofidio, con un techo de maleza sobre mis espaldas, es algo que espero no tener que volver a repetir más en mi vida.

Cuando el sol calentaba de firme, llegué ante un arroyo, rodeado de hierba fresca y verde, como el suelo de un paisaje irlandés. De no haber estado sediento y con la carne ardiendo debajo de los restos de mi ropa hecha jirones, puede que me hubiera maravillado, como otras veces, de la brusca y sorprendente África. Así, me arrojé vestido como una mosca sobre un plato de leche, pese a todo, el calor no se fue. Era fiebre; la peor enfermedad del trópico, sobre todo, para un hombre solo y sin recursos, perdido en la selva.

Me dejé caer a la sombra de un árbol, al pie del arroyo, notando mi cuerpo pesado como si fuera un fardo, y al poco rato estaba completamente dormido.

* * *

Pudo ser el canto de un pájaro, la risa disparatada de una hiena

o el ruido de una rama al ser tronchada por la pirueta de un mandril. La selva tiene su código de señales y el instinto que todos llevamos dentro para distinguir el peligro, me hizo dar un respingo, enderezándome de un salto.

No había nada, a no ser un silencio absoluto... y esto me advirtió del peligro. Las aves salvajes nunca dejan de cantar por su propio gusto. Busqué mi fusil con la vista, descubriéndole al borde del arroyo y con el cañón todavía sumergido en el agua; casi era seguro de que en la recámara los cartuchos también estuvieran empapados. Debía haber dormido casi diez horas, a juzgar por el tono apagado del cielo. Ya no tenía fiebre, aunque sí cansancio.

Continué recostado contra el árbol, sin moverme, fija la vista en el grupo de helechos. Solo entonces ocurrió algo que me hizo sentir un frío de muerte, igual que si mi esqueleto fuera de hielo. Sobre mi cabeza, ese “algo” perceptiblemente vivo latía acechándome; respiraba en silencio, sin ruido, con todo el criminal sigilo de... ¡una pantera!

Ahora tenía la evidencia de que era “eso”; aplastada contra una rama superior, y taladrándome con sus ojos vacuos y transparentes como cristales. La pantera es el único animal de la selva que mata por matar; tenga hambre o no, esté acosada o disfrute de plena libertad. Es astuta y dañina; para mí, el ser más nocivo de la Creación. No mide más de metro y medio, y yo he visto leones de doble corpulencia darle un rodeo evitándola, sin miedo, pero con precaución...

Toda esa institución de maldad, con las garras traseras más afiladas que una cuchilla de barbero, la tenía yo encima de mi cabeza. Hice un gran esfuerzo para no levantar la vista. Cuando los ojos de alguien se encuentran con los de una pantera, esta ataca siempre sin remedio, procurando cegar a su víctima.

Recé. Entonces volvieron a moverse los helechos. Fue demasiado para un hombre indefenso, acorralado y con los nervios rotos. Miré primero frente a mí, para después levantar brevemente mi cabeza, como si con esto mi oración pudiera llegar antes al cielo. De reojo vi un rayo negro lanzado sobre mí, seguido de un estampido que no llegó a madurar en mis oídos. No recuerdo cómo, noté mi cuerpo golpear contra el suelo, mientras el sabor caliente de la sangre me penetró en la boca y me hundía en una noche, más profunda que la selva misma.

Cuando volví a abrir los ojos, sentí un lacerante escozor en el hombro izquierdo que subconscientemente, asocié con el ataque de una pantera. Parpadeé confuso, al no advertir en torno mío animal alguno, ni nada que se le pareciera. Sobre mi cabeza, la tela inclinada de una lona, me reveló el familiar aspecto de una tienda de campaña; la luz de un farol de petróleo, prendido del palo central, resultaba demasiado fuerte para mis pupilas.

Creí, todavía adormilado, hallarme de *safari*, presa en ese momento de una pesadilla. Solo el dolor de mi hombro izquierdo, al ir a revolverme sobre la litera, hizo que me incorporara sudoroso intentando aclarar de una condenada vez mi situación.

Con una nitidez celestial vi entonces el rostro; frente a mí, mirándome fijamente, cómo solo se mira a un bicho raro a través de una lente. Se trataba de una mujer y lo suficientemente hermosa como para considerarse todavía bajo los efectos de un sueño. Tenía los ojos verdes, de una dureza deslumbrante, igual que el cristal de roca. Los pómulos suavemente marcados, y una boca recta y suave, con el tono más natural de carne que he visto en mi vida. El pelo cobrizo, se lo sujetaba hacia atrás con una cinta ceñida, dejándolo caer sobre sus hombros como una cascada.

Su serena inmovilidad de esfinge, casi me desconcertó. Creo que rompí el silencio con la sola intención de oírme.

—¿Quién es usted?

La mujer avanzó dos pasos antes de responder, moviendo apenas los labios.

—Me llamo Paula —dijo quedamente—. Paula Látimer... la esposa del hombre que usted asesinó en Nairobi...

Luego, antes de que tuviera ocasión de demostrar mi asombro, con una pequeña fusta de cuero que llevaba en la mano, me cruzó la cara tres o cuatro veces.

CAPÍTULO IV

Creo que fue mi aparente tranquilidad lo que le hizo suspender su vapuleo. Si me causó daño o no con el pequeño látigo, es algo que ya no recuerdo; lo cierto es que sentía la sangre resbalar por mi mejilla.

Se quedó ante mí, con la fusta levantada y sus enormes ojos verdes devorándome. La tranquilidad es el antídoto que mejor resultado me ha dado en mi vida contra las situaciones difíciles. Sonreí, mirando de soslayo mi hombro vendado.

—Es usted la segunda pantera que me ataca en el día.

Hizo intención de volver a restallar la cinta de cuero contra mi cara, pero logré arrebatársela a tiempo en el aire, para tirarla al otro extremo de la tienda. Casi por ensalmo surgió de la penumbra un negrazo, cuya presencia no había advertido, interponiéndose protector ante la viuda de Látimer.

Pocos negros había visto yo en Kenya que midieran lo que él a excepción de los indígenas Masáis; pero este no lo era, superando además en corpulencia a los valientes guerreros de dicha tribu. A juzgar por su atuendo a la europea, deduje que debía ser el mayordomo y criado especial de la mujer en el campamento. La viuda chilló rabiosa a su espalda.

—¡Dame el látigo, Kanga!

Kanga fue hacia el rincón a cumplir la orden, cuando la lona de la puerta se entreabrió para dar paso a un tercer personaje. De haber tenido fuerza para demostrar sorpresa, mi silbido no hubiera sido superado por una locomotora. Steve Grogan, el mestizo que sobornó Látimer cuando el accidente, y que yo eché a latigazos de mi campamento, me saludó con un rifle de cazar elefantes.

—¡Hola, Kavanagh! —dijo sonriente.

—¡Hola, hijo de Satanás...!

Una tienda de campaña, por grande que sea, siempre resulta harto reducida para cuatro personas. Dos, de las tres que frente a mí había, hubieran engordado de placer matándome. El odio que flotaba bajo la lona, resultaba más espeso que el lodo de un pantano.

—Bueno... —dije al fin—. ¿A qué estamos jugando?

Se lo solté a Grogan, que era —a juzgar por su cara de mono ansioso— quien más ardía en deseos por decir algo. Sin embargo,

fue ella la que primero salió al paso.

—¿Dónde está el plano que robó a mi marido?

—¿De qué plano me está usted hablando, señora?

—¡De sobra lo sabe! El del cementerio... del tesoro.

Era un disparate. Casi el argumento de una historieta infantil de piratas. Lo tomé de la única forma que se podía tomar: a broma.

—Mi querida señora: si se refiere usted al cementerio de los elefantes, le diré que ese mito ya solo existe en las películas de Tarzán. Hoy en día, todo el mundo sabe que cuando un elefante se muere, los puercoespines se encargan de comerse sus colmillos, los carniceros de la selva su carne, y de los huesos, dan buen fin el sol y las tormentas. No crea historias raras y, sobre todo, si se las cuenta algún negro piojoso, como este.

Señalé a Grogan, disfrutando al ver cómo se congestionaba su rostro tenuemente moreno.

La mujer vino otra vez hasta la litera empuñando amenazadoramente el látigo mientras hablaba. Ya estaba empezando a cansarme.

—¡No se haga el idiota! —gritó—. ¡Sabe de sobra que me refiero al plano que indica la forma de llegar hasta el cementerio de los Kambusis!

Eso ya era otra cosa. Y otra sorpresa. Ya casi no podía caberme en la cabeza que, en tan corto espacio de tiempo, pudieran haberme ocurrido a mí, Kent Kavanagh, tantas y tan fantásticas cosas. La aventura de Látimer asesinado, Ramsey acusándome, la persecución, el ataque de la pantera y esto, resultaba demasiada materia emocional para un solo día.

Los kambusis era una fantástica tribu de épocas remotas, registrada por algunos etnólogos como algo históricamente posible. Se decía que en tiempos de los Faraones de la Segunda Dinastía, todo un pueblo del Bajo Egipto, emigró de las Tierras Negras, huyendo de la venganza de un grupo de sacerdotes. En su fugitivo vagar llegaron hasta el corazón del Continente, estableciéndose en un escondido lugar de la selva, donde creyeren que no les alcanzaría la ira de sus hostigadores. La fantasía de ciertos exploradores hablaba de sarcófagos y tumbas que, a su vez, la gente había exagerado, edificando por su cuenta pirámides llenas de tesoros. Lo cierto es que apenas se sabía de ellos algo más que el nombre dado a su tribu, ya extinguida: Los Kambusis.

Hace tiempo oí, que, treinta años atrás, una expedición científica inglesa, había venido a África para buscar las dichas tumbas, guiándose solo por referencias. Se volvieron con las manos vacías,

el cuerpo lleno de fiebre y un padre misionero menos, el cual se perdió en la selva y, seguramente, dieran buena cuenta de él los leones.

Desde que sucedió esto habían pasado ya seis lustros, dos guerras mundiales y, desgraciadamente, otro concepto de la vida menos idealista. Aquellos hombres eran científicos e historiadores; estos eran buscavidas y rastreadores de calderilla.

No me hubiera hervido la sangre, de no formar parte en esta asamblea de cretinos una mujer tan hermosa como la viuda de Látimer. El solo hecho de que habiendo sido su marido asesinado el día antes, hablara ella ahora tan campante de tesoros con el presunto asesino de su esposo, resultaba paradójico y macabro.

—Señora, he tenido sumo gusto en departir con una viuda inconsolable —dije, haciendo intención de levantarme.

No esperaba que reaccionase así. Me dio nuevamente con la fusta y en esta ocasión bastante más fuerte que la vez anterior puesto que recuerdo lo mal que me sentó. De un manotazo la envié sobre Grogan, cayendo los dos violentamente sobre la pared inclinada de la tienda. El negrazo Kanga vino hacia mí, y le tiré a la cara lo primero que encontré a mano que, afortunadamente para mí, resultó ser un frasco de alcohol. Bufó como un toro, llevándose la mano a los ojos. Grogan entretanto, intentaba desde el suelo deshacer el barullo formado por la mujer, su rifle y él. De un tirón me hice cargo del arma apuntándoles a todos.

La herida del hombro me escocía endiabladamente. Solo entonces, me acordé de la pantera que me llovió del cielo.

—Muchas gracias a quién quiera que matara al bicho que me hizo esto... ¿Fuiste tú, Grogan?

Negó con la cabeza. El negro, todavía restregándose los ojos, tampoco pareció tener interés alguno por adjudicarse le hazaña.

—Buena puntería la suya, señora. Le doy mil gracias.

Paula Látimer se ahogaba de ira.

—¡Si llego a ser yo la que le sorprende con una pantera subida al hombro, la hubiera dejado que le devorase hasta el final!

Si no había sido nadie, el hecho en sí resultaba demasiado sorprendente; pero no tenía tiempo ni excesivo interés para meterme en averiguaciones. Una cosa quise dejar aclarada.

—Yo no maté a su esposo, señora, aunque en más de una ocasión no me faltaron ganas. Me crea o no, no me gusta matar; ni siquiera a las bestias de la selva... En cuanto a sus tumbas, tengo tanto interés por la historia de los Kambusis, como por la marcha del campeonato de fumadores de pipa. Buenas noches.

Salí de espaldas a ellos, apuntándoles con el rifle, y preguntándome con amarga preocupación sí, a partir de ahora, mi sino iba a ser el atravesar siempre la selva de noche huyendo con un rifle en la mano.

—Suelte el arma, Kent Kavanagh; no le conviene excitarse.

Uno no puede tener ojos en la espalda. La voz sonó cortésmente en esa dirección, mientras sobre mis costillas sentía la presión de tres cosas que identifiqué maravillosamente, como tubos metálicos. Mi rifle cayó al suelo; solo entonces me decidí a volverme.

Empuñando cada uno un arma, me apuntaban al pecho dos hombres. Tras ellos mirándome, descubrí a una mujer. Por si fuera poco, varios porteadores negros contemplaban la escena junto al fuego de una hoguera, en el centro del círculo que formaban varias tiendas de lona. Aquello tenía el verdadero aspecto de un campamento. Un campamento de chiflados a quienes por lo visto, les apasionaba la historia de tribus perdidas y sobre todo, la posibilidad de que por aquella época, se enterrara a la gente con un muestrario de joyería atado al cuello.

—Ya era hora de que empezara la colonización intensiva de África —dije, intentando echar la cosa a broma.

De los dos personajes que me habían desarmado, avanzó el hombre más bajo. Era gordo, redondo y usaba perilla y bigote, tan negros, como sus ojos pequeños y vivarachos. Su retrato hubiera servido muy bien para ilustrar “Tartarín de Tarascón”.

—Lamento esta escena melodramática, Mr. Kavanagh; pero, de momento, no se nos ha ocurrido otro sistema para insistir en seguir teniéndole como huésped. Permítame ahora presentarnos: el profesor Patrick Erikson y su esposa Karen. Yo me llamo Arnold Brecher y soy profesor de Arqueología. El profesor Erikson es un destacado antropólogo.

La mujer del antropólogo, una rubia casi albina de ojos azules, hizo un ademán tímido de tenderme ingenuamente la mano, deteniéndola en seco la fría mirada de su alto y huesudo marido. Patrick Erikson, tenía cara de hurón amargado. A su lado, la mujer mostraba un gesto asustado, como si temiera que fueran a disparar contra mí. Miraba a su marido de vez en cuando con aire dócil, como si estuviera siempre pendiente de recibir órdenes.

—Me alegro de haberles conocido. Yo me llamo Kent Kavanagh, no soy profesor de nada... y además, me busca la policía por un crimen que no he tenido el gusto de cometer.



El askari estaba tendido en el suelo...

El hombre gordo sonrió con exquisita dulzura:

—Un tal capitán Ramsey ha estado aquí esta tarde acompañado de casi un destacamento de policía askari. Solo se limitaron a prevenirnos contra usted; de haber registrado las tiendas, todos hubiéramos pasado un gran momento de apuro. Espero que nos lo sepa agradecer.

Me gustaba menos este tipo con su aparente suavidad que todo el grueso de la expedición. A mi espalda, mirando de reojo, vi a Paula Látimer en compañía del negrazo Kanga. Este, todavía se restregaba los párpados, mirándome de cuando en cuando como un búfalo rabioso. Grogan, que salía en ese momento de la tienda, se unió al grupo completando en torno mío la nada cordial Plana Mayor del campamento.

Sabía que de un momento a otro iban a empezar las dificultades. El hombre gordo se encargó de ello bastante antes de lo que yo tenía previsto.

—Bueno, Mr. Kavanagh, vayamos al grano. Nosotros le hemos salvado de caer en manos de la policía; a cambio, queremos el plano del territorio Kambusi. Luego podrá usted marcharse tranquilamente a dónde le dé la gana.

—Pierde usted el tiempo, amigo; yo no tengo planos de ninguna clase.

Volvió a sonreír, como si la respuesta no le contrariara lo más mínimo, luego levantó el dedo levemente haciendo una seña a Kanga. Entre Grogan y él, me llevaron en volandas al borde del círculo formado por el campamento, y en un árbol que parecía preparado al efecto, me ataron las manos con correas a una rama sobre mi cabeza. Los pies los sujetaren al tronco, quedándome así estirado igual que un cebo de leopardo.

Cuando adiviné el número que se avecinaba, sentí mi cabello encanecer. Grogan y el negro Kanga avanzaron hasta mí, con un manojo de flechas en la mano que, a distancia, identifiqué como Wakambas. Cada dardo tenía protegida su punta por una especie de cucurucho de trapo u hojas secas. Empecé a sudar mirando las flechas envenenadas que emplean los mejores cazadores furtivos de África. Un dardo de estos, clavado con terrible fuerza en el vientre de un elefante, solo permite al animal correr unos cuatrocientos metros. El veneno lo obtienen cociendo durante horas corteza de un árbol llamado *Mrichu*; luego le añaden veneno de serpiente, raíces y hierbas mortíferas, arañas venenosas y hasta musarañas vivas. Para probar su efectividad, los Wakambas se hacen un pequeño corte en el antebrazo, dejando resbalar un reguero sanguíneo que les llegue a la muñeca; luego, con la punta envenenada de la flecha, tocan el extremo alcanzado por la sangre. Inmediatamente esta se empieza a ennegrecer, ascendiendo rápidamente la parte oscurecida hacia la herida. Los Wakambas ya ponen buen cuidado de cortar con un dedo la trayectoria ascendente del veneno, limpiándose velozmente toda la sangre contaminada, antes de que llegue al corte. Un

descuido significa la muerte en menos de medio minuto.

Cuando Kanga me hizo el corte en el brazo le escupí en la cara. No esperó que el chorro carmesí resbalara mucho de la herida; aplicó la punta de la flecha, subiendo la sangre ennegrecida hacia la herida, con más rapidez que se consume una mecha de pólvora. Cortó su trayectoria a dos centímetros escasos de la incisión, limpiándome luego todo el brazo con la cariñosa solicitud de una enfermera.

Rechiné los dientes, notando el sudor resbalar por todo el cuerpo, como si fuera agua de lluvia. Entonces Grogan quiso actuar por su cuenta, y me creí ya con los pies metido en la tumba. Después de aplicar el veneno de otra flecha, detuvo el avance de este a menos de un centímetro de la herida.

Grité al mestizo, usando el repertorio más selecto de insultos que jamás empleé contra nadie en mi vida. El muy canalla de Brecher se atusaba la perilla con más aburrimiento que otra cosa. Paula volvióse de espaldas en tanto que el arqueólogo Patrick avanzaba unos pasos hacia mí con repugnante curiosidad. Al ir a hacerme la tercera aplicación, Karen, su mujer, gritó enloquecida.

—¡Dejadle ya de una vez!

—¡Cállate, estúpida!

La voz de su esquelético marido era profunda, repelente y cavernosa. Ella volvió a gritar y entonces Erikson le cruzó la cara de una bofetada. Karen soltó un gemido, corriendo a ocultarse en una tienda, mientras sollozaba nerviosamente.

Yo no estaba para compadecerme de nadie y mucho menos cuando el mestizo de Steve Grogan horadó con su cuchillo nuevamente en mi herida, dejando correr la sangre cinco centímetros, para aplicar una nueva flecha. No pude evitar el cerrar los ojos. Al principio creí que no había cortado el veneno a tiempo, dando lugar a que penetrara en el corte, y me vi ya en la eternidad. Empleé esos minutos en rezar fervientemente; cuando transcurridos varios segundos no sentí dolor, abrí los párpados, chorreándome el sudor por las pestañas.

—¡Está bien! —grité desfallecido—. ¡Digan a este bastardo negro que se esté quieto, y hablaremos!

Terminada la ceremonia, el “testigo” Brecher avanzó dos pasos hacia el árbol, atusándose la perilla.

—¿Hablares de qué... Mr. Kavanagh?

—Del maldito plano de los Kambusis... ¡y del faraón que los inventó!

Estoy seguro que esa improvisación me salvó la vida, aunque

Brecher no se tragó del todo el anzuelo.

—¿Dónde está el plano?

—En mi cabeza, profesor. No piense que voy a ser tan imbécil que le diga el camino; si así lo hiciera, en agradecimiento, me meterían la flecha directamente en la barriga. Yo iré con ustedes; quiero una parte en el asunto.

Fue tanto como reconocer que yo había matado a Bruce Látimer, y entonces ocurrió algo que estuvo a punto de dar al traste con el asunto. Paula, la viuda, con los ojos brillantes de excitación, se llevó el rifle a la cara, haciéndome un disparo a boca de jarro. La corteza del árbol saltó a dos centímetros de mi cráneo, arañándome la sien. Entre Patrick y Arnold Brecher, consiguieron quitarle el rifle, no sin que este se disparara de nuevo pasando la bala bastante más lejos de la cabeza de Brecher de lo que yo hubiera deseado.

Me desataron cuando los ánimos parecían estar un poco más apaciguados. Mientras me frotaba las muñecas, volvió a interrogarme el solícito Arnold. Yo ya tenía pensada de sobra toda la historia que le iba a largar.

—Vuelvo a ofrecerle la vida a cambio del plano.

—¡Pues si quiere trato, añádale a eso un veinticinco por ciento de lo que se encuentre, o vaya por más flechas! Busquen a alguien capaz de guiarles hasta allí...; yo soy el único. ¡Ese piojoso de Grogan no podría llevarles nunca, aunque les pavimentaran una carretera a propósito!

El mestizo paseaba las yemas de los dedos por una flecha, como si acariciara el lomo de un gato. Kanga se había llevado a Paula Látimer hasta su tienda, en tanto que Patrick no dejaba de apuntarme con el rifle.

—Usted se tendrá que conformar con una sexta parte, Kavanagh; es lo proporcional a cada miembro de la expedición. Acéptelo; sé que es usted el mejor guía y cazador de Kenya. Unidos, saldremos todos ganando; pero no intente tretas, Kavanagh; de sobra sabe que la selva es demasiado grande para un hombre solo.

Acepté por las buenas, un poco sorprendido ante la ingenuidad de Brecher; el hipotético tesoro parecía cegar a todos, hasta perder por completo el sentido común.

—No llevará usted armas y estará vigilado —rubricó Patrick, con su voz antipática.

—¡A partir de ahora soy tan miembro de la expedición como usted! Si quiere invitar a alguien a pasear por la selva con las manos en los bolsillos, propóngaselo a su abuelo. No van a tener el feliz acierto de matar todos los leopardos que se me posen en el hombro.

Señalé mi venda, que después de la paliza de Grogan y el jueguecito de las flechas, estaba hecha una pena. Brecher me miró con la boca abierta.

—¿Pero el leopardo no lo mató usted? —y como yo negara, asombrado, con la cabeza, el otro prosiguió—: Kanga le encontró a usted desmayado al lado de la fiera muerta.

Pensé si no estaríamos todos bebidos. África no es un vedado de codornices, donde los cazadores se crucen a cada momento, diciéndose adiós con la mano.

—¿Luego ustedes no fueron los que me ayudaron a escapar de la prisión de Nairobi?

Brecher negó con la cabeza.

—Mi querido amigo, usted nos ahorró la molestia. Kanga y Grogan fueron a Nairobi con esa finalidad. Nosotros habíamos sacado nuestro permiso de caza hacía diez días y hubiera extrañado al Comisario nuestra presencia en el poblado. Cuando Grogan y compañía volvían aquí de regreso, oyeron un disparo y lo encontraron desvanecido.

Dispuesto como estaba a que ya nada me causara perplejidad en esos momentos, no quise hacer comentarios.

Los porteadores negros se arropaban bajo las mantas al calor de la lumbre. Mi gusto hubiera sido, antes de retirarme a la tienda que me destinaran, romperle un par de costillas a Grogan y así dormir tranquilo. Para mi desgracia, Brecher me indicó que yo compartiría un mismo techo de lona con el mestizo y Kanga. Estaba tan cansado, que no tenía ganas ni de discutir.

Cuando disolvíamos el grupo, Karen, la mujer de Patrick el antropólogo, salió de la tienda, en la cual había permanecido desde que la golpearan, para dirigirse a otra más apartada de la hoguera. A distancia advertí sus ojos hinchados y la mirada de temor que dirigió al marido. Pensé que solo a un animal como el tal Patrick se le podía haber ocurrido el traer consigo a este rincón salvaje del mundo, una mujer tan delicada y enfermiza como era la suya.

Interrumpió mis divagaciones un grito penetrante, lanzado desde algún lugar del campamento. Los negros tiraron a un lado sus mantas, comenzando a invocar, cual conejos asustados, sus espíritus de más utilidad.

Corrimos como una exhalación hasta la tienda donde Karen, la mujer del antropólogo, acababa de penetrar. Yo llegué antes que ninguno, quedándome petrificado de asombro nada más trasponer la lona de entrada.

Karen Erickson se hallaba en el centro de la reducida tienda,

iluminando con el farol de petróleo en la mano, el cuerpo de un negro atravesado por una lanza. Al fondo, la lona mostraba una enorme rasgadura más que suficiente para permitir el paso de un hombre.

Sentí el aliento de los demás a mi espalda, sorprendidos ante la macabra escena del negro degollado. Karen comenzó a vacilar, proyectando la oscilante linterna sostenida en su mano nuestras alargadas sombras sobre la pared de tela. Casi no tuve tiempo de coger en el aire su cuerpo, cuando perdió el sentido. La lámpara de petróleo, al caer contra el suelo, tiñó de rojo sus cristales con la sangre coagulada del negro.

—Vaya usted pensando en hacer siete partes, Brecher —dije sombríamente—. Una más... para el diablo.

En el *veltd*, la risa sardónica de una hiena, subrayó mis palabras como una profecía.

El asunto de enterrar al negro, quedó aplazado para la mañana siguiente; por otra parte, aún decidiendo Brecher lo contrario, dudo que ningún indígena hubiera accedido a separarse solo dos pasos de la hoguera para cavar una fosa.

Desde Arnold Brecher, hasta el último porteador de la expedición, mostraban todos un grado de preocupación que yo, haciendo un esfuerzo, me cuidé muy bien no exteriorizar. El profesor de arqueología, después de conseguir a medias poner algo de orden entre los negros y doblar los centinelas, vino a mí, secándose la frente con un pañuelo.

—Creo que nos va a hacer usted mucha falta, Kavanagh —dijo con acento conciliador—. Empiezan a surgir complicaciones demasiado inesperadas.

—Quiero una tienda para mí solo, Brecher.

—Está bien, pero habrá que montarla. Espere a mañana.

—Mañana levantaremos el campamento tan pronto como hayamos enterrado a ese. De momento, esta noche, aunque Grogan y el otro bastardo duerman al aire libre, no van a coger una pulmonía.

Premeditadamente yo estaba tratando de imponer mi criterio. Sonrió de una manera demasiado suave.

—Conforme; dormiré solo, Kavanagh; pero el resto de las órdenes quien las da soy yo... ¿Algo más?

Grogan parecía haber desalojado la tienda sin ninguna protesta por su parte. Era un cobarde; sabía que yo empezaba a hacer bulto en el campamento, y tenía miedo. Para hacérselo comprender más claramente, fui hasta donde dormía, volcándole de una patada la

litera. Si no llega a ser porque tropieza con un negro tendido en el suelo, hubiera rodado al mismísimo centro de la hoguera.

Chillando de rabia corrió a gatas hasta su rifle, apuntándome con él a la cabeza.

—Vuelve a meter esa litera donde estaba —le dije con desprecio.

—¡Un día le mataré, Kavanagh! —aulló.

—Esta tarde despreciaste la única ocasión de tu vida, cochino. ¡Vamos, entra la litera!

Vino otra vez Brecher, y después de decirme que me estaba empezando a pasar de la raya, me dieron la litera de Kanga.

—¿Qué pretende usted demostrar, Kavanagh?

—Que tengo mucho sueño.

A juzgar por la mirada de odio que me dirigió Arnold, comprendí que de no andar por medio el fabuloso tesoro, lo único que me habría cedido gustosamente hubiera sido, a lo sumo, una bala de su rifle para alojarla en mi cabeza. En realidad, mi intención no era otra que el dirigir la expedición hacia la frontera, huyendo después al territorio belga.

Di las buenas noches a los dos profesores, metiéndome en mi tienda.

Los negros, velando el cuerpo de su compañero muerto, comenzaron a entonar a media voz una especie de palinodia funeraria.

“Ni el gran fuego del día logra verle,
ni el agujero blanco de la noche,
ni los ojos del lince...
¡Oh, maldito seas tú, SAITANI!”

Oí cómo Patrick abandonaba por dos veces su tienda, para hacerles callar a latigazos.

Me quedé dormido, después de romperme la cabeza pensando si la mano misteriosa que me sacó de la cárcel era la misma que más tarde mató tan oportunamente al leopardo y la que acabó el día atravesando con una lanza el cuello de un infeliz negro, quién sabe por qué horrible motivo.

* * *

Por la mañana, el propio Kanga vino a despertarme.

—Ya es de día, *Bwana*.

Lo de “*bwana*”, era una señal de respeto que me gustó bastante.

—¿A qué tribu perteneces, Kanga?

—Kikuyú, *bwana*.

A través de la lona, se notaba la claridad sonrosada del alba. La tela, tensa como una cuerda de arpa, se hallaba húmeda por el rocío. No se oían hienas y, en su lugar, el canto de mil variadas especies de pájaros se mezclaban con el chillido de los monos mandriles.

—¿Qué hora es, Kanga?

—Las cinco y media, *Bwana*.

Sonreí, pensando que Brecher había admitido mi sugerencia. Al salir vestido de debajo de la lona, ya todo el campamento hervía de actividad. A veinte pasos del círculo, los indígenas canturreaban entre dientes monótonamente mientras cavaban. Junto a ellos, se adivinaba el bulto rígido de un cuerpo envuelto en una manta. Admití que este era un hermoso entierro para un hijo de África, cara al salvaje amanecer de la selva.

Varios porteadores desmontaban y plegaban ya una tienda. Grogan dirigía la operación ordenando los bultos. Descubrí entonces, con gran asombro, el material móvil. Estaba compuesto por cuatro “jeeps”, y dos *powers-wagon* de carga.

—¿Qué le parece?

Era Brecher. Después de darle los buenos días, dije, sin demostrar demasiado entusiasmo.

—Bien. Hoy tendremos que andar mucho.

Muchísimo. Pensaba dirigir los vehículos hacia la frontera, hasta que los motores se derritieran.

Me encaminé a un arroyo cercano para asearme, topándome de manos a boca con Paula Látimer. Una serpiente cascabel no le hubiera causado más sorpresa y repugnancia.

—Sigue creyendo que yo asesiné a su marido, ¿eh? Y, sin embargo, no duda en tolerar mi presencia con tal de que les lleve de la mano hasta esa sucursal del Banco egipcio...

Vi la bofetada venir y no hice nada por esquivarla. Se la devolví haciéndola caer vestida en el agua. Luego me marché sin lavarme.

El campamento estaba casi recogido cuando llegué a la explanada. El antropólogo y su mujer desayunaban en una larga mesa plegable. Al ver la comida, recordé que llevaba no sé cuántas horas sin probar bocado.

—Buenos días —dije aproximándome.

Karen iba a responderme con una tímida sonrisa, que cortó en seco el gesto adusto de su marido. Patrick, sin dejar de masticar, me miró a través de sus gafas con hostilidad manifiesta. Para comer, abría la boca como si fuera una compuerta, moviendo a un tiempo

todos los huesos de la cara. Me imaginé a Erikson sin su envoltura carnal; debía tener una calavera imponente. Riéndome en sus narices, temé asiento a la mesa. Casi al instante, un negro me puso delante un plato de guisantes con jamón y una taza de café. Patrick no pudo más, y me espetó ferozmente, salpicándome la cara de comida:

—¿De qué se ríe usted?

—De un chiste que me contó mi abuela. Dos esqueletos querían fumar, y se les salía el humo por entre las costillas... No se ría si no tiene ganas, Erickson; se le pueden desencajar las mandíbulas.

Patrick me taladró con los oídos, limpiándose con la lengua la grasa que le resbalaba por la barbilla.

—No me fío de usted, Kavanagh —dijo guturalmente—. Nos engañará en cuanto se le presente la menor ocasión; entonces yo me encargaré de que pueda usted probar personalmente el chiste de los esqueletos.

Arnold Brecher hizo su aparición en ese momento, tomando asiento a mi lado, después de saludar cortésmente a Karen.

—¿De qué hablaban? —preguntó.

—El profesor dice que no se fía de mí... ¡Ah! y que me va a matar. Poco más o menos, es eso lo que usted me ha querido decir, ¿no es cierto?

Las mandíbulas de Patrick se movieron como los ejes de una locomotora. Estaba demasiado excitado para poder hablar. Su mujer, a su lado, le miraba asustada, encogiéndose como una tortuga en su caparazón. Brecher intervino conciliador:

—Vamos, señores, no creemos dificultades; ahora nuestros intereses son comunes y...

Se quedó cortado cuando vio aparecer a Paula tan empapada como solo puede estarlo una esponja recién usada.

—¿Qué le ha ocurrido?

La joven desvió mi mirada.

—Me he caído al agua.

—No se ha caído; la he tirado yo —dije, sin dejar de masticar.

Brecher dio un salto de su asiento, mirándonos alternativamente a los dos con el rostro irritado como hasta la fecha no había tenido ocasión de verle. Le temblaba la perilla cuando se llevó la mano a la cadera donde pendía un revólver.

—¿Es cierto eso, Paula? —preguntó autoritario.

—A usted no le importa, Brecher —repuso—. Cuando precise su ayuda ya la reclamaré.

El hombre gordo se quedó desconcertado. De no haberme

ocurrido a mí lo mismo, me hubiera echado a reír.

—No olvide, Paula, que yo soy el responsable de esta expedición —tartamudeó Brecher.

—Usted no es responsable de nada, como no sea de sus propios actos. Esta expedición está costeadada a medias entre usted y mi marido; si no fuera por eso, yo me limitaría a entregar a ese criminal a la justicia. Ese va a ser mi trato, Brecher: el oro para ustedes, si lo encuentran, y ese hombre para mí.

Aunque parezca estúpido, me alegré extraordinariamente de oírla hablar así; a fin de cuentas, yo no pensaba dar gusto a ninguno de los dos.

—Escuche... Paula... —cacareó el gordo—: nosotros tenemos un compromiso con este hombre... Comprenda. Usted se llevará su parte en el tesoro; después... cada cual es libre de hacer su voluntad.

—¡Por favor, profesor; sea condescendiente con la señora! —dije yo, divertido.

—¡Usted se calla, Kavanagh! —gritó enfurecido.

Por su parte, Paula Látimer, después de asesinarme con la mirada, dio media vuelta dirigiéndose a su tienda, todavía sin desmontar. Arnold se enfrentó conmigo con la mano apoyada en la cadera. Su cara de asesino hizo que se revolvieran inquietos en mi estómago los guisantes.

—¡Escuche bien lo que le digo, Kavanagh!... ¡Si vuelve usted a rozarla solamente, le vuelo los sesos... se lo juro!

Sonreí; sin ganas, pero sonreí.

—No me diga que le interesa más Paula Látimer que el tesoro, ¡Qué iban a decir estos caballeros!

* * *

Una vez desmontado el campamento, Brecher organizó la caravana de vehículos, poniéndome al volante del “jeep” en cabeza. Él, tomó asiento a mi lado, colocándose un rifle sobre las rodillas; tenía el ceño fruncido, como si le hubieran colocado a presión el *salakof* en la cabeza.

—¡Adelante...!

El ruido de los motores dejando atrás Nairobi, sonó en mis oídos como un celestial concierto. Pese a que todo el territorio de Kenya es más grande que muchos estados europeos, temí encontrarme con Ramsey y toda su horda de askaris detrás de cada grupo de árboles.

Conduje la caravana por una meseta abierta, donde sabía que el toparse con otra safari rodada constituía una posibilidad como esa historia, tan difícil, de la aguja y el pajar; no obstante, miraba de reojo el rifle sobre las rodillas de Brecher, dispuesto a emplearlo contra la primera sombra que se me cruzara en el camino.

En toda la mañana solo nos detuvimos una vez para cambiar el agua de los radiadores que hervía como la lava de un volcán. Vi a Paula —que conducía uno de los tres “jeeps”— maniobrar como no lo habría hecho el más experto mecánico; a juzgar por su mirada, seguía odiándome más que a nada en este mundo. Brecher dio de nuevo la orden de partir, antes de que yo acabara de fumarme un cigarrillo.

Sobre las doce hicimos alto para comer, junto a un pequeño riachuelo a la sombra de unos árboles. Resultó que no teníamos ni una pizca de carne. Esto, para un hombre civilizado, no es problema; pero para un negro que, a veces, llega a consumir en un día la sorprendente cantidad de... ¡diez kilos! ya es motivo de descontento. Me encaré con Brecher.

—Podía usted habérmelo dicho. Hemos pasado junto a manadas de gacelas, antílopes y cebras. Ahora perderemos tiempo mientras mato algún animal, si es que el más cercano no está ya a veinte kilómetros de los motores...

—No matará usted nada. Los negros, que coman conservas, como los demás. En cuanto almorcemos reanudaremos la marcha.

No quise discutir, porque en cuanto a la prisa, estaba plenamente de acuerdo con él. Me vino a dar en el otro aspecto la razón uno de los ojeadores, Nderobos, que sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, cogiendo una escopeta por su cuenta, disparó contra una cebra que hizo su aparición, a unos trescientos metros a favor del aire, seguramente con la intención de abreviar en el riachuelo. Brecher le quitó el arma, enredándose con él a palos.

Un Nderobo, tiene una cuarta parte de masái y el resto de hombre de la selva; este se revolvió contra Brecher, y si no es por mi intervención, el profesor le hubiera descerrajado un tiro en la cabeza.

—Escuche, Arnold; aquí, en África, hasta los pájaros están protegidos por la Ley. Si quiere que la caravana llegue a su destino, tenga cuidado en cómo trata a un negro. Ellos saben de sus derechos mejor de lo que usted se imagina.

—¡No me vuelva a dar órdenes, Kavanagh! ¡A los coches todo el mundo!

Los negros obedecieron murmurando por lo bajo. Sabían que la

caravana era un asunto “sucio” que había ocultado “algo” a los ojos de la policía askari. Con solo una ojeada, yo había advertido desde la noche anterior que no se trataba de una selección muy competente. Más tarde corroboré esta impresión al saber que Grogan fue en Nairobi el encargado de reclutarlos. Por mi parte, estaba seguro de reconocer *en el* grupo a más de un cazador furtivo. Entre dientes, mandé el asunto al diablo por no ser de mi incumbencia.

Pero lo bueno vino seis horas después, cuando avistamos tres rinocerontes comiendo tallos tiernos de bambú. Estábamos en contra del viento; Brecher hizo parar los vehículos sin que los animales —que en esta especie son miopes de nacimiento— advirtieran nuestra presencia.

—Voy a matar el más grande, para que esos cerdos se harten de comer carne —dijo.

—El más grande, no; es una hembra. Mi consejo es que no tire a ninguno; una hembra acompañada por su cría, es peor que un terremoto. Solo con que advierta nuestra presencia vamos a estar divertidos. Todavía podemos caminar más de una hora; en ese tiempo, ya encontraremos algo que matar.

—No se esfuerce en ser un competente guía a sueldo, Kavanagh. Si hay balcones en el infierno, Bruce Látimer debe estar muerto de risa al sorprender su buen corazón para con los animales.

Era la primera vez que alguien que no fuera Paula Látimer, me llamaba asesino. Debo anotar que me gustó bastante menos el estilo oratorio del profesor barbudo.

—Brecher, celebraré que lo reviente el rinoceronte —dije, mostrando en una sonrisa todos mis dientes—. Lo que siento es que no he traído mi traje de los domingos para celebrar el acontecimiento.

—¡Acerque más el coche! —gruñó, por toda respuesta.

Lo hice con el motor en primera a fin de meter todo el ruido posible y espantar a las bestias; pero Brecher, de un manotazo, cambió la palanca de las velocidades. El resto de los coches, sin saber del todo lo que estábamos haciendo, siguieron al nuestro igual que sumisos polluelos. Frené a cien metros escasos y entonces la hembra levantó sorprendida la cabeza olfateando el peligro. A esa distancia debió advertir de sobra nuestra presencia con sus ojos cegatos. Brecher saltó a tierra brillándole las pupilas de excitación. No tuve más remedio que reconocer que era un valiente.

Ocultándome a la vista de los animales caminé por detrás del coche hasta el segundo “jeep” pegado al vehículo que yo conducía.

Al volante se hallaba Patrick, esgrimiendo su arma. Karen, su mujer, como siempre miraba todo con cara asustada.

—¿Qué pasa? —siseó el antropólogo.

—Espere y lo verá —dije tranquilamente.

En el fondo, no esperaba ni deseaba que ocurriera nada.

Brecher se había alejado casi cincuenta metros del coche, cuando el rinoceronte hembra dejó caer lánguidamente su rabo, como signo inequívoco de que iba a atacar. Supongo que estuvo esperando a ver las intenciones del profesor, hasta que este se acercó más de lo prudente. El animal embistió como un cohete dirigido. Brecher levantó el arma y...

—¡Dispare de una vez! —grité, aterrado.

Le vi hacer ademán de apretar el gatillo por dos veces, notando sin duda con el nerviosismo, encasquillada el arma. Fue una fracción de segundo; Patrick saltó del coche, comenzando a disparar su arma como un loco, levantando la arena treinta metros más atrás del trayecto emprendido por la bestia. Por si fuera poco, el rinoceronte macho se arrancó en pos del otro animal, dando una doble carga.

Brecher tiró el rifle, intentando dar un rápido quiebro a la primera bestia. Quien diga que el rinoceronte es un animal pesado, que solo puede correr en línea recta, es que no ha visto a ninguno embistiendo de cerca. Brecher fue aparatosamente volteado, con la misma fuerza con que una niña tira al aire su muñeca de trapo. Al caer al suelo, el macho que venía detrás, lo pisoteó a placer.

Oí gritar a las dos mujeres por encima del estruendo formado por las patadas de los animales y los disparos de Patrick, apuntando a la Luna. Tuve que pegarle un puñetazo para arrebatárle el arma. Del primer disparo abatí a la hembra, que cayó sobre el cuerpo de Brecher. Un nuevo rifle, que supuse de Grogan, disparado desde uno de los “jeep”, hirió al macho, batiéndose este con la cría en retirada.

Cuando llegamos junto a Arnold Brecher, sentí nublárseme la vista. Hubiera muerto de todas formas, solo al caer sobre él la fiera, con sus dos mil y pico de kilos de peso. Ignoro de cualquier forma, qué muerte hubiese sido más piadosa para el profesor, a juzgar por sus piernas, asomando bajo el cuerpo tumbado de la bestia. Ni una máquina de apisonar hubiera hecho una labor de trituración más devastadora.

Patrick, absorto, contemplaba la escena mientras se acariciaba en la huesuda barbilla el impacto de mi puñetazo. Me volví a él hecho una fiera.

—¡Mire usted, momia estúpida, la consecuencia de sus geniales

ideas! ¡Yo no debía llevar armas...! ¡Ahí tiene usted el resultado!

Con voz que intentaba ser ofensiva, gorgoteó:

—No me hable en ese tono...

—¡Le hablo en ese tono, y le piso los hígados!

Para rubricar tal promesa, tenía además su rifle en mi mano. Debí adivinar que no le estaba hablando en broma. Kanga, con varios porteadores negros, nos rodearon en ese momento comenzando a lanzar exclamaciones al diablo en sus respectivos dialectos. ¡Otra vez con Saitani a vueltas! La cosa iba de mal en peor. Grogan, por su parte, miraba con gesto hipnotizado lo poco que asomaba de Brecher, bajo la panza del rinoceronte. Le di un empujón, volviendo con desprecio la espalda a Patrick.

—¡Vamos, disponga a los hombres para que quiten de encima al animal!

La tarea llevó más de una hora. Cuando conseguimos dejar al descubierto el cuerpo del profesor Arnold, ni adivinamos en él siquiera silueta humana. Se le enterró ya casi anochecido, al pie de un corpulento árbol. Yo recé los responsos, obligando a las mujeres a permanecer alejadas. Luego montamos un campamento provisional, a trescientos metros de distancia, apartados convenientemente de una frondosidad donde vi que abundaban ortigas gigantes.

El arma de Brecher no había sido afortunadamente, pisoteada por los rinocerontes. Era un estupendo rifle “Exprés”, del calibre .475. Decidí quedármelo, sin que Patrick hiciera la menor oposición. Sentados a la mesa, a la luz de la hoguera, ninguno quisimos cenar. Los negros al otro extremo, entonaban ya sin recato de ninguna clase, una ululante y monótona canción, exhortando al espíritu maligno de la selva.

Solo entonces, por hacer algo, se me ocurrió mirar el rifle del difunto profesor Arnold.

No estaba encasquillado ni había nada que afectara a su mecanismo. Simplemente, las balas habían sido descargadas.

CAPÍTULO VI

Estábamos todavía sentados a la mesa, habiendo elegido yo el extremo más apartado. Había hecho acto de presencia probando apenas la comida, con el rifle puesto sobre mis rodillas, para saber si alguien era capaz de discutirme su propiedad. Nadie había replicado, si bien Paula mostró abiertamente, en principio, su desagrado porque yo compartiera la mesa. Estábamos Patrick, su mujer, Grogan y yo. Todos con el pensamiento puesto más allá de los platos, y el que suscribe, convencido de que ahora hubiera podido ser el verdadero jefe de la expedición caso de no haberme importado la expedición un rábano.

Paula me miraba intensamente, mientras examinaba el arma. Con una bala vacía de pólvora, golpeé repetidamente sobre la mesa.

—Señores —dije con voz lo más serena posible—; al profesor Brecher no lo mató un rinoceronte. Antes acabó con él la mano asesina que vació los cartuchos de su rifle.

Grogan volcó el vaso de vino que sostenía en la mano. Karen gimió y Paula dejó de mirarme con aversión para hacerlo asombrada.

—¡Está usted loco! —gruñó Patrick.

Por teda respuesta le arrojé sobre la mesa varios cartuchos; de uno de ellos, incluso se desprendió el proyectil, golpeando Erikson el casquillo centra la mesa sin que de su interior saliera nada.

—Yo no creo en “Saitani”, señores —dije—. Alguien que anoche atravesó el cuello del infeliz negro con una lanza, se tomó al tiempo la molestia de vaciar los cartuchos del profesor Brecher.

—¿Qué insinúa? —preguntó Patrick.

—No insinúo nada; hablo más claro que el agua. Dudo mucho que los cartuchos hayan salido así de la fábrica.

Nadie replicó, limitándose a mirarse unos a otros con temor y desconfianza.

De cualquier forma, ya era tarde para alejar el terror que se cernía sobre la expedición, mezclado con la neblina húmeda de la noche. Estaba impreso en las caras de todos, blancos y negros, como una vacuna de miedo.

Cuando Paula se levantó de la mesa, los demás hicieron lo mismo. Solo yo permanecí sentado, acariciando el rifle de un hombre, a quién horas antes había deseado la muerte de palabra,

sintiendo ahora un cristiano y sincero remordimiento de corazón.

* * *

Transcurrieron dos lloras largas antes de que los negros, rendidos por el cansancio y por el “pornbe”⁴ dejaran de canturrear, para quedarse dormidos arropados en sus mantas. Luego el campamento tornóse silencioso, alterado únicamente su reposo por el crepitar de los leños en la hoguera.

Tumbado en mi litera con la ropa puesta, estuve meditando sobre ese misterioso diablo que tan pronto parecía dispuesto a rescatar mi vida del patíbulo o de las garras de un leopardo, como a sembrar de muerte la expedición. Ninguno de los accidentes, hasta la fecha ocurridos, había sido fortuito; por el contrario, más bien parecía obra de algún loco.

Contemplé al alcance de mi mano el “Exprés”, recién limpio y engrasado; en él radicaba mi seguridad personal, más importante que todos los tesoros del mundo juntos.

Creo que mi sonrisa se quedó cortada en seco, al oír el leve roce de algo contra la lona de la tienda. Instintivamente abracé mi arma, dejándome caer del camastro al suelo de estera. Sabía que de ponerme en pie, mi silueta quedaría recortada al exterior, iluminada por el farol pendido en el techo. Tumbado boca arriba, esperé con el rifle montado, intentando abarcar con la vista las cuatro paredes de lona, en esta ocasión, estrechas como una ratonera. El ruido llegó a mí nuevamente, pero no en la forma que había previsto.

—Kavanagh...

Al mismo tiempo, alguien golpeó sigilosamente la parte delantera, fija su abertura con las correas de seguridad. Apunté con el rifle preguntando receloso:

—¿Quién es?

—Soy yo, Grogan. Ábrame, deseo hablarle.

Lo hice con el dedo puesto en el gatillo, con más curiosidad que prevención. Grogan irrumpió en el recinto de lona, descalzo, sentándose en mi litera. Una sola ojeada bastó para demostrarme que estaba asustado. Tragó saliva para decir:

—Por favor, apague la lámpara.

—Lo siento, olvidé el mecanismo.

—Vengo a hacerle una proposición, Kavanagh.

—Si viene a hablarme del tesoro, vuelva por la mañana: Horas laborables, ventanilla número tres.

—¡No quiero tesoros ni creo que usted sepa tampoco dónde

encontrarlo! ¡Vengo a proponerle el huir... huir! ¿Me entiende?

Me quedé de una pieza; esto sirvió para que Grogan interpretara mi silencio como aprobación a sus palabras.

—¡Podemos coger un “jeep” y algo de equipo...! No intentarán seguirnos. ¡Tampoco yo tengo interés por volver a Nairobi!

Pero yo estaba pensando en otra cosa.

—¿Por qué está tan seguro que ignoro el paradero de las tumbas?

—Porque usted no mató a Látimer.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién lo hizo entonces?

Se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—No... no sé; es una suposición... yo he venido solo a proponerle que huyamos... antes de que sea más tarde.

Estaba temblando de miedo. Sospeché si por tal motivo, no estaría hablando más que incoherencias.

—Para huir, no me hace falta nadie —dije—. Puede que yo no matara a Látimer; puede, también, que solo por ese motivo esté aguantando a toda esta partida de chiflados. Usted haga lo que más le venga en gana; a fin de cuentas, si está aquí, es solo por su propio gusto... ¡Pero escuche esto bien! como toque un solo coche para huir, lo traeré de nuevo al campamento, atado a una cuerda, para que sirva por el camino de entretenimiento a los leones.

No dijo nada hasta que llegó a la abertura de entrada; al volverse para salir, vi que le temblaban ligeramente las piernas.

—Se arrepentirá usted, Kavanagh... Ojalá Dios le dé ocasión de remediarlo.

Pasé una hora después que se marchó, intentando aclarar sus palabras. Grogan estaba sin duda aterrado como el que más; sin embargo, la circunstancia de que viniera a medianoche a proponerme a huir corriendo como si acabara de ver un fantasma, no dejaba de ser un tanto alarmante. Una cosa sí era evidente; después de mis palabras, su cobardía no le permitiría robar un coche, y mucho menos aventurarse en la noche andando.

Después de asegurar las correas de la entrada y apagar el farol, me quedé dormido abrazado al rifle. Ignoro el tiempo que dormí, puesto que cuando volví a abrir los ojos, todavía era de noche. Con la garganta reseca me incorporé en la litera, aguzando el oído.

Una vez más, mi instinto de hombre de la selva, me hizo olfatear el peligro con más claridad que si alguien quemara trapos debajo de mi cama. A oscuras, descorrí las hebillas de la puerta de lona, moviendo solo unos centímetros la tela, para mirar al exterior.

Lo que vi, hizo que mis cabellos se erizaran como los de un

puerco espín. El centinela negro encargado de vigilar el fuego, se había quedado dormido, dejando ahora el campamento iluminado solo por una tenue llama. A la luz de esta, cuatro leones de aspecto descomunal, se movían pausadamente, olfateando a los negros dormidos, con curiosidad.

Rugué a Dios encarecidamente que el aliento templado de las fieras no sirviera de despertador a ningún indígena, so pena del escándalo y carnicería que esto supondría. Por bondad del cielo, un negro duerme como un oso en invierno.

Allí estaba —el más grande de los animales— una hembra del tamaño de un toro —y esperé.

Quien diga que las fieras no se acercan nunca al fuego, es que probablemente habla de oídas. Ahora la prueba estaba allí, al alcance de mi rifle, pero sin atreverme a oprimir el gatillo, por temor a organizar la marimorena...

Entonces, uno de los porteadores tuvo la buena idea de moverse. La hembra, que era quien más cerca estaba, levantó la cabeza... y ya no dudé; oprimí el gatillo haciéndole dar una terrible cabriola, antes de caer muerta con la cabeza atravesada. Uno de los negros lanzó un chillido, saltando rápidamente sobre él una de las fieras. Vi cómo le golpeaba con la zarpa antes de que yo tuviera ocasión de volver a disparar. Como en sueños le oí gritar, mientras se revolcaba malherido por el suelo.

Para entonces ya los porteadores restantes corrían como demonios, buscando refugio entre la espesura. Un tercer león derribó a otro de los fugitivos, saltándole a la espalda. Partió un disparo de alguna otra tienda, abatiendo a la fiera, pero ya el negro yacía en el suelo, con la cabeza casi separada del tronco. El sistema peculiar del león es saltar sobre el lomo de sus víctimas, tronchándole con una pata delantera la cabeza. No tuve tiempo de compadecerme; ahora el campamento entero vibraba de disparos contra la cuarta fiera, que se revolvía herida, sin poder precisar la dirección de los mismos. Advertí en la tienda de Paula y en la de Patrick los humeantes cañones de los rifles disparando a mansalva. Al final, el león se internó en la espesura atronando la noche con sus feroces rugidos.

Yo fui quien primero se abalanzó sobre el sangriento escenario contemplándolo desolado. Patrick, Kanga y Paula me precedieron con sus respectivos rifles en la mano y completamente vestidos. El mayordomo avivó el fuego, volcando un manojo de hojarasca.

Uno de los negros yacía muerto con la cabeza tronchada; el otro casi tenía la mano izquierda separada del brazo, por efecto de un

terrible zarpazo. A pesar de ello, conservaba su más completa lucidez, temblando con más miedo que dolor. En el acto, Paula, secundada por el mayordomo Kanga, le atajó la hemorragia, aplicándole un torniquete.

Sabía que llamaba al viento. El propio Kanga, después que Karen se aprestó para ayudar a Paula, estuvo buscando al mestizo sin hallar ni rastro de su persona.

—*Bwana*, no está. Irse con rifle y equipo.

Corrí hacia los coches para comprobar si había sido capaz de llevarse alguno. Solo hallé a varios porteadores poca menos que escondidos en los motores. Me costó lo indecible el volverles al campamento. Una vez allí, pasé revista. De los doce que eran, uno estaba muerto, otro malherido y cinco no aparecían por ninguna parte. Pensé aterrado si no estarían ahora sirviendo de cena a los leones. El resto del material parecía intacto.

Le ordené a Kanga, después de ponerle un rifle en las manos, que si algún negro intentaba huir, le pegase un tiro en la cabeza. Todos entendieron perfectamente mis palabras en dialecto indígena, y me empezaron a hacer reverencias. Luego, para desahogarse, comenzaron sus cánticos, poniendo verde al diablo.

Fui hasta la tienda donde Paula, con la ayuda de la mujer de Patrick, atendía al herido. Karen, parecía dispuesta a desmayarse.

—Váyase a su tienda, señora; yo ayudaré en su lugar.

Negó firmemente con la cabeza.

—No, gracias; creo que usted es más necesario para imponer el orden ahí fuera.

A pesar de ello, examiné la herida. Si el negro no se quedaba sin el brazo, iba a ser un verdadero milagro. Paula me miraba sin abrir los labios; de no haber habido sangre, hubiera dado mentalmente gracias a los leones por hacer desaparecer de los ojos de la mujer su profundo rencor.

Salí al exterior, meditando si la oferta que Grogan me hiciera horas antes, no era el mejor negocio qué nadie me había propuesto de muchos años a esa parte. Ahora me sentía ligado a este diezmado grupo de locos, que vagaban por África sin rumbo fijo, igual que náufragos por el Océano. Ignoraba sí, hasta parte de la responsabilidad, no era verdaderamente mía.

Patrick vino hacia mí, con su carabina bajo el brazo.

—Faltan la mitad de los negros. Habrá que buscarlos y traerlos a rastras.

—A cinco horas de aquí, hay un poblado masái. El que tenga la suerte de llegar, no podrá moverlo usted ni poniéndole un rifle en

cada oreja. Por otra parte, si no hay allí un askari de puesto, será porque Ramsey está borracho. Mi consejo es que procure conservar los negros que le quedan. En cuanto amanezca, daremos una batida por los alrededores, por si está alguno subido a los árboles; luego, conviene abandonar el lugar cuanto antes.

El problema iba a ser el herido. Transportarlo al poblado masái era como ir a dar un abrazo a Ramsey; llevarlo con nosotros, suponía casi su muerte. Dejé el asunto para la mañana siguiente.

Nadie durmió el resto de la noche, y yo me pasé las horas pensando en si lo más conveniente sería decirles a estos desgraciados la verdad sobre su maldito mapa Kambusi. Al final opté por callar, aplazando también de momento la solución ya que cuanto antes llegáramos a la frontera, iba a ser mucho mejor para todos.

Con la primera claridad enterramos al negro. El resto de sus compañeros se resistió a desmontar el campamento hasta que en presencia de ellos se ultimó la ceremonia fúnebre. Luego trabajamos todos por igual, inclusive sin distinción de sexos.

Seguidamente dimos un rodeo por el borde de la jungla junto a la meseta sin encontrar rastro de ningún porteador. De repente, Patrick lanzó un alarido.

—¡Kavanagh, venga... corra!

Casi no pude dar crédito a mis ojos cuando descubrí los restos, casi devorados de un hombre. Es más; tuve que andar los trescientos metros que nos separaban de la tumba de Arnold Brecher, para admitir plenamente lo que acababa de ver.

La tumba estaba escarbada. Desde ella, hasta donde Patrick aguardaba junto al macabro descubrimiento, había un marcado rastro.

El rastro del que fuera profesor de Etnología, sacado de su fosa, para ser abandonado entre la jungla, como pasto de los leones.

* * *

La tarea de volver a dar sepultura a Arnold, fue más desagradable que trabajosa. Los negros se negaron rotundamente a intervenir, teniendo que hacer las veces de inhumadores Patrick y yo, mientras Kanga contenía a los aterrados porteadores apuntándoles con un rifle.

Entre nosotros no cruzamos palabra. Todos los presentes sabíamos de sobra que ningún animal de la selva es capaz de desenterrar una tumba para ver lo que contiene dentro.

Ahora comprendía yo claramente la presencia de los leones en nuestro propio campamento. Ningún león tiene desde su nacimiento preferencia por la carne humana, pero cuando la prueba por primera vez, ya pasa a ser un peligroso asesino que la Ley obliga a destruir. Prueba evidente de ello era el rinoceronte que causara la muerte de Brecher; se hallaba tendido cien metros más allá del lugar, completamente intacto por los colmillos de los carniceros.

Volvimos todos juntos a la caravana de vehículos, mirándonos unos a otros recelosamente, como avergonzados de saber que teníamos ya el pensamiento común de creer en la intervención del diablo.

“Saitani” ya no era solo una palabra para amedrentar a los negros. La muerte formaba caravana con nosotros.

Acomodamos al criado herido en un “Powers-Wagon”, prendido por las dos mujeres. Kanga, Patrick y yo pilotamos dos “jeep”, y el otro coche furgoneta; el “jeep” sobrante, decidimos dejarlo abandonado. Lamenté sinceramente que Grogan no lo hubiera utilizado al huir durante la noche; ahora no iba a servir para nadie.

—¡En marcha!

Esta vez di yo la vez, iniciando la formación. Dirigí el coche a través de un grupo de vegetación formado por grandes ortigas que parecía dividir la meseta como un brazo gigante. La floresta no era muy espesa y salvando con cuidado las peligrosas plantas pensaba acortar el camino hacia la ancha planicie que sabía se prolongaba al otro lado. Este era para mí terreno conocido, a causa de la curiosidad de algunos clientes por observar las terribles ortigas que, incluso, obligan al coloso de la selva, el elefante, a evitarlas prudentemente pese a su gruesa piel.

Patrick se echó contra mi coche cuando yo di un frenazo violento.

—¿Qué pasa ahora? —gritó.

No tuve necesidad de indicárselo; él vio casi al mismo tiempo que yo el cuerpo hinchado de Grogan, posado de bruces sobre una inmensa planta. Todavía conservaba una mochila en la espalda y el rifle en la bandolera.

—¡No se detenga por ese cerdo, Kavanagh! —gritó furiosamente Patrick—. ¡Se ha encontrado con lo que merecía!

Yo no estaba tan seguro. A pesar de sus gritos, desmonté de mi coche para efectuar la ya familiar costumbre de cavar un hoyo. Tuve que golpear a los negros para que me ayudaran a empujar el cuerpo ulcerado del desventurado mestizo, con unas gruesas ramas, a

modo de pértigas, procurando no tocarlo. Cuando lo conseguimos, me volví al enfurecido Patrick.

—Celebro no haber aceptado su indicación de dejar a este desgraciado insepulto, como a un perro —dije afiladamente—. De esta forma he podido comprobar dos cosas: lo poco presentable que está un hombre después de caer sobre una ortiga y... que cuando el mestizo probó en su carne la experiencia, estaba inconsciente y con la cabeza abierta.

Recuerdo que esta vez fue Paula Látimer la que perdió el conocimiento, cuando después de abandonar el volante de su furgoneta, contempló la frente ensangrentada del que fuera en vida Steve Grogan.

CAPÍTULO VII

Hacía ya cinco horas que dejáramos atrás la tumba de Grogan. ¡Demasiadas tumbas por todas partes!... “Látimer, Brecher, Grogan”... sin contar los dos negros muertos y las calamidades que ahora asolaban al resto de los expedicionarios.

Detrás de mí, el coche de Patrick, con la radio puesta a todo gas. Estuve por frenar en seco y romperle la cara a puñetazos.

Fue el profesor quien indicó la conveniencia de parar, frenando su coche, cuando ya me había olvidado de comer entre otras cosas. Kanga se encargó de repartir conservas, que comimos sentados en los mismos vehículos. Mientras estiraba mis piernas fumando un cigarrillo, de repente se cortó la deficiente audición de mi radio. Al volverme, descubrí a Paula inclinada sobre el tablero de instrumentos. Me dijo:

—Venía a decirle que Makoni tiene mucha fiebre... Está delirando.

Observé aliviado que en sus palabras no había el menor asomo de reproche; inclusive, el hecho de dirigirse a mí y no a Patrick con tal demanda, significaba bastante a mi favor.

—Vamos —musité escuetamente arrojando el cigarrillo.

Makoni era el negro malherido por los leones. Se hallaba instalado en el interior del “powers-wagon” sobre una litera. Kanga le abanicaba mientras la esposa del profesor le aplicaba compresas húmedas en la frente. Karen me sonrió tristemente al entrar, libre de la presencia odiosa del marido.

Las vendas del infortunado negro se hallaban bermejas de sangre. Por su cara resbalaba el sudor, mientras murmuraba entre dientes algunas palabras indígenas que no pude entender.

Estuve hurgando en el botiquín hasta encontrar unas inyecciones de M & B 690, no muy adecuadas para la posible infección, pero bastante aceptables para rebajar la fiebre. Yo mismo se las puse, saliendo después a tomar el aire como si emergiera del fondo de una tumba. Patrick paseaba jugando con una fusta, igual que si estuviera pisando el césped del Polo Club de Londres.

—Ese hombre no puede seguir con nosotros —le dije entre dientes—. Se morirá.

—Bueno, ¿y qué quiere que yo le haga? No vamos ahora a volvernos a Nairobi para dejarlo en manos de su familia. Después

de lo que está ocurriendo cuanto más distancia medie entre la policía y nosotros, mucho mejor. ¡De usted no hablemos!

No había solución, ya lo sabía. A pesar de ello, comencé a ponerme furioso.

—Erikson, parece que cuanto más merma la expedición, usted se pone más contento.

—¡Todos sabían a lo que se exponían!

—Quizá del todo no.

—¿Qué quiere usted decir? —gruñó, acercándose a mí más de lo suficiente.

Le habría dicho muchas cosas, pero no habrían pasado de ser meras sospechas. Afortunadamente, Paula llegó de improviso junto a nosotros echando agua sobre la mecha encendida.

—Señores, si hemos de seguir adelante será mejor que no nos detengamos.

Después de esto, volvimos a montar en los coches, rodando casi ininterrumpidamente más de seis horas. Yo me guiaba ya sin necesidad de consultar el mapa, manteniendo la posición por medio de una brújula y parte del terreno que creía conocer. Cuando al final paramos, creí tener los riñones a la altura de los hombros. Kanga consintió en separarse del herido con objeto de montar, en compañía de los cinco portadores, las tiendas necesarias para pasar la noche.

La cena constituyó, por nuestra parte, algo muy parecido a lo que debe ser un perfecto velatorio. Cuando estábamos en los postres, Kanga apareció gesticulando como un poseso. Por lo visto Makoni en su delirio, se había arrancado parte de la venda y manaba sangre como agua una fuente.

Todos corrimos, evitando a tiempo una tragedia. A pesar de ello comprendí sin mucho esfuerzo, que si no se le amputaba el brazo, pronto sería atacado por la gangrena. Expuse mi opinión en voz alta y el rostro de las dos mujeres me pareció que adquiría la tonalidad del yeso.

—¿Y quién va a hacerlo? —preguntó Paula con voz trémula.

Me señalé con un dedo sin estar muy seguro de lo que afirmaba.

—¿No hay otra solución? —inquirió.

—Yo por lo menos la ignoro. Nuestro botiquín es muy reducido; aunque quisiéramos tampoco podríamos hacer mucho más.

Paula miró al negro y luego a mí. Con su gesto de piedad impreso en los ojos era mucho más hermosa de lo que jamás pude en ella imaginar.

—¿A qué distancia estaremos de ese pueblo masái de que habló

anoche, Kavanagh?

El oír su voz modulando mi nombre me produjo una sensación agradablemente extraña; luego el resto de mi asombro se concretó a su pregunta:

—¿En qué está usted pensando? —preguté.

—Voy a llevarle yo. A juzgar por lo que le oí hablar ayer, rodando a buen paso llegaría allí en unas diez horas. Si me acompaña un negro para atender al herido, puede que encontremos un destacamento askari debidamente equipado. Saldremos mañana en cuanto amanezca.

Habló con tanta decisión, que casi no encontré palabras para disuadirla.

—¿Está usted loca?... ¿No creará que la selva tiene un Tazado especial de carreteras para guiarla a usted?

—Alguno de los negros conocerá el terreno. Si usted me da nuestra situación y la del poblado, con un plano podré llegar perfectamente.

Ahora fue Patrick el que intervino accionando su esqueleto igual que si intentara mantener el equilibrio andando sobre un alambre.

—¡Usted no puede marcharse así como así! ¡No tardarían nada en sonsacarle nuestra posición, para volcarse detrás de nosotros...! ¡No puede marcharse... y mucho menos llevándose a un negro ahora que los hombres empiezan a sernos más escasos y necesarios!

—Yo puedo hacer lo que me venga en gana Erikson, puesto que económicamente soy en este momento la dueña absoluta de la expedición. Usted, hasta el momento no ha puesto nada más que sus tratados de antropología empolvada. Mañana me iré de aquí, Patrick; impídamelo si puede... Para usted la expedición, las tumbas y todos los tesoros que encuentre en ellas. Seguí a mi marido por otras razones que no es usted capaz de comprender, ni ante el propio ejemplo de su mujer.

—¡Si se marcha, perderá su derecho a todo!

—Gracias por aligerarme de esa responsabilidad, Patrick —volvió su mirada a mí con las pupilas llenas de amargura—. En realidad, ya he perdido gran parte del interés que me guiara al principio.

Patrick intentó replicar rojo de ira atragantándose con su propia nuez. Le puse el puño a un centímetro de la nariz dispuesto a empotrárselo a la primera ocasión, mientras cortaba sus protestas gritándole hasta ponerme ronco:

—¡Cállese! ¡No mate usted el único gesto decente que hasta el momento se ha escuchado en esta maldita expedición! ¡Ya lo ha

oído, lo deja todo para usted! Cuando llegue a sus dichosas tumbas, échese la llave por dentro y no salga hasta que suenen las trompetas del Juicio Final.

Me marché a pesar de todo, reprochándome de no haberle pegado un puñetazo. Kanga acababa en ese momento de hacer mi litera cuando me tumbé en ella con las botas puestas.

—¿Haber dificultades, *Bwana* Kent? —preguntó dócilmente mostrándome en una franca sonrisa todos sus blancos dientes.

—Sí, Kanga, las hay. Existen muchas maneras entre los blancos de vender el alma al diablo; nosotros hemos optado por la más barata.

Se marchó sin entenderme y yo lo celebré. Al cabo de una hora de estar hablando en voz alta, me levanté de un salto dirigiéndome a la tienda de Paula Látimer.

—¿Se puede pasar?

Oí cómo su voz sorprendida musitaba un tenue “adelante”.

Se halla metida en su litera, enfundada en un gracioso pijama de seda a rayas. A su lado se apoyaba el “báculo nuestro de cada día” en forma de rifle calibre .375.

—Me voy con usted —dije a modo de saludo.

Ella abrió la boca como si no entendiera mis palabras.

—¡Sí, no me mire de esa manera!... Oiga... no le pido que me crea si no quiere... pero yo no maté a su marido. Me hizo, eso sí, cuantas granujerías se le pueden hacer a nadie en este mundo, para obligarme a desear cometer un asesinato... Al final, inclusive, se marchó sin pagarme después de haberme hecho perder mi permiso de cazador.

—Pero... entonces, ¿cómo se hizo con el plano?

—¡Por favor! —corté ya hart—. ¡No he visto tal plano en mi vida, ni nada que pueda llamarse así!

—Oiga... no le comprendo, porque usted mismo dijo que...

La interrumpí, cansado de mantener tan vacío embuste.

—Escuche, ya no me importa decírselo. Les mentí con la intención de salir del trance, ganar la frontera y luego, perderles de vista... Ahora la acompañaré a usted con el “jeep” hasta cerca del poblado y después huiré nuevamente con el coche... suponiendo que me den ocasión.

—Ha estado usted jugando con la vida de todos nosotros —dijo, en seco reproche.

—No. Solamente he jugado con la mía... y hasta el momento voy ganando lo único que expuse; mi propia existencia. Brecher no hubiera dudado en matarme si le hubiera dicho la verdad.

Leí en sus ojos que me creía a medias.

—Mañana deberá decirle la verdad a Patrick —remarcó severa—. Además, los negros quedarán en libertad de regresar. Si Erikson se resiste a creerle... procure evitar la violencia, pero tenga cuidado.

Su expresión al despedirme era comprensiva y suave. Hasta el momento nunca creí que llegara a mirarme así.

Abrí la puerta de lona de mi tienda, colocando la litera de forma que pudiera vigilar, acostado, la tienda de Paula. Temía por su seguridad si el chiflado de Erikson se decidía a impedir su marcha con algún procedimiento violento. Imaginé al profesor en la tienda del herido; poco antes de la cena habíamos echado a suertes entre los cuatro, estableciendo turnos de vigilancia durante la noche para velar al negro y a Erickson le correspondió el primero.

Yo tenía el tercer turno; me hubiera dado igual permanecer al lado del negro todo el tiempo, ya que Dios mediante, no pensaba cometer la imprudencia de cerrar los ojos en toda la noche. Adopté una posición casi sentado en la litera, mientras acariciaba la fría culata de mi rifle. A los negros les había acomodado dentro de una tienda con Kanga al frente, en vista de su recelo por dormir al raso.

Llevaba bastante rato divagando sin dejar de asir mi rifle, cuando ante mis ojos surgió la aparición que menos esperaba. La luz de la tienda de Paula había permanecido encendida hasta ese momento, supuse que por prevención, pero cuando vi avanzar a la viuda de Látimer hacia donde yo estaba andando a grandes zancadas, no pude por menos que parpadear como si estuviera bebido.

Ya antes de que ella llegara, yo me había incorporado para encender mi lámpara de petróleo con la seguridad de que era a mí a quién venía a ver. Se detuvo en la puerta con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y las manos crispadas. Creo que iba envuelta en una larga bata; no me fijé. Solo advertí, como un pronóstico de tragedia, sus hermosos ojos abiertos de par en par dirigiéndome todo el fuego iridiscente de su mirada.

Como preámbulo, cortó mi frase de saludo cruzándome la cara con una bofetada.

—¡Hipócrita!... ¡Asesino!

La tienda entera me dio vueltas. Solo acerté a balbucir un entrecortado:

—¿Qué le ocurre?

—¡Es usted un miserable, Kavanagh! ¡Ha jugado con todos nosotros a su antojo superándose en mentir y supongo que en matar...! ¡Usted fingiéndose un inocente buscador de trofeos por

encargo de perversos clientes que se le escapaban sin pagar! ¡Guarde este bien para que quede confirmado su honor de asesino donde corresponda...: es el troteo más sangriento que pudo jamás conseguir!

Me tiró algo a la cara que en principio no pude distinguir. Luego el objeto rebotó en el suelo proyectando un breve destello. Creí morirme de desesperación cuando descubrí que el presunto trofeo era el reloj de oro del difunto Bruce Látimer.

Toda la rapidez de reflejos que poseo para frenar el ataque de una fiera, degenera en pesadez de tortuga cuando es una mujer la que me acomete. Una vez más me faltaron palabras. Palabras para explicarle cómo le quité el reloj a su marido a título de reparación por mi factura impagada. Cómo con él en el bolsillo me detuvo Ramsey; cómo igualmente lo había olvidado en un cambio de ropas, sin volver a acordarme para nada del maldito reloj que ahora ella había descubierto de alguna inexplicable forma.

—¡Espere!... ¡Yo le explicaré!

No tuve ocasión de explicarle nada. Dio media vuelta dejándome clavado como un estúpido bajo los palos de mi tienda. Según atravesaba el camino hacia su tienda la oí sollozar con amarga ira. Creo que estuve maldiciendo hasta que me senté rendido en el borde de la litera. Así permanecí largo rato oyendo el crepitar nocturno de la selva mezclado con mis amargos pensamientos...

Un seco estampido, seguido del grito ronco de un hombre, me hizo salir bruscamente de mi hipnotismo esgrimiendo mi arma para saltar fuera de la tienda.

Fue demasiado increíble la visión que se presentó a mis ojos como para decidirme a intervenir. Como una exhalación adiviné la figura de Patrick Erikson corriendo igual que un loco, mientras Karen su mujer, con un rifle echado a la cara, le disparaba por la espalda. Vi cómo el profesor caía al suelo, retorcido igual que la raíz de una mandrágora. Aun así, Karen siguió disparando frenéticamente hasta que se le acabaron las balas. Todavía cuando llegué junto a ella, oprimía con nerviosas sacudidas el gatillo de su arma descargada, riendo histéricamente.

CAPÍTULO VIII

Le arrebaté el rifle de un tirón sin que ella hiciera esfuerzo alguno por impedírmelo, redoblando sus escalofrantes carcajadas de loca.

—¡Señora Erikson!... ¡Karen!

La zarandeeé por los hombros golpeándole en la cara con la mano abierta, hasta que pareció volver del ataque. Fue amainando su risa extraviada para mirarme fijamente con ojos espantados. Junto a nosotros adiviné la figura de Paula envuelta en su bata. La oí lanzar una exclamación ahogada, mezclada con los agudos gritos de los portadores que no se atrevían a salir de su tienda.

—¡Karen!... ¡Dios del cielo!... ¿Pero qué es lo que ha hecho?

La tenía sujeta entre mis manos. Creo que comenzó a exhalar unos débiles gemidos paseando su mirada huidiza por todo el campamento. Consciente, dirigí su cabeza hacia el lugar donde se hallaba derribado su marido; deseaba por todos los medios que se produjera en ella algún *schok* violento que la hiciera reaccionar. La figura de Patrick retorcido en el suelo y bañado en su propia sangre, fue más de lo que pudo soportar; dio un agudo grito quedando inerte entre mis brazos.

—¡Kanga! —llamé.

El negro estaba a mi lado contemplándolo todo estúpidamente. Le alargué el cuerpo desvanecido de la mujer.

—¡Llévala a su tienda!

Paula Látimer siguió a ambos, mostrando el mismo deseo de atender a la desvanecida como de alejarse del cadáver del antropólogo.

Entonces corrí junto a Patrick Erikson, dándole la vuelta para examinarle. Estaba muerto; todo lo muerto que puede estar un hombre con doce balazos perforándole el pecho y la cabeza. A la luz de la luna, resaltaban ahora más que nunca sus huesos bajo la piel cárdeno-amarilla.

Lo aparté del charco sanguinolento, arrastrándole hasta mi tienda para una vez allí, taparlo con una manta que resultó pequeña. En su carrera huyendo de la muerte, Patrick había perdido una bota y ahora resultaba impresionante ver su pie desnudo como si fuera de cera asomando por debajo de la manta.

En su aposento de lona Karen yacía tumbada sobre una litera

silenciosamente inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos. Paula y Kanga le frotaban las muñecas afanosamente. Al entrar yo, la viuda de Látimer musitó en voz baja:

—No habla nada...; solo ha murmurado varias veces el nombre de Makoni.

Me acordé de repente del negro herido. Dando media vuelta entré en la tienda iluminada, donde ahora se debía de hallar solo el infortunado porteador.

Bastó una simple ojeada para darme cuenta de todo lo ocurrido. Makoni estaba muerto. Su brazo desnudo mostraba al aire la terrible herida por dónde aún barbotaban las últimas gotas de sangre casi coagulada; las ropas de la cama eran una esponja bañada en carmesí.

Salí al centro del campamento llamando a los porteadores en voz alta. Tuve que disparar un tiro de rifle al aire para que los negros se decidieran tímidamente a abandonar su tienda. Entonces, propalándose mi eco en el tímpano oscuro de la selva, les hablé sentenciosamente.

—¡“Saitani” arrancó la venda de Makoni para que Makoni muriera; Makoni ahora está con el espíritu de sus padres, y los padres de sus padres...! ¡Pero “Saitani” ya no hará más daño! ¡Saitani ha muerto!

Con el brazo señalé el cuerpo rígido de Patrick Erikson, cubierto apenas con una manta bajo la lona de mi tienda.

* * *

Oí el grito sofocado de Karen, seguido de amargos sollozos. En la puerta de su tienda me detuve unos momentos contemplando por la lona entreabierta la desesperada actitud de la mujer, comprendiendo que al fin era perfecta dueña de sus actos. A pesar de su dolor, me alegré de que así fuera. Se hallaba tumbada boca abajo en la litera, a un lado Kanga con su eterno gesto asombrado, y al otro Paula tratando de calmarla. Yo dije algo con todo el aplomo que me fue posible:

—Lo siento señora Erikson...; siento haber tenido que hablar así a los negros, pero todos deben saber la verdad que ya he logrado adivinar. “Saitani” ha muerto.

Luego di media vuelta sin encontrar más palabras que decir, marchándome a compartir mi tienda con la rígida figura semidescalza a los pies de mi litera. La presencia de Patrick aún cubierto por una manta no era muy agradable: pero era preciso

demostrar con esto a los negros que yo, el único hombre blanco que quedaba en la expedición, no tenía miedo.

No me di cuenta de que Paula Látimer abandonaba la tienda de Karen para aproximarse a la mía, hasta que se detuvo frente a mí, separada únicamente por el bulto cubierto a nuestros pies.

—¿Hasta dónde piensa llegar con sus mentiras, Kavanagh? —dijo airadamente.

—Hasta el capitán Ramsey o cualquier otro policía que quiera escucharme. Yo no tengo el menor interés en hacer que usted me crea o no. El reloj, junto con un puñado de billetes se lo quité a su marido en el aeropuerto de Nairobi a cuenta del dinero que me pensaba estafar. Yo no le maté; pero tampoco siento su muerte; era un cobarde.

Paula se abrazó al palo central de la tienda fulminándome con su mirada.

—¿Y usted qué es, Kavanagh? ¡Se cree un héroe, porque trata a las personas igual que a las fieras imponiendo su voluntad por la fuerza! Yo sé mejor que nadie los defectos de mi marido... Era un pobre hombre, visionario, egoísta y débil; inclusive se casó conmigo por obtener un dinero que yo, en realidad, no poseía. ¡Pero era un ser humano... un ser con vida propia que usted le arrebató para luego desencadenar esta tragedia!

Era más de lo que estaba dispuesto a escuchar. Salté por encima del cadáver tumbado a nuestros pies alargándole mi rifle después de montarlo.

—Escuche, Paula... Ya no hay expedición... ni motivo para proseguir vagando como parias. Cada uno puede elegir su ruta de regreso. Yo ya tengo trazada la mía: voy a entregarme. Si tanto me odia, puede hacerlo usted misma. Me dejaré conducir atado de pies y manos. Soy irlandés y creo en una Providencia más infalible que la justicia inglesa. Hasta ahora solo he estado huyendo de mí mismo como un estúpido... Voy a intentar demostrar que yo no maté a su marido.

No supe en qué pensaba mientras con el rifle colgado de sus manos, me miraba a través de los ojos cuajados de lágrimas. Se quedó mirándome con la misma fijeza de siempre, y una sombra de duda cubriéndole la cara. Como de costumbre, no le dije lo principal; que a costa de mi vida intentaba demostrarle algo que quizás me llevara hasta la horca; y que a cambio, aún saliendo con bien de la empresa, no esperaba volverla a ver nunca.

—¿Por qué hace esto, Kavanagh? —preguntó al fin.

—Porque estoy enamorado de usted.

Repito que yo nunca esperaba el haberle dicho esto. Fue una jugarreta de mi subconsciente, que me obligó a pronunciar lo que jamás pensé dejar entrever; ignoro, además, qué es lo que pudo pensar ella en ese momento. Dejó el rifle apoyado contra un taburete, evitando ahora el mirarme de frente.

—Buenas noches. Espero que mañana sepa usted elegir la ruta que más le convenga, Kavanagh.

Al volverse, vi el reloj de oro todavía tirado en el suelo.

—Espere —le dije—; se deja usted olvidado esto.

Me incliné para cogerlo depositándolo en su mano. Entonces ocurrió algo sorprendente. La tapa de atrás, quizás abierta por efecto del golpe, rodó nuevamente hasta el suelo, dejando al descubierto un pequeño papel plegado, ajustado todavía contra la maquinaria del reloj. Lo desdoblé asombrado presa de un extraño presentimiento.

A la luz mortecina de la lámpara ambos vimos una misma cosa: un pequeño mapa... ¡El mapa que indicaba la ruta hasta el cementerio de los Kambusis!

CAPÍTULO IX

Transcurridos los primeros momentos de perplejidad, alargué el pequeño plano a Paula con una amarga sonrisa.

—Tome: esto también entra con la propiedad del reloj.

Dolía pensar que por ese arrugado trozo de papel, África había vuelto a vencernos trocando las cosas en un corto espacio de tiempo.

—¿Qué piensa hacer ahora, Kavanagh?

Me devolvió el plano al mismo tiempo que me hacía la pregunta.

—Ya se lo he dicho. Esto no modifica en nada mi decisión — repuse.

Ella se dejó caer en la litera tomando asiento con gesto abatido. Transcurrieron unos interminables minutos antes de que volviera a dirigirme la palabra, mirando en esta ocasión la manta tendida sobre Patrick, donde varias moscas merodeaban zumbando en funerario orfeón.

—Con su actitud yo no quiero crearme un problema de conciencia, Kavanagh. Sepa que ahora le considero un hombre sincero. Siga el camino que más le convenga... Yo voy al cementerio de los Kambusis.

—¿Está usted loca? ¡Ese plano merece el mismo crédito que un billete del Banco de Londres hecho a mano! No espere que yo la guíe para llevar a cabo semejante disparate.

Sonrió vagamente moviendo la cabeza.

—No le pido que nos acompañe. La veracidad del plano me parece tan dudosa como a usted; mas si volviéramos hacia atrás, Karen tendría que dar cuenta de la muerte de su marido, y no creo que el atenuante de su descentramiento nervioso valiera para variar la responsabilidad de su acto. Estuve también pensando en ello antes de venir aquí. En cuanto a mí, ya no tengo nada contra usted, Kavanagh, y si he de salir cruzando la frontera de una forma u otra, me da lo mismo hacerlo siguiendo la dirección del plano.

Su decisión rayaba en lo sorprendente. Por lo visto, esta seguía siendo una expedición de locos con Kent Kavanagh al frente como presidente electo.

—Sabe de sobra que no la dejaré ir sola... ¿Por qué se arriesga a seguir en mi compañía conociendo ahora la versad de mis sentimientos hacia usted?

Plegó los labios en una sonrisa, que todavía ignoro si fue de indiferencia o desdén.

—Por favor, Kavanagh, no se deje atacar por el “mal del marinero”.

No dijo más, y fue bastante para dejarme clavado y frío. Me sentí en ridículo, avergonzado de mi debilidad e, interiormente, me dispuse a comportarme tan “profesional” como fui siempre con cuantos requirieron mis servicios. Pero mientras la veía alejarse de nuevo hacia su tienda, caminando erguida, sin volver la cabeza, maldije por lo bajo al saberme turbado como un colegial.

Los cinco porteadores negros comenzaron a entonar a coro su maldita canción al diablo.

Di fin a mi paquete de cigarrillos antes de decidirme con bastante desgana a examinar el dichoso piano causa de todas nuestras desgracias. Afortunadamente, hasta el momento, habíamos seguido una ruta regularmente oblicua con relación al itinerario señalado en el papel para dirigirse al territorio de los antiguos Kambusis.

Según el dibujo, deberíamos atravesar la divisoria con Uganda, bordeando luego el lago Kioga para alcanzar después la cordillera Ruwenzori en la frontera casi con el Congo belga. Todo ello nos llevaría por lo menos una semana larga, caso de conseguir abrimos camino con los coches por territorio tan accidentado.

Si bien me alegraba el recordar que Uganda, con sus 240.000 kilómetros cuadrados solo cuenta con unos 400 policías ingleses, no dejaba por otro lado de intranquilizarme el hecho de que, pasado el lago Kioga hacia el Oeste, comenzaba la gran barrera de las selvas verdinegras del Congo, que forzosamente en nuestro itinerario habríamos de atravesar. De las enormes montañas de Ruwenzori⁵, solo sabía que sus cumbres amenazadoras, permanentemente cubiertas de nieve y niebla, hasta el momento no habían atraído la atención de nadie sensato.

De cualquier forma mi intención desde que me uniera a pesar mío a la expedición, siempre había sido ganar la frontera del protectorado belga y, afortunadamente, nuestro trayecto seguía siendo el mismo. Confiaba que de aquí a que avistáramos la cordillera Ruwenzori, Paula estuviera más que harta para insistir en su idea de escalar montañas congeladoras y prácticamente inaccesibles.

Kanga vino a mi tienda con una humeante cafetera, cuando me dolían ya los riñones de estar inclinado sobre el mapa de África. Dejó el servicio sobre la mesa, dirigiéndose de manera

respetuosa.

—Porteadores querer enterrar Makoni.

Los negros se negaron a cavar juntas las dos tumbas, creyendo que la proximidad de “Saitani” Patrick, con Makoni, podría alterar la paz del espíritu de su hermano de raza. Me costó media hora el convencerles por las buenas que el cuerpo del etnólogo no podía ser quemado en una hoguera con arreglo a sus deseos. Cuando al final conseguimos desmontar el campamento, el sol picaba ya de plano.

Hicimos también un acopio de material, ajustándonos estrictamente a las posibles necesidades de la cada vez más reducida expedición. Con tal motivo nos desprendimos de otro coche, convirtiendo ya la *safari* en un solo “Jeep” pilotado por mí, y los dos “Powers-Wagon” repletos de material. Kanga cogió el volante de uno de ellos, conduciendo el otro Paula, sin consentir esta última que de su lado se separase Karen, cuya actitud más abatida y más desambientada que de costumbre, encontré lógica.

Así dispuesto todo, reemprendimos la marcha no sin antes tener que arrancar casi por la fuerza a Karen de la tumba de su marido. El ruido de los motores ahogó su quedo y monótono llanto. Yo no quise volver la cabeza cuando las ruedas de mi coche comenzaron a deslizarse y pronto quedaron atrás las dos cruces toscas de palo marcando así la tierra removida.

La semana siguiente puede decirse que transcurrió “sobre ruedas” en la doble acepción de la palabra. Ni siquiera la sombra de un askari turbó nuestra aparente tranquilidad. Parecía que se habían cansado de buscarme o que en realidad los habíamos despistado por completo. No quise pensar mucho en ello, porque en realidad, no las tenía todas conmigo.

Nos internamos por el violento paisaje de Uganda, unas veces admirando su floresta intrincada, donde las plantas brotan casi a la vista, buscando con agonía la luz del sol; otras, maldiciendo el barro y los mosquitos. Cruzamos entre los lagos Kioga y Victoria; este último, segundo en el mundo por su tamaño y análogo en extensión al mapa de mi dulce Irlanda.

Al séptimo día justo, tropezamos con la selva verdinegra. Yo frené ante un arbolito que por sí solo, hubiera bastado para apuntalar la Torre de Londres en caso de derribo. Paula se apeó de su coche viniendo a mi lado con la cara tiznada de grasa.

—¿Qué ocurre?

—Váyase despidiendo de los coches; a partir de ahora, el resto del camino habrá que hacerlo andando.

Hicimos una rigurosa selección del material, que ahora habría

que transportar sobre las espaldas. Lo que más me inquietó fue el agua. Hacía dos días que nos habíamos aprovisionado de este precioso líquido gastándolo abundantemente sin que hasta el momento supiera cuánto tiempo íbamos a tardar en reponer nuestras mermadas existencias. Me volví a Kanga para ordenarle:

—Desde este momento tendremos que racionar el agua.

Puso una cara muy rara pero no dijo nada. Hacía ya un par de horas que estábamos acampados; mientras los porteadores asaban unas tajadas del “harttebeest”⁶ que conseguí dar muerte por la mañana, me dirigí a Karen Erikson, inmutable como siempre en el asiento del “Power-Wagon”, desde que frenamos los vehículos.

—¿No baja a mover un poco las piernas?

—Gracias. Kavanagh; no tengo ganas de andar.

—Pues me temo que de ahora en adelante va a tener que hacerlo como una campeona pedestre.

Sonrió con amargura; con la misma desgana que a partir de la muerte de su marido parecía alentarla, viviendo igual que un simple autómatas.

—Yo solo soy un estorbo para ustedes... Déjenme y sigan adelante sin mí.

—¡Estupendo! —dije, echando la cosa a broma—. Mire, torciendo después del tercer árbol tiene una parada de autobús. Dígale al cobrador que le avise cuando lleguen a Picadilly.

Mientras hablaba, busqué con la mirada a Paula sin encontrarla por ninguna parte aunque la imaginé dirigiendo la operación del asado.

—De veras, Kavanagh —prosiguió Karen—. ¿Usted cree sinceramente en esas fantásticas tumbas Kambusis?

—¿Por qué no?... África es el último rincón del mundo donde quizás es posible la fantasía. La teoría del éxodo de algún poblado egipcio hasta el centro del continente, no es tan absurda como parece. La magnífica raza Masái es una posible prueba de ello; hoy en día se mantienen encendidas polémicas sobre si estos valientes guerreros y cazadores africanos, son o no de origen egipcio. Sin ir más lejos, tenemos la extraña raza de Kung o Mukankalas de las selvas angolanas, cuyos rasgos profundamente mogólicos y su piel amarilla delata la procedencia asiática de alguna emigración remota desde las estepas de Siberia, a través del Asia Menor, y por todo lo largo del continente africano; miles de kilómetros por desiertos y selvas tropicales...

Creo que corté en seco la perorata científica, sorprendiéndome a mí mismo el calor de la frase. Karen contemplaba entre admirativa

y burlona. Me disculpé como un niño pillado en una falta.

—Bueno, será mejor que no me haga mucho caso; esta mañana tomé bastante sol en la cabeza... A propósito; ¿dónde está Paula?

—No sé, creo que dándose un baño.

—¡Bañán...! —no acabé la frase, lanzando una exclamación bastante impropia en un científico educado.

De una formidable carrera salvé la distancia que mediaba hasta unos altos arbustos donde por intuición, supuse que se hallaría la aseada expedicionaria. Casi estuve a punto de caer en la bañera de plástico plegable donde Paula se enjabonaba sentada; el grito que dio, no lo supera una invasión de monos mandriles.

—¡Fuera de aquí! —chilló, intentando cubrir su cuerpo con la espuma dejando solo fuera su cabeza.

—¡Acaba usted de desperdiciar toda nuestra provisión de agua!

—¡Váyase...! ¡Yo hago lo que...!

La cosa ya no tenía remedio. Miré el agua perdida estúpidamente por un capricho de higienismo extremado.

—Aproveche bien el baño, porque será el último. Vamos a morirnos todos y va a ser de sed, si Dios no lo remedia.

CAPÍTULO X

Di media vuelta, maldiciendo entre dientes cuando una nueva emisión de gritos femeninos atronó mis oídos. Al instante comprendí que esta vez los chillidos no tenían relación alguna con el baño. En dos saltos llegué hasta el árbol donde se parapetaba Paula con una toalla, sorprendiéndola en una original versión de las danzas Masáis. No tuve que esforzar mucho mi vista para ver sobre su blanca piel diversos puntos negro-rojizos, de casi un centímetro de largo, que inmediatamente reconocí como temibles hormigas de *safari*.

Le di un tirón, apartándola del hormiguero *comején* grueso como una columna, y de lo menos cinco metros de altura. Con las uñas comencé a arrancarle frenéticamente hormigas de cabeza roja haciéndole sangre en algunos casos. Cuando acabé, despedía sudor como una barra de hielo puesta al sol, en tanto que ella sollozaba en las mismas acuosas proporciones.

—No se mueva —le ordené.

Su ropa, caída junto a la bañera, hallábase empapada. En un momento estuve en el campamento cogiendo velozmente una manta para partir nuevamente ante la mirada asombrada de Karen.

Paula continuaba tiritando llorosamente. La envolví en la manta todo lo cuidadosamente que me fue posible.

—Vamos... serénese. Aunque le parezca mentira, estas mismas hormigas a mucha gente les parece un manjar exquisito...

Estaba lo suficientemente cerca de ella como para percibir perfectamente el olor de su carne mojada. El eco profundo de los pájaros de la selva me corrió por la espalda como un cuchillo frío.

—Lo... siento... Kent.

Lo dijo con un hilo de voz asustada, sin intención quizá de pronunciar mi nombre. Mi nombre de pila: Kent.

Entonces yo la besé en la boca. De repente sentí que me apartaba con energía para quedarnos contemplando fijamente como dos estúpidas estatuas.

—¡No... por favor... Kavanagh!

Me dolió su voz suplicante de animal vencido; me dolió el marco propicio y silencioso de la selva... y me dolió, sobre todo, la imagen que adiviné reflejada en su cerebro, de un hombre joven, muerto en Nairobi. Lo suficiente para que ambos nos sintiéramos, de repente,

seres cómicamente responsables en la vida.

—Cúbrase, va a coger frío.

Volvimos despacio al campamento, sin mediar palabra. Karen y los negros nos vieron llegar mirándonos con gesto forzosamente natural. En realidad, no pasaba nada; nada que fuera más allá de una determinación por parte de Kent Kavanagh...

La de llegar hasta las tumbas de los Kambusis o a mi propia fosa, sin rozar siquiera con la mirada los labios de Paula Látimer.

* * *

Dejamos los camiones con el material innecesario abandonados en un claro de la selva. Sobraron las precauciones de taparlos con lonas, puesto que lo más evidente era que no los volviésemos a ver más.

Seguidamente emprendimos la marcha cargando a los negros bastante más de lo que a ellos les hubiera gustado; inclusive yo, puse sobre mis espaldas una mochila de montaña. A las dos mujeres no quise dotarlas más que de su correspondiente rifle, munición y una cantimplora con agua.

Así abrimos la marcha, Kanga cerrando la comitiva, y yo en cabeza. Al principio la tupida vegetación que nos pareció un infierno, fue empeorando hasta el extremo de tardar casi dos horas en abrirnos paso para andar un kilómetro escasamente. Ordené a Kanga y a las dos mujeres que llevasen el rifle montado en la mano, dispuestos a hacer fuego contra el ruido más insignificante. Afortunadamente ningún animal hizo intención de atacarnos. Cuando se retiró el sol, montamos el campamento en un pequeño claro. Armamos las dos únicas tiendas que ahora llevábamos, destinando para Kanga y los negros una manta al calor del fuego. Mientras el indígena que hacía de cocinero asaba las consabidas tajadas de antílope, me dispuse a revisar la provisión de agua. Silbé de asombro cuando vi que las dos mujeres se habían bebido enteras sus cantimploras de agua.

Entré en la tienda que ambas compartían, donde ahora se hallaban echadas esperando la hora de la cena. Pese a su cara de inocencia, de muy buena gana les hubiera abollado las cantimploras en la cabeza.

—Bueno, por lo que veo, durante el camino se han entretenido en regar con agua potable las flores silvestres — dije lo más tranquilo posible.

Fue Paula la que contestó confusamente:

—Teníamos mucha sed.

—Claro —pensé que me ahogaba de pura rabia—. ¡A partir de ahora, sepan que tocamos a un litro por cabeza y posiblemente, para toda nuestra vida!

Salí de la tienda refunfuñando y durante la cena nadie habló palabra. La siguiente sorpresa fue por la mañana, cuando Kanga entró en mi tienda para comunicarme que durante la noche uno de los negros había tenido la buena ocurrencia de iniciar el regreso a su casa. Me despojé de mi saco de dormir, para comenzar a vestirme apresuradamente mientras lanzaba maldiciones en voz alta.

—¿Qué va a hacer, *Bwana*?

—¡Traerle a rastras, para que sirva de escarmiento!

Ocurrió lo peor que podía ocurrir. Los negros me vieron regresar a las dos horas con las manos vacías y el rostro desfigurado por la rabia. Karen y Paula me esperaban ya impacientes.

—¿Qué ha ocurrido, Kavanagh? —inquirió la primera.

—Nada. Hubiera tenido que emplear todo el día para darle alcance. Lo peor no es eso; si cunde el ejemplo... —vi cómo de reojo me observaban los cuatro negros restantes—. ¿Qué hacéis ahí parados, gandules? ¡Ya podían estar desmontadas las tiendas!

Kanga atizó un puntapié al más cercano, acudiendo después a una indicación mía.

—Te hago a ti el responsable de esos cuatro *facóqueros*. Procura dormir con un solo ojo cerrado, o te saltaré los dos si se escapa alguien... ¿Entendido?

Dijo “Sí, *Bwana*”, como si no estuviera muy convencido de ser él quien primero fuera a poner en práctica el sistema nocturno de vuelta al hogar; comprendí que el destinado a pasar la noche en vela era yo.

—En marcha.

A la media jornada de infernal camino, nuestra provisión de agua no hubiera servido ni para llenar el bebedero de un pájaro. Todos teníamos las gargantas tan hinchadas que ninguno quiso comer. Un negro perdió a propósito uno de los bultos, y le hice volver hasta donde estaba caído dándole una cura de zurriagazos. Nos sentamos a descansar secándonos el sudor, teniendo casi que escurrir luego los pañuelos. Inesperadamente uno de los ojeadores Nderobo, lanzó una exclamación:

—¡Mira, *Bwana*!

A distancia distinguí claramente una huella de elefante. A juzgar por la posición todavía inclinada de la hierba, no debía hacer más

de dos horas que pasara por allí. Casi en el acto descubrí otras más claras de un macho joven. Se trataba, sin duda, de una pareja de solitarios. Resulta sumamente curioso cómo dos ejemplares suelen separarse de una manada para vagar por la selva, completándose siempre la pareja por un macho muy joven y un ejemplar bastante viejo. Dos de estas bestias unidas en amigable vagabundeo, suele ser un encuentro poco recomendable debido a la acometividad juvenil de uno, unida a la malicia y estrategia del otro.

Pero a mí nada de eso me preocupaba. Sabía que un elefante no tiene por norma pasarse más de un día sin beber agua, y las huellas claras de sus patas traseras, tarde o temprano, nos conducirían hasta algún abrevadero de las bestias.

Traté de dar la buena nueva casi con indiferencia.

—Creo que antes de la noche tendremos agua. ¡En marcha!

Reanudamos el camino seguido por los paquidermos. A menudo descubrimos grandes excrementos de las dos bestias, pista esta inequívoca para saber poco más o menos por la temperatura y dureza del desperdicio, cuánto tiempo hace que la bestia ha pasado e inclusive, según el aspecto de los alimentos digeridos, el estado de ánimo en que el elefante se encuentra. Si la masa es blanda, puede significar que el animal está alarmado y se halla alerta. Si se observan grandes cantidades de alimento sin digerir, puede resultar que el animal esté nervioso al saberse perseguido y, si por último, la deposición es abundante, significa que el elefante está tranquilo y se ha detenido a descansar.

Indudablemente fuimos ganando terreno a las bestias detenidas estas en algún momento mordisqueando tallos tiernos y el viento en su favor les delató nuestra presencia. La primera deposición con los alimentos a medio digerir, fue la campana de alarma que supuse echaría mis planes al traste. Si a los animales les daba por huir, quizás variasen el itinerario seguido hacia el abrevadero. Detuve la expedición, permaneciendo quietos cerca de una hora. Cuando nuevamente echamos a andar estuve a punto de romper a llorar de desconsuelo. Salvados escasamente cincuenta pasos, vimos una línea de arena brillante por dónde en épocas de lluvia debía deslizarse un pequeño riachuelo.

—Este era nuestro destino —mascullé—; me alegra saber que los elefantes también se deben haber llevado un buen chasco.

—¡*Bwana!*

Oí el grito de aviso de uno de los negros al mismo tiempo que el suelo retemblaba bajo la acometida violenta de los dos elefantes hasta el momento ocultos en la enramada. Disparé mi rifle casi a

bulto sobre la enorme masa de más de cuatro toneladas de carne que soplando furiosamente con su trompa se nos vino encima. El rifle de Kanga se hizo oír junto a mi oreja y, afortunadamente, el inmenso paquidermo se detuvo unos segundos desviando su acometida para ocultarse entre la maleza. Ante su actitud, el macho joven titubeó unos momentos, los suficientes para que yo pudiera precisar mi puntería. Vi el polvo levantarse de la piel entre sus ojos, a efectos del terrible impacto de mi "Gibbs 505". Cayó redondo vomitando por su trompa un chorro de sangre que me empapó de pies a cabeza. Seguidamente nos quedamos quietos esperando el ataque del macho viejo con toda seguridad herido.

Al cabo de un rato de espera, me aventuré con sumo cuidado entre la espesura observando en el suelo y las ramas un reguero de sangre.

Para un cazador experimentado la sangre es clara, suele significar que procede de los pulmones e, indudablemente, el rastro será largo y difícil. La sangre de los riñones es oscura y significa que el animal está mortalmente herido; la de cualquier otro punto, es de color normal y mana generalmente de heridas superficiales.

El rastro que tenía ahora ante mis ojos, me hacía prever el primero de los mencionados casos. Volví junto al primer elefante muerto, descubriendo cómo los cuatro porteadores se empujaban gritando para acercar sus labios al chorro de sangre que manaba de la frente del animal. Su aspecto no debía diferir en mucho del mío, bermejo como una fresa aplastada.

Paula se agarró a mí nerviosamente:

—¡Díales que no hagan eso!

—Ojalá dejaran un poco para mí.

La sangre dejó de manar, y los porteadores se apartaron del animal como vampiros insatisfechos. Tuve que hacer restallar un látigo para que se decidieran a montar las dos tiendas antes de que cayera la noche.

Esta vez hice cenar a todo el mundo, con el fin de que no desperdiciaran fuerzas. Con la carne medio asada, tomamos el agua salada de las pocas conservas que aún quedaban. Luego, todos nos tumbamos a dormir. Aunque procuré que el sueño no me venciera, no tuve más remedio que rendirme al cansancio.

Cuando volví a abrir los ojos, vi a través de la lona entreabierta una espiral de humo de la hoguera apagada sobre el tinte rosáceo del amanecer africano. La total ausencia de negros en torno a la lumbre, alteró mi adormilada impasibilidad hasta el extremo de

salir de la tienda casi a rastras dentro del saco de dormir, igual que si fuera una larva. Kanga se hallaba tumbado varios pasos más allá con la cabeza abierta. Experimenté un gran consuelo cuando le oí respirar. Después de verter la última gota se mi cantimplora entre sus labios reseco, el fiel negro entreabrió los ojos. Puso un gesto aterrado al descubrirme junto a él.

—¡*Bwana*... yo no poder evitarlo!

—Por fin se largaron, ¿eh?

—Yo pelear, y ellos darme golpe en la cabeza... Tú matarme ahora, *Bwana*.

—No, ahora no tengo tiempo —dije resignado—. Esperaré a que te cicatrice la cabeza para volver a abrirtela.

Mientras Karen y Paula, todavía en camión, vendaban la cabeza de Kanga, yo revise el material. Solo se habían llevado las mantas, dos rifles y algunas de las latas de conservas abiertas. Sin agua, es posible que no llegaran muy lejos; esto si antes no topaban con alguna fiera con ganas de gresca.

Paula vino a mi tienda. Tenía los labios cortados por efectos de la sed.

—¿Qué va a pasar ahora, Kavanagh? —preguntó angustiada.

—Que cada uno va a tener que cargar con lo que buenamente pueda.

—¿No podíamos volver hacia atrás?

—Tenemos la misma distancia hacia atrás que hacía adelante. Con la diferencia de que al pie de la cordillera, tiene que haber agua del deshielo como para botar un barco.

Me deshice de las tiendas y gran parte del material, limitando nuestra carga al botiquín, ropa de abrigo, tres rifles y dos revólveres con municiones. Aparte de eso, incluí en mi mochila varias cantimploras con la sana esperanza de tener vida suficiente para llenarlas.

—En marcha.

Esta vez no tuve necesidad de levantar la voz a fin de hacerme oír por todo el grueso de la expedición. Kanga, a pesar de su cabeza vendada, iba cargado según sus deseos, como solo puede cargar un elefante. Si algún día nuestra peregrina empresa daba su fruto, pensaba hacerle por méritos, el negro más honorable de todas las tribus Kikuyus.

Nada más romper a andar, Karen dio dos pasos y se cayó al suelo. Cuando la incorporé sentándola en el suelo, vi su boca hinchada y sus labios cuarteados como la corteza de un árbol.

Se apoyó en mí, tambaleándose igual que si estuviese ebria.

—Adelante Karen: agárrese a mí, y procure hacerse la fuerte.

Una tortuga sin prisas nos hubiera perdido de vista, caso de llevar nuestra misma dirección. Inclusive Kanga se tambaleaba como un boxeador al que diesen golpes bajos. De repente tiró su fardo extendiendo el brazo con dirección a unos arbustos.

—¡*Taballo*⁷, *bwana*...!

A la luz del sol vi brillar algo metálico que en principio supuse un espejismo: luego, cuando Kanga arrastró los dos objetos por la arena, me convencí de que se trataba de bidones metálicos conteniendo algo.

—¡Agua, *Bwana*... agua...!

Tuve que sujetarle antes de que se llevara el cacharro a los labios. El hecho de que cuando alguien está sediento en la selva se encuentre con dos vasijas de diez litros de agua potable es tan agradable como poco natural.

CAPÍTULO XI

Olí el contenido. Efectivamente, era agua fresca. La única versión aceptable de su presencia allí, podía ser el paso de alguna expedición que a lo sumo, cruzara un par de días antes. Caso contrario, el agua se habría evaporado. La otra alternativa estaba trazada por la mano asesina que regó de tumbas nuestro itinerario.

—¡Beber... *Bwana!*

—No, Kanga; puede estar envenenada.

El negro me miró asombrado. Después de recomendarle que no tocara ninguno de los dos bidones, me dispuse a reconocer el terreno. Había huellas claras de una *safari* completa que afortunadamente, marcaban una dirección oblicua a la nuestra. El hecho de que pudiera ser el capitán Ramsey buscando nuestras huellas, me puso la carne de gallina. Si así era, los dos bidones solo podían ser obra de algún porteador perezoso, o...

Volví junto a Kanga que en compañía de las dos mujeres, contemplaban el agua como hipnotizados.

—Voy a beber —dije—. Si dentro de un rato no pasa nada...

Me encogí de hombros. Al ir a alzar el bidón ocurrió algo maravillosamente sorprendente. Paula puso una mano sobre la lata, impidiéndome el movimiento.

—¡No lo haga, Kent!... ¡No le dejaré!

—¿Por qué, Paula?

—¡No le dejaré!

El dolor más dulce del mundo supe entonces, que se consigue mezclando la muerte con el amor. Sin besarla, la sentí más cerca de mí que mi propia sangre. Esta fue la única vez que no consideré necesario explicarle nada.

—¡Sujétala, Kanga...!

—No, *Bwana*.

—¡Sujétala, te ordeno! —grité enérgico.

Paula intentó abalanzarse sobre mí, siendo más rápido el negro. La oí cómo lanzaba un grito, mientras el agua bajaba afanosamente por mi garganta. Cuando acabé, Paula se quedó inmóvil mirándome a través de sus ojos húmedos.

Quien no haya probado nunca a hacer un experimento semejante, no puede saber el angustioso valor que a veces puede tener un minuto. De momento no sentí nada más que un miedo

insuperable, y las miradas de los otros tres contemplándome en diferente tono, aunque unánimemente con la expresión de estar ya viendo a un muerto.

Rompí a andar dando grandes paseos, a fin de contrarrestar el temblor de piernas. Así esperé diez interminables minutos a lo largo de los cuales sentí crecer canas en mi cabeza. Paula fue la primera que no pudo más corriendo hacia mí, para clavar sus uñas en mis hombros chillando nerviosamente.

—¡Pare ya, Kent!... ¡Por amor de Dios, deje de andar!

—A partir de este momento, pienso seguir haciéndolo hasta que me caiga de viejo —dije, dando un suspiro.

Kanga no esperó más y se llevó el bidón a los labios, como si se fuera a tragar el agua con envase y todo. Karen por su parte, no se hizo esperar, imitándole. Solo Paula quedó ante mí, con sus labios hinchados temblándole de emoción.

—Usted siempre gana, ¿verdad, Kent?

—Se lo diré cuando haya llegado al final. Ande, beba.

Entre todos dimos cuenta de un bidón. Seguidamente, los alimentos fueron admitidos por nuestros agradecidos estómagos notándonos enormemente fortalecidos.

Cuando reemprendimos la marcha, nos sentíamos más felices que si en realidad hubiésemos encontrado las malditas tumbas.

* * *

Siguieron dos días de ardorosa marcha a través de un territorio exuberante y duro, que me recordó continuamente mi querida selva de Marengo llena de floresta, monos, ardillas, Hornbills de doble pico y un sinfín de pájaros cantores. Al final de la segunda jornada, y cuando solamente nos quedaba medio litro escaso de agua, dimos con un pequeño manantial de líquido transparente como el cristal. Matamos una gacela *Suni* y al final, yo canté varias canciones de Irlanda.

Al cuarto día Kanga dio un grito jubiloso, tirando su fardo al suelo para señalar con el dedo por encima de las copas de los árboles el soberbio macizo Ruwenzori con sus crestas afiladas, hundidas en las nubes.

Me sentí animoso como un muchacho. Aun en el peor de los casos, al otro lado de la cordillera, quedaba el Congo belga y con él, la libertad. Paula me dirigió por vez primera la palabra al cabo de cuatro días.

—Cubrimos la peor etapa, ¿no, Kavanagh?

—No lo crea así. “señora de Látimer” —recalqué con los dientes apretados—. Lo peor es enfrentarse con un peligro incógnito, y eso empezaremos a hacerlo ahora.

Me volvió preocupada la espalda, caminando en pos de Karen y el mayordomo negro, que a la vista de las montañas había apretado el paso como si la expedición fuera tocando a su ansiada meta.

La selva fue perdiendo intensidad hasta que al fin, casi con las primeras sombras llegamos a un riachuelo junto a la falda de las primeras montañas. Después de cenar hicimos un buen fuego, agrupándonos en torno a él con nuestros sacos de dormir.

La niebla fue bajando paulatinamente, desde las cumbres, hasta hacer casi borrosas las llamas de la hoguera, despejándose como por ensalmo con los primeros rayos de sol del siguiente día. Mientras Kanga terminaba de ordenar la exigua impedimenta, yo traté con los mapas, de fijar nuestra posición a fin de poder guiarnos por el plano.

Tuvimos que bordear casi cinco millas hasta llegar a la entrada del desfiladero que marcaba el tosco mapa. Era una inmensa grieta entre dos montañas, cuyo final se perdía en las alturas. De su interior parecía brotar un río, casi tan ancho como la grieta, donde el agua tumultuosa se deslizaba hacia la selva, igual que el chorro de un sifón.

Indudablemente ese era nuestro camino. Nos internamos por el estrecho paso bordeando con sumo cuidado el violento río. Un ruido ensordecedor localizado a distancia, me hizo comprender que el presunto manantial era origen de alguna cascada. Sobre nuestras cabezas, la luz del día se insinuaba como una tenue cinta de color gris. Fuimos avanzando en fila, torciendo por recodos donde el río se arremolinaba levantando crestas de espuma, mientras el aire se hacía por momentos más húmedo, impregnado de agua pulverizada.

Deduje que nos acercábamos a la gran cascada. La visión se fue haciendo más borrosa, aumentando ahora el inconfundible ruido del agua al caer desde una pronunciada altura.

Las rocas, al lado del río, eran resbaladizas como si estuvieran untadas de jabón. Una caída al fondo del tumultuoso torbellino líquido, hubiera sido la muerte segura aplastado contra las piedras que emergían afiladas a lo largo del cauce.

Los cuatro chorreábamos agua por todas partes. Apoyados contra la pared de la garganta, di orden a Kanga que extrajera del fardo la cuerda de “nylon” para escaladas. El negro tardó más de veinte minutos en poder obedecerme debido a la estrechez del paso

rocoso por el cual avanzábamos. Por dos veces tuve que sujetarle, estando a punto ambos de deslizarnos por el rabión.

Cuando tuve la cuerda entre mis manos, indiqué a grandes gritos que se la sujetaran a la cintura. Yo seguí en primer lugar, dejando a las dos mujeres en el centro. Caminábamos despacio, ahora entre una verdadera lluvia de agua golpeándonos el rostro. Paula resbaló una de las veces, arrastrando en su caída a Karen. Milagrosamente afianzados Kanga y yo, conseguimos izarlas nuevamente saliendo del trance con diversos cortes en las rodillas.

Así anduvimos cerca de media hora, hasta desembocar de repente en una especie de círculo, donde el torbellino de la cascada estallaba con salvaje estruendo levantando una verdadera tromba de agua. Ordené a gritos que se agarrasen a los bordes, cosa que cada cual hizo por instinto, ya que en donde nos hallábamos hubiese pasado inadvertido el disparo de un cañón. Azotados por el agua fuimos avanzando, pegados a las rocas, resbalando a cada momento, hasta el centro del amplio círculo, horadado seguramente en la roca por la potente cascada a través de milenios. Allí, en la parte más alejada de la caída, la piedra formaba una serie de aristas ascendentes que yo me apresuré a escalar deseando ganar altura lejos de donde el chorro líquido golpeaba contra el nacimiento del rabión.

Al levantar la cabeza, solo vi nubes de agua pulverizada. La oscuridad en este lugar resultaba casi completa. Mientras ascendía por el escarpado afanosamente, deseché en definitiva la idea de que por esta chimenea rugiente se fuera a ningún sitio habitable, como no fuera al infierno. De reojo, vi cómo a mis pies ascendían penosamente las dos mujeres, seguidas del fiel negro. Según fuimos ganando altura el azote del agua al chocar contra el suelo, se fue haciendo para nosotros menos peligroso. Afortunadamente para Karen y Piula, la roca aunque casi vertical, resultaba fácilmente practicable. A cosa de treinta metros sobre el estruendo del fondo, me detuve sobre una cornisa sacando del bolsillo de mi camisa el empapado plano que iluminé con una linterna.

Según las indicaciones del dibujo, estábamos siguiendo el camino adecuado. El escrito indicaba quinientos metros de altura sobre la chimenea de piedra. Parpadeé indeciso pensando sin pizca de humor, si esta no sería la broma de peor gusto que a nadie se le ha gastado en la tierra.

—¡Adelante!

Esta vez sí oí mi propia voz, perdida en el eco sordo de la Naturaleza. Frente a nosotros, el agua deslizante de la cascada, se

ondulaba al chocar contra las aristas de roca como si fuera la blanca melena de un gigante.

Seguimos ascendiendo, cortándonos las manos contra los bordes afilados de las rocas. El agujero redondo del cielo se mostraba ahora difuso como un sol de plomo. Fue entonces cuando me di cuenta de que al fin, habíamos ascendido los quinientos metros que marcaba el plano.

Creo que me quedé como atontado al descubrir que la parte accesible de la pared se cortaba de repente continuando hacia arriba la roca, más lisa que la piel de un niño. El camino parecía haberse acabado. Solamente la cornisa sobre la cual yo ahora me apoyaba, se prolongaba en un reborde de unos treinta centímetros de ancho, con dirección a la cortina de agua, lo cual equivalía a demostrar que no conducía a ninguna parte. A pesar de todo me solté la cuerda, haciendo señas a mis compañeros de que me esperaran quietos.

Con sumas precauciones bordeé el estrecho paso, en forma de media luna, hacia la cortina de agua. Al acercarme vi con curiosidad, cómo en este punto de su caída, el chorro de la cascada parecía sufrir un desvío vertical, al chocar contra una pronunciada visera de la roca. Interesado seguí avanzando, asiéndome desesperadamente a los pequeños salientes naturales de la roca, hasta que ocurrió algo sorprendente. Yo mismo tardé en darme cuenta de que había llegado a una amplia plataforma, donde el chorro líquido no me golpeaba. Al levantar la cabeza, descubrí que me hallaba protegido por la saliente visera de piedra que desviaba la calcada.

¡Había atravesado la cortina de agua, y ahora, a mi espalda, se abría un profundo túnel, cuya oscura entrada protegía la Naturaleza con un telón de cristal líquido!

Me senté a descansar antes de emprender el regreso hasta donde debían aguardarme inquietos mis compañeros. Lo sorprendente del descubrimiento que acababa de hacer, aceleraba los latidos de mi corazón como si este fuera un caballo loco.

Sin poder dominar mi impaciencia inicié el regreso, pidiendo a Dios que me guiara en mi trayecto de vuelta como hasta el momento. Recuerdo el gesto de mis tres acompañantes, cuando nuevamente me vieron tornar sobre el angosto paso, y sus ojos desmesuradamente abiertos cuando a grandes voces les hice partícipes de mi descubrimiento.

Convenientemente sujetos por la cuerda, iniciamos juntos el camino hacia la cortina de agua. Kanga, juiciosamente se había

desprendido de su fardo dejándolo en algún determinado lugar de la ascensión. Afortunadamente, conservaba mi morral a la espalda con los más elementales objetos para un caso de apuro.

El salvar la cascada tuvo esta vez para mí mayores dificultades, debido a las tres personas unidas a mi propia suerte por una simple cuerda. Al pisar Kanga por último la plataforma, nos abrazamos jubilosamente los cuatro, igual que si acabáramos de alcanzar la cumbre del Everest. Mi linterna funcionaba a pesar del baño recibido.

Después de soltarnos de la cuerda nos internamos por el oscuro corredor iluminándonos con la débil luz de la lámpara. Las paredes del túnel se iban ensanchando a medida que avanzábamos. De algunas grietas del techo el agua goteaba, haciendo resbaladizo el piso de roca. Doblamos varios recodos dejando de percibir el sordo rugir de la catarata a distancia y secándose a un tiempo la humedad de la gruta. Calculé que llevaríamos andados casi trescientos metros cuando una bocanada de aire templado me indicó que ya no debíamos andar lejos de la salida. Evidentemente, el túnel se prolongaba hasta dar con el lado opuesto de la gran montaña.

La luz de la linterna nos indicó otra revuelta. Yo, que iba en primer lugar, no pude imprimir un grito de triunfo cuando, después de salvar el recodo de piedra, vi al final la salida recortándose a casi cien metros de distancia como una perfecta moneda de color azul.

—¡Hemos llegado...!

Corrimos sin poder contener nuestra emoción, tropezando con el suelo irregular de la roca hasta desembocar en una gran explanada donde acababa el túnel.

—¡Gran Dios...!

Los otros se quedaron mudos, impedida su facultad de hablar ante el espectáculo más sorprendente que jamás haya podido contemplar ser alguno.

¡A nuestros pies, sobre un inmenso valle rodeado de altas montañas, se veía una fantástica ciudad de estilo indudablemente egipcio!

CAPÍTULO XII

Permanecimos más de cinco minutos en muda contemplación del panorama que se extendía ante nuestros ojos.

Las casas, de caprichosas formas, extendían sus terrazas llenas de mosaicos brillantes. Todo era perfectamente armonioso, de una fastuosidad milenaria, presidido por un silencio sepulcral, tan añejo.

—¡Mira, *Bwana*!

Kanga me señaló excitado el centro de la fantástica ciudad donde se erguía un soberbio palacio, más alto que el resto de los edificios, donde las terrazas se sucedían con la pródiga elegancia de un sueño faraónico. En su mismo centro, emergía una cerrada columna de vapor amarillo que se perdía en el cielo.

¡Un volcán dentro del mismo palacio!

Paula se aferró excitada a mi brazo.

—¡Lo hemos conseguido, Kent!... ¡La ciudad dormida de los Kambusis!

No tuve ocasión de responderle. Casi en el acto, una flecha silbó junto a mi oreja, retumbando seguidamente en el valle el eco portentoso de un extraño *gong*. Paula se abrazó a mí dando un grito. ¡Entonces vi como en un sueño, algo que me puso la carne de gallina!

¡Sobre nuestras cabezas, comenzaron a asomar extraños seres armados de escudos y lanzas, vestidos a la usanza del antiguo Egipto!

Un cubo de plomo derretido volcado sobre mi espalda, creo que no me hubiera causado más impresión. Kanga se hincó de rodillas como si ante una invocación maligna acabaran de aparecérselo toda una horda de diablos. Yo intenté aparentar un grado de tranquilidad más expresivo que sincero.

Los hombres fueron acercándose con todo género de precauciones, sin dejar de esgrimir sus lanzas extrañamente forjadas. Vistos de cerca, estos guerreros resultaban más impresionantes que cualquier tribu Masái. El color de su piel era ligeramente tostado, sus cuerpos armoniosamente musculosos y las facciones angulosas de sus rostros, llenas de expresiva dignidad. Se cubrían la cabeza con un disco dorado y un pañuelo de vivos colores; ceñida a la cintura una breve falda y adornando su cuello,

gruesas cadenas con dijes que a simple vista relucían como si fueran de oro. Pese a su imponente aspecto, parecían el producto de una refinada civilización, sin estigma alguno de salvajismo impreso en sus graves rostros.

Avanzaron con las lanzas levantadas y los escudos en guardia hasta rodearnos por completo. Entonces vi, cómo al toque del *gong*, el poblado que parecía dormido, comenzó a cobrar vida, igual que un hormiguero fabuloso. Indudablemente advertidos de nuestra presencia, habían estado aguardándonos hasta este momento.

El que parecía el jefe, después de examinarnos atentamente, se dirigió a mí en el más puro idioma egipcio que a través de mis campañas contra Rommel como soldado del Octavo Ejército, jamás pude oír.

—Seguidme todos —dijo.

Me alegré ahora de corazón de mis tribulaciones en los desiertos de Tobruk, metido en las tripas de un tanque, que me permitían entender a medias el idioma de este sorprendente pueblo.

—Dice que les sigamos.

El jefe se volvió a mí con gesto airado:

—¡Tú no hables con ellos!

Hice un gesto afirmativo, caminando sumisamente emparedados entre casi un centenar de guerreros. El descenso al poblado revistió sorprendentes caracteres de acontecimiento; una multitud, en su mayoría compuesta de mujeres y niños, se apretujaba a lo largo de las calles para contemplarnos en medio de un silencio nada alentador. A pesar de todo, yo sentía más curiosidad que otra cosa ante este fantástico pueblo del África ignorada.

Caminamos entre casas sobre cuyas puertas brillaba el disco solar alado de marcado estilo egipcio, hasta llegar ante el palacio que vislumbráramos desde la desembocadura del pasadizo. La majestuosidad del edificio, construido con pulida piedra, nos hacía sentirnos ridículamente pequeños mientras ascendíamos escoltados las interminables escalinatas que conducían a la entrada, custodiada esta por dos gigantescas estatuas de la diosa Hator y de Homs, al lado de altas columnas de alabastro, con el clásico remate recordando la flor de loto. Mis tres compañeros cautivos, miraban con temeroso recogimiento las paredes de esta nueva Atlántida, surgida entre cedros y sicómoros, en mitad de la selva.

El interior del palacio hubiera hecho rechinar los dientes de envidia al mismísimo Tutankamen. Surcamos un sinfín de vistosos corredores, decorados con mármoles de llamativos tonos. Altas estatuas labradas en negra piedra, indicaban a los lados de los

pasillos toda una mitología de divinidades faraónicas. Nuestra escolta se detuvo, ante una monumental puerta de hierro esculpido, a cuyos lados formaban guardia varias parejas de soldados vistosamente engalanados. Presentí que se avecinaba lo mejor del programa y mis sospechas no tardaron en verse confirmadas.

Al otro lado de la puerta, sonó un potente *gong*, y las colosales planchas de hierro comenzaron a girar sobre sus goznes silenciosos. Miré a Paula sonriente tratando de infundirle valor, pero la mujer parecía absorta con las pupilas clavadas en las pesadas hojas que empezaban a descorrerse.

A nuestros ojos se mostró entonces la más deslumbrante sala de recepción que jamás haya podido vislumbrar hombre blanco alguno en nuestra época. La enorme distancia que nos separaba del fondo de la regia cámara, me impedía precisar con detalle el rostro de la persona que se sentaba sobre un trono de reluciente oro, rematado por el rostro del dios chacal y orlado con el disco del sol. El brillo de los metales preciosos deslumbraba a cada palmo de baldosines, incrustados en forma de caprichosos dibujos. Una fila de guerreros formaban con quietud de estatuas a todo lo largo de la cámara, blandiendo escudos de plata labrada. Olía a incienso y a hierbas aromáticas.

Avanzamos solemnemente por el centro de la sala en dirección al trono. Ocupaba el real asiento un hombre de rostro arrugado y mirada grave. Con los brazos apoyados en los del sillón, guardaba una inmovilidad sorprendente dentro de sus vestiduras tejidas en oro. No obstante quien más acaparó mi atención fue la mujer tendida a sus pies, recostada sobre un lecho de mullidos almohadones de piel de leopardo. Era joven y de una hermosura que hacía palidecer toda la riqueza deslumbrante de la sala. Sobre su cuello esbelto lucía un ancho collar de oro y piedras preciosas. El resto de su atavío hubiera causado cierta pudorosa sorpresa en cualquier playa de Tahití. Noté, desde el primer momento, cómo clavaba en mí sus ojos tremendamente negros y almendrados.

Al llegar al pie del trono, toda nuestra escolta clavó una rodilla en tierra haciendo nosotros lo propio. Entonces aquella especie de faraón movió los pliegues apergaminados de su rostro para hablar.

—¿Quién sois y qué queréis?

Me incorporé perplejo, ante la pregunta del anciano hecha en perfecto inglés, tardando unos segundos en contestar para hacerlo igualmente en el idioma del Imperio.

—Somos miembros de una expedición científica. Nos perdimos. Tus guerreros nos apresaron trayéndonos hasta aquí.

La máscara de piel arrugada dibujó algo que yo interpreté como una sonrisa.

—Mientes. Estás mintiendo a Bekamón, faraón del sol y a todos los faraones. Yo sabía que veníais, hace días que os estaba esperando.

Me quedé de una pieza. Luego medité si esta vieja momia faraónica estaba hablando astutamente al azar.

—¿Y cómo puedes tú saber el camino que íbamos a seguir, si nosotros mismos lo ignorábamos?

—Lo ha dicho el volcán. Desde hace varias lunas que anunció vuestra llegada, está enojado. Él, es el mensajero del Tiempo.

Como aseveración a sus palabras, sonó en toda la acústica de la enorme sala, una especie de lejano trueno que hizo vibrar tenuemente las baldosas a nuestros pies. Sentí un inquieto malestar en el estómago.

—El volcán se equivoca; nosotros somos amigos de tu pueblo.

—Estaba escrito que vendríais: igual que vino el gran Anciano. Pero él, trajo paz y sabiduría: vosotros traéis sangre.

—¿Quién es el Gran Anciano y por qué supones que nosotros no somos como él?

El faraón del sol y de faraones miró evocadoramente al techo de la sala antes de responder.

—El vino como vosotros de más allá de la cascada. Me habló de vuestro mundo y sus costumbres bárbaras. También me previno contra el odio y la ambición de los hombres que en vuestra tierra hacen la guerra. Mi pueblo ya hace infinitas lunas que vino aquí buscando la paz.

—¿Qué piensas hacer con nosotros?

—El volcán está hablando. Lleva mucho espacio de tiempo anunciando vuestra llegada. El decidirá.

No entraba en mis cálculos de hombre sensato y democrático, el que ningún volcán del mundo decidiera mi propia suerte. Nadie hasta el momento, me había explicado cuál es el protocolo a seguir con un faraón: creo que a este le levanté demasiado la voz a juzgar por el gesto airado de sus guerreros.

—¡Escúchame faraón del sol y de la luna!... Si tu pueblo quiere la paz, deberá empezar a practicarla con nosotros: si no, tu reino se verá invadido por miles de soldados que borrarán de la tierra tu palacio con volcanes más potentes que el tuyo.

Me sentí levantado en volandas por varios forzudos guerreros antes de que el rey terminara de hacer una enérgica señal con la mano. La mujer tendida a sus pies, inició un movimiento de gato

perezoso cuando los guardianes nos sacaron del salón del trono casi a rastras.

Mientras nos conducían nuevamente por los corredores de pulimentado mármol, no opuse la menor resistencia; me limité a maldecir mi estupidez por la cual iban a pagar ahora las consecuencias mis tres compañeros.

Junto a mí, sorprendí los rostros desencajados de las dos mujeres. Kanga, caminaba volviendo hacia atrás la cabeza con una inconsciente mueca de asombro.

Nuestra escolta se detuvo bastante antes de lo que yo esperaba ante una maciza puerta, cuyo soberbio aspecto distaba mucho de la de un calabozo. Al abrirlo, nos encontramos en una espaciosa cámara de mármol verde oscuro, decorada con rasos y almohadones de vivos colores. Las puertas se cerraron a nuestras espaldas quedando confinados en el aposento.

—Ya hemos llegado al territorio de los Kambusis —dije, por hacer una gracia que nadie interpretó en tal sentido.

Karen me sacudió nerviosamente, hablándome excitada.

—¿Qué va a pasar ahora, Kavanagh?

—No lo sé; probablemente nada —repuse para tranquilizarla—. De momento esperaremos aquí ya que no queda otro remedio.

Inspeccioné con la mirada nuestro lujoso encierro, advirtiéndome al instante la imposibilidad de evadirse. Un amplio ventanal sobre nuestras cabezas, se hallaba reforzado por gruesos barrotes plateados que no habría sido posible forzar ni aplicándoles un barril de dinamita.

Kanga había tomado asiento sobre uno de los cojines meditando al parecer filosóficamente. Hice una seña a las alarmadas mujeres indicándoles que se acomodaran, siguiendo también yo el ejemplo del negro. Extraje de mi pistolera el empavonado revólver, revisando el funcionamiento del tambor. Del resto de nuestro reducido equipaje habíamos sido despojados.

—¿Qué va a hacer, *Bwana*?

—Emplear esto si nos obligan a ello. Dudo que nuestros acogedores anfitriones sepan para qué sirve; si no, es muy probable que nos lo hubieran quitado.

El ruido de los pasadores al ser descorridos en la puerta, nos hizo enmudecer. Sorprendido vi cómo ante nosotros, dos de los guerreros nos dejaban un cesto con frutas y una bandeja con varios enormes trozos de carne asada.

—¡Vaya! Parece que la cosa no se presenta tan mal —dije, cuando hubieron salido.

Esta vez, nadie midió las posibilidades de un posible envenenamiento, dedicándonos todos a atacar el asado. Fue Kanga quien primero rompió el silencio, hablando con la boca llena:

—*Bwana*... ¿quién es el Gran Anciano?

Yo estaba pensando en lo mismo.

—No sé. Winston Churchill tal vez...

—Debe referirse al misionero extraviado en la expedición del año 25 —intervino Paula—. Debió abandonar esto para reintegrarse a su habitual cometido en el mundo civilizado después de enseñar a estos salvajes lo más elemental.

—¿Salvajes? —dije jocosamente—. Ya ha oído lo que opina el mandamás Kambusi de nuestra revoltosilla civilización.

Ella prosiguió sin hacerme el menor caso:

—Bruce hablaba de un misionero muerto en una tribu en el territorio de Kenya y del plano secreto para llegar hasta aquí.

Ahora supe lo que el tal Bruce Látimer había estado buscando por África, eligiéndome a mí en maldita hora para guiar su *safari*. Completé la historia del modo que me pareció más lógico.

—Sí; África es un tambor de señales. Supongo que su marido tuvo más suerte que otros en conseguir el mapa, ignoro por qué medios. Lo de las tumbas es lo único que falla en el programa de turismo; para nuestra desgracia, estos Kambusis están saludablemente vivos.



El torbellino de la cascada estallaba con salvaje estruendo

Mi interés por buscar un matiz humorístico a nuestra apurada situación, se vio nuevamente malogrado por la actitud de Paula Látimer. Se puso de pie con aire abatido caminando hasta el ventanal de hierros cruzados. El sol al ocultarse tras las montañas, dejaba pasar entre las cruces metálicas un cono de luz anaranjada. Paula miró el recuadro de cielo africano con los ojos empañados de

lágrimas.

—Quedamos en que yo siempre gano. Le prometo que saldremos de aquí.

Volvió hacia mí su rostro cálido surcado de tristeza.

—Gracias, Kent.

—¡No, no... gracias a usted! Siento todo lo ocurrido en esta condenada *safari*, menos el hecho de haberla conocido —sonreí al añadir—: Estaba escrito, “que diría el faraón”.

—¿Qué más lee usted en el porvenir?

—Que volverá a la vieja Inglaterra con algunos trofeos de África y el recuerdo de un pobre cazador que se hará viejo en algún rincón ignorado del Continente salvaje.

Fijó en mí sus pupilas penetrantes en una muda súplica.

—Kent, ¿de veras cree que ese será... nuestro final?

El volcán se hizo oír como un timbal sordo, redoblando en las entrañas de la tierra.

Afirmé con la cabeza, al tiempo que decía:

—Debe ser así; todas las *safaris* acaban igual.

No sé si interpretó el verdadero sentido de mis palabras; yo mismo, guardo hoy una idea confusa de mis sentimientos en aquel instante. Me volvió la espalda, con todo su orgullo de mujer golpeándole en la cara. Luego, tomó asiento en los almohadones donde Karen y el negro parecían dormitar. El volcán ahora trepidaba a distancia como una orquesta de fúnebre acompañamiento.

Entonces sonaron los pasadores de la puerta abriéndose esta lentamente para dar paso a un visitante inesperado. La joven que reposara al pie del trono del faraón, se hallaba ante nosotros luciendo su breve atuendo de Cleopatra. Después de cerrarse la puerta a sus espaldas, dirigió hacia mí la mirada de sus penetrantes ojos.

—¿Tú eres el jefe? —preguntó en egipcio.

—Sí. ¿Y tú quién eres?

Irguió su busto para decir con énfasis:

—Yo soy Falca, hija del faraón y del sol.

Hice una cumplida reverencia, acercándome a ella interesado. La hija del faraón permaneció de pie con regia dignidad. Era una belleza deslumbrante, perfecta, con el atractivo exótico y salvaje de una diosa pagana de la antigüedad.

—¿Y qué quiere de mí Falca, la hija del faraón?

—Irme con vosotros a las tierras del Gran Anciano, más allá de la cascada.

Incluso Kanga advirtió mi sorprendido respingo, sentándose interesado sobre los almohadones.

—Nosotros no podemos marcharnos —le dije—. Tu padre nos retiene prisioneros.

—Si me lleváis, yo os ayudaré a salir de aquí.

La sola posibilidad de regresar a la civilización del brazo de una princesa egipcia, me pareció una disparatada fantasía. Imaginé a todos los periodistas del mundo, haciendo cola con sus máquinas fotográficas.

—¿Por qué tienes tanto interés en abandonar a tu pueblo?

—Yo volveré: pero quiero conocer el mundo de que me habló el Gran Anciano. Luego le contaría a mi pueblo cómo es, y le enseñaría sus magias.

Kanga y las dos mujeres se habían levantado observándonos con curiosidad.

—¿Qué dice? —inquirió Karen.

—Quiere venirse con nosotros. Es la hija del faraón. Los tres abrieron los ojos con asombro. Me dirigí nuevamente a la joven princesa.

—¿Y por qué no mandas a la tierra desconocida a alguno de tus guerreros?

—¡Solo yo, Falca, descendiente del volcán puedo salir del valle! ¡Los demás morirían; yo soy sagrada!

Esa era, por lo visto, la razón que mantenía a este pueblo alejado del mundo sin intentar salvar la cortina de agua, arriba en la catarata. El hecho de que Falca quisiera venir con nosotros, me preocupaba por varios motivos, aunque en ello nos iba indudablemente la libertad.

—Falca, hagamos un trato; tú nos acompañas hasta la salida y yo te prometo que con el tiempo vendré algún día a buscarte.

—¡No tú quieres engañar a Falca igual que el Gran Anciano! ¡Él se fue y no volvió nunca! —gritó irritada.

—¿Quién era el Gran Anciano?

—Vino como vosotros ya hace muchas lunas. Yo era niña. Vivió aquí y le enseñó a mi padre vuestra lengua y otras muchas cosas de magia y medicina. Un día se fue; le llamó su Dios, creo. Dijo que volvería y no ha vuelto.

Estuve meditando unos momentos antes de dar mi consentimiento a la proposición de Falca. En mi imaginación, vi la efie de la princesa adornando la página comercial de alguna revista, y su fantástico valle invadido por una horda de aventureros y turistas histéricos. Por vez primera en mi vida, hice premeditada

intención de faltar a la palabra que ahora iba a dar.

—Está bien, Falca. Acepto tu proposición; vendrás con nosotros si nos ayudas a huir.

Falca me dirigió una sonrisa agradecida, que en cualquier parte del mundo no le hubiera valido menos de un contrato cinematográfico. Me dolió el tener que aprovecharme de su infantil ingenuidad para salir de este apurado encierro. La hija del faraón Bekamón, puso su mano cálida sobre mi pecho.

—Toco tu corazón para que siempre sea valiente y fiel.

Desvié los ojos mirando hacia otro lado. Ella, tras unos segundos de silencio ordenó con voz decidida:

—¡Seguidme!

Hice una significativa señal a mis compañeros siguiendo a la princesa hasta la puerta que golpeó con los nudillos. Yo monté el gatillo de mi revólver en prevención de cualquier sorpresa desagradable. Las altas maderas comenzaron a abrirse movidas por los dos soldados de guardia. Uno de ellos interpuso su lanza a nuestros pasos después que hubo cruzado la hija del faraón. Falca se volvió hacia él, despidiendo centellas por sus bellos ojos.

—¡Baja esa lanza, buitre, hijo de buitre!

El guerrero titubeó, hablando a la princesa con sumiso pesar:

—Falca, divina hija del sol; tu padre Bekamón, faraón de faraones, nos encomendó la vigilancia de los extranjeros respondiendo de su custodia con nuestras vidas.

—¡Tú ya no tienes vida por enfrentarte con mi voluntad, que es la ira del volcán! ¡Baja tu lanza, o mandaré que tu cuerpo se cubra de llagas, te sacarán los ojos y los dientes y después, echaré tu cuerpo al volcán para que sacie su hambre con carne de perro!

El soldado abatió su lanza, hincando una rodilla en el suelo.

—Tú mandas vida y muerte, Falca.

La tensión había pasado; introduje nuevamente mi revólver en su pistolera, siguiendo en compañía de Kanga y las dos mujeres los alados pasos de la princesa por el soberbio pasillo de mármoles pulidos como espejos. Pensé que con el procedimiento empleado por Falca, iba a resultar dudoso el abandonar el palacio sin que nuestra huida no llegara a oídos del faraón. Afortunadamente, doblamos varios recodos del intrincado pasillo, sin tropezarnos con servidor alguno que pudiera extrañar nuestra presencia.

Al llegar ante una puerta de majestuoso aspecto, Falca se detuvo, empujando con un leve movimiento de mano el pesado batiente. Antes de atravesar las cortinas de raso, llegó a nosotros el ruido de voces y risas femeninas. La princesa dio dos breves palmadas,

descorriéndose la tela para mostrarse ante nosotros lo que indudablemente debían ser sus habitaciones regias. Cinco o seis mujeres jóvenes, dejaron de jugar para inclinarse de rodillas ante la princesa.

La hija del faraón Bekamón hizo escuchar su voz autoritaria:

—¡Escuchadme esclavas! ¡Vosotras no me habéis visto pasar, ni sabéis nada que os pregunten sobre mí!

Acto seguido les explicó amenazadoramente, lo de los dientes, los ojos, las llagas y la carne de cerro. Ninguna de las sirvientes osó levantar la frente del suelo hasta que la princesa no se hubo dirigido a uno de los extremos de la fastuosa habitación, abriendo una pequeña puerta simulada tras una cortina.

Nos encontramos en un estrecho pasadizo, iluminado por una antorcha. La joven egipcia le hizo una seña a Kanga.

—Cógela.

Luego avanzamos manteniendo el negro la luz en alto para iluminar el rápido paso de la princesa que parecía caminar en la penumbra con el sentido de orientación de un murciélago. Anduvimos un largo trecho al cabo del cual, me permití hacerle una pregunta:

—¿A dónde sale esto, Falca?

—Al templo; desde allí podremos abandonar el palacio vestidos con ropas de servidores.

Aun así, no dejé de acariciar la culata de mi arma. Al doblar una esquina del pasadizo llegó hasta nosotros un grito desgarrado. Kanga se detuvo en seco al mismo tiempo que las dos mujeres.

—¿Por qué te paras? —dijo Falca airada—. Son los condenados del Volcán... ¡Vamos, seguid!

La comitiva continuó su marcha con cierto recelo por parte de mis compañeros de *safari*. Nuevamente el grito llegó hasta nosotros, más claro y deshumanizado que antes, tragué saliva preguntando a Falca con naturalidad:

—¿Quiénes son los condenados del volcán?

—Los hombres que faltan a la Ley del faraón. Ese que grita, quiso robarle a otro la esposa. Ahora, su mala acción le devora la carne porque no toma el Agua de la Vida.

No entendí nada que pudiera tranquilizarme, pensando solamente en si el hombre que robaba esposas se hallaba suelto tranquilamente por el túnel. Pronto mis temores se vieron desplazados ante una impresión infinitamente más sobrecogedora. A distancia, divisamos una débil luz oscilante que supuse de alguna antorcha. Falca me tapaba la visión, hasta que al fin desembocamos

en una gran bóveda cavada en la roca. De las paredes, cuatro hachones encendidos derramaban su luz sobre el más tétrico espectáculo que nadie puede imaginar.

Cavadas en la pared, frente a nosotros, se veían varias celdas independientes horadadas en la piedra y protegidas con fuertes rejas. Dos de ellas se hallaban ocupadas por unos despojos humanos, hinchados sus cuerpos y desfigurados por horribles llagas.

Sentí el estómago trepidando dentro de mí con violencia, al mismo tiempo que Karen y Paula dando un grito de horror; se parapetaban tras mi espalda cubriendo sus rostros para no ver el desagradable espectáculo.

Di unos pasos hasta acercarme a una de las rejas, donde uno de los dos desgraciados se retorció asomando sus ulceradas manos entre los barrotes con dirección a nosotros.

—¡Lepra! —musité roncamente.

Falca contemplaba la escena con estoica indiferencia.

—Vamos —dijo terminante—. Todavía queda mucho trecho.

—Espera, Falca... ¿Por qué están así estos infelices?

—Ya te lo dije: faltaron a la ley. Todos los vasallos de mi padre deben tomar con cada sol el Agua de la Vida. Ellos ya no la tomarán más, aunque la vean correr ante sus ojos.

Falca se volvió, mostrándome algo que todavía yo no había advertido. Empotrado frente a las celdas, un caño dorado vertía incesantemente sobre una pileta de mármol un pequeño chorro de agua amarillenta.

—¿Quieres decir que todos toman ese agua cada día, y así no les salen llagas?

—Sí; con el sol, dos servidores vacían la pileta en tinajas que luego distribuyen entre el pueblo. Si alguien atenta contra el mandato del faraón, se le priva del agua y muere.

La explicación resultaba demasiado sorprendente para admitirla por las buenas. Según esto, todo el pueblo Kambusi estaba contaminado con la lepra, y bebiendo esta agua cada mañana mantenían la enfermedad dormida a lo largo de toda su vida.

Me acerqué a la pileta tomando en el hueco de mi mano un poco de agua, que aproximé a mis labios. Tenía un fuerte sabor metálico que acorchó mi lengua.

—¿Tú también bebes este agua, Falca?

Rehuyó mi mirada para contestar.

—No; yo soy la hija del faraón. La maldición del Volcán no puede volverse contra mí; soy sagrada.

Un doloroso aullido del hombre aprisionado tras las rejas repercutió en mi cerebro como un latigazo.

—Puede que sea cierto lo que dices; por si acaso voy a darles de beber esta porquería a esos desgraciados.

Falca saltó hacia mí como una fiera sujetándome el brazo con que asía una de las vasijas de barro apoyadas contra la piletta.

—¡No! ¡Tú no puedes enfrentar tu voluntad con la del faraón!

—Desde luego que no; solo voy a dar de beber a esos nombres.

—¡Si lo haces, yo te maldeciré! —cambió el repertorio de los dientes, los ojos, etc., etc., amenazándome con algo más efectivo—. ¡Si les das de beber, yo os dejaré aquí perdidos y llamaré a mis guerreros para que os encierren en compañía de ellos!

Señaló con el brazo rígido a los dos leprosos. Por un instante estuve luchando contra mi propia conciencia hasta que al fin, aproximé el cántaro de barro al chorro de agua amarillenta.

No me di cuenta de que Karen, con los ojos desorbitados por el terror me quitó el revólver, hasta que sentí el disparo a mi espalda haciéndose el cántaro mil pedazos.

—¡No quiero morir atacada por la lepra, Kavanagh!... ¡Si coge otro cántaro dispararé a matarle!

Me di cuenta de que no dudaría en hacerlo; era una mujer histérica, desesperada por el miedo. Kanga intervino sumisamente:

—*Bwana...* ellos ser solo dos hombres que morirán de todas formas. Nosotros ser cuatro y morir todos si tú no aceptar...

Paseé mi mirada por los nichos de muerte, donde los dos vestigios de hombre se retorcían afanosos mirando el agua sucia. Indudablemente, cualquier médico del mundo hubiera dado por desahuciados a estos infelices. Paula tiritaba en silencio cubriéndose la cara con ambas manos.

—Vamos —dije lacónicamente.

Karen retrocedió dos pasos, guardando una distancia prudencial entre ambos. Sonreí:

—Está bien, lleve el arma usted, pero procure que no se le pierda.

Kanga esgrimió la antorcha en alto, iniciando nuevamente Falca la marcha a través de un nuevo pasadizo. Los gritos desgarradores de los dos leprosos a nuestras espaldas, se perdieron al poco tiempo merced al rápido paso de la princesa.

Todavía sin comprender del todo cuanto acababa de ver, dirigí una pregunta a la hija del faraón.

—¿De dónde brota ese agua?

—Nadie lo sabe... Es la sangre del Volcán; cuando él se enfada,

el agua deja de manar y entonces hay que aplacarle imponiendo su justicia.

No quise enterarme de cuál era la justicia aplicada para volver a *darle a la llave de paso*. Me limité a sentirme lejos de la dichosa fuente, cuando otro ruido todavía menos feliz comenzó a golpear nuestros oídos. A través de la roca maciza, los truenos lejanos del volcán filtraban sus ondas sonoras. Supuse que nos acercábamos a él a medida que el ruido se fue haciendo más audible. Sin embargo antes nos esperaba una nueva sorpresa.

A distancia, comencé a distinguir una extraña luminiscencia fosforescente, que fue acentuándose por momentos hasta desembocar en una resplandeciente bóveda de colosales dimensiones que casi no pude precisar deslumbrado.

Tardé unos instantes en ambientarme al brusco cambio de iluminación, para dilatar mis pupilas con asombro en cuanto pude hacerlo.

Nos hallábamos en un extraño bosque de brillantes estalactitas, soberbio y profundo, como dos espejos encontrados. Aquí todas las piedras en sus mil caprichosas y colgantes formas, resplandecían con luz propia igual que una inmensa araña de cristal de roca.

“¡La cueva de Aladino!” —pensé.

Bajamos lentamente los peldaños, hasta bañar nuestros cuerpos en el fantástico halo de luz verde-azulada. No pude contener una exclamación por más tiempo.

—¡Dios del cielo! Pero... ¿qué es esto?

Falca volvió a mí su rostro, ahora repentinamente grave.

—Es el lugar de nuestro reposo... La Casa de los Muertos Kambusis.

Oí el ruido de la ya inservible antorcha portada por Kanga, al resbalársele de la mano y caer contra el suelo. Yo mismo sentía una insegura sensación sobre como demostrar mi emocionado estado de ánimo. Falca rompió el hechizo andando sobre el suelo fosforescente, en un mágico efecto visual.

—Prosigamos...

Caminamos sorteando las brillantes estalactitas en pos de la princesa que parecía conocer este extraño laberinto a la perfección.

—¡Bwana...!

Kanga me tiró de repente del brazo, siendo como siempre él, el primero en advertir algo sorprendente. A nuestra izquierda y sobre un bloque de caprichosa forma, se recortaba en posición acostada la silueta de un hombre tallado perfectamente en la piedra luminosa. A sus pies, hacinábase un conglomerado de objetos de los

más diversos usos, desde las oraciones del libro de la Muerte, hasta un escudo con su lanza, junto a varias vasijas de metal cuidadosamente lacradas.

Falca se detuvo satisfaciendo en breves palabras nuestra curiosidad.

—Es una tumba. Cuando el cuerpo está embalsamado, se le cubre con una capa de piedra líquida.

Me aproximé al mausoleo, arañando con la uña la escultura para convencerme de que el azufre formaba gran parte de esta extraña y luminosa resina pétreo. El ruido tormentoso del volcán cercano me indujo a afianzarme en la idea.

La princesa golpeó impaciente el suelo con su menudo pie.

—¡No nos detengamos!

A partir de aquí, las estatuas yacentes comenzaron a multiplicarse, perdiéndose la vista en un horizonte fluorescente de momias petrificadas. La majestuosidad del espectral cementerio, sobrecogía nuestro ánimo hasta el extremo de caminal de puntillas; Falca por su parte, avanzaba rápidamente sorteando las tumbas con indiferencia. Una de las veces, tropezó con uno de los objetos depositados al pie de un mausoleo, partiéndose contra el suelo un ánfora de barro que derramó su contenido de líquido pestilente.

—Es Agua de la Vida, mezclada con vino —aclaró Falca—. Así realizan el camino eterno, alegres y con el cuerpo limpio de llagas.

Aparentemente, ese parecía ser el único tesoro de las tumbas Kambusis dejando a un lado otros pertrechos de guerra y lámparas con bálsamos e inciensos.

El ruido del volcán se fue haciendo más potente a medida que avanzábamos, percibiendo claramente el olor a azufre quemado. Falca se internó por un nuevo pasadizo, saliendo a una amplia nave más ornamentada y brillante que el resto del cementerio.

Bastó una simple mirada para darme cuenta de que nos hallábamos ante el panteón de las más altas dignidades kambusis. La hija de Bekamón levantó la voz con orgullo para decir:

—Esta es la sala de los faraones, y de los hijos y las mujeres de los faraones.

Evidentemente la majestuosidad de estos alineados sarcófagos de piedra, y el rostro grave de sus estatuas dormidas, imponía el maléfico y regio temor de las antiguas pirámides. Pero lo más sorprendente para nuestros anonadados ojos, no era eso. Al pie de cada tumba, se apilaba el más fabuloso tesoro que jamás tuve ocasión de contemplar junto.

Las estatuas tenían incrustadas en la piedra todos los aderezos y

alhajas de que debía estar investida su dignidad. Luego, en torno suyo, se apoyaban contra el pedestal de azufre, escudos de oro macizo y cofres abiertos mostrando en su interior una profusión de objetos preciosos contenidos a su vez en ánforas de oro.

¡Al fin nos hallábamos ante el verdadero tesoro kambusi!

Contuve mi respiración deslumbrado ante tan inmensa riqueza observando de reojo el gesto maravillado de mis acompañantes. Falca parecía dar la misma importancia al tesoro, que el que daría un muchacho a un montón de guijarros.

—¡Es fabuloso! —articuló Paula al fin con expresión ahogada.

La hija del faraón sonrió ingenuamente ajena a la material excitación que palpitaba en nuestros pechos.

—Seguidme; por aquí es la salida.

Continuamos torpemente en pos de ella, paseando codiciosamente la mirada a lo largo de la interminable fila de tumbas de los faraones. Inesperadamente surgió ante nosotros la boca de salida, enmarcada por un gran arco de bronce. A la distancia que estábamos pude distinguir claramente una inmensa terraza de piedra de cuyo centro ascendía al cielo una pira de humo y fuego.

—¡El volcán!

Acompañó a mis palabras un formidable trueno, emergiendo hacia el ciclo oscuro una bocanada de humo rojo-amarillo. Todos nos detuvimos sobrecogidos en la gruta de los faraones, a excepción, de Falca que no pareció impresionarse lo más mínimo.

—No temáis; ahora salgamos a la terraza. Desde allí, descenderemos por las escalinatas al templo; luego al amparo de la noche, podremos ganar fácilmente la gran cascada.

A pesar de hallarnos a prudente distancia, deduje que el diámetro del cráter del volcán, era lo suficientemente grande como para admitir por su boca una casa de diez pisos, sin rozar siquiera las paredes de la colosal caldera. El hecho de que este cráter se hallara empotrado en el interior de un palacio como una simple obra de albañilería, me causaba más temor que asombro. Lo verdaderamente milagroso era que el volcán no despidiera lava hirviendo, destrozando el palacio y el pueblo entero.

—¡Vamos... no os detengáis!

Todos miramos alternativamente la salida y la hilera de tumbas enriquecidas, pensando en la manera de llenarnos los bolsillos antes de abandonar el fabuloso cementerio.

Falca rompió de repente el hechizo, diciendo infantilmente.

—Mirad: estas son las tumbas mías y de mi padre.

Contemplamos tres pedestales laboriosamente esculpidos vacíos en su soporte sin las consabidas estatuas. Intentando ganar tiempo, señalé el tercer pedestal de aspecto menos artificioso que los otros y al pie del cual se veía arrimado un pequeño cofre.

—¿Y este de quién es?

Se entristecieron los ojos de Falca antes de contestar:

—Era para el Gran Anciano. Mi padre le concedió el honor de reposar junto a nosotros, para acompañarnos en el eterno viaje.

Intrigado, me incliné ante el pequeño cofre, levantando su tapa. No contenía más que un pequeño diario, casi amarillo por la acción del tiempo. Falca no hizo intención de detenerme cuando abrí las páginas del mismo, hojeándolo con curiosidad.

“Yo, el reverendo Lowen Walkerson dedico este diario al pueblo de los kambusis, y condeno al hombre que, cegado por la humana ambición, viole la paz de sus tumbas...”

Pasé varias hojas hasta llegar a un pasaje del manuscrito que me detuvo en su lectura estupefacto.

“...es maravillosa la gracia depositada por Dios sobre este noble pueblo, nacido siempre con el estigma de la horrible lepra, y que a lo largo de su vida mantiene el mal dormido, merced a las milagrosas propiedades de esa agua mineral surgida como un providencial bálsamo para la subsistencia de esta raza ejemplar.

“Llevadas a cabo unas elementales investigaciones sobre el origen de este manantial, di con él casualmente, fuera de este pródigo valle. Lo más asombroso de su origen, es la composición fertilizada de dicha agua, solo admitida, probablemente, por el singular organismo de los Kambusis. El prodigio se origina por el más fabuloso yacimiento de minerales preciosos, entre los que se mezcla el *rádium* puro, con *fluorita* pecblenda y otras materias simples de difícil clasificación.

“Esto hace del yacimiento la más fantástica fuente de opulencia en preciosos minerales, jamás soñada por el hombre. En maravilloso ejemplo de Su Sabia Voluntad, Dios ha dotado de la riqueza mayor de la tierra al más modesto e ignorado de todos los pueblos. Bendita sea Su Voluntad, y castigado eternamente aquel que ose contrariar sus designios, haciendo uso indebido de los planos y conocimientos que para llegar al citado manantial, aquí señalo”.

Me quedé boquiabierto admitiendo ahora plenamente la superchería de la lepra y el agua milagrosa. Junto a esta apretada y firme caligrafía, el reverendo Walkerson, trazaba un plano unido a una serie de interesantes datos que indudablemente garantizaban en él, un instruido investigador y geólogo.

Leí a mis acompañantes esta parte del diario, ante la mirada incomprensiva de la hija del faraón Bekamón.

—No sé qué dice en su libro santo, pero él era muy sabio... Déjalo ya y vámonos —ordenó la princesa impaciente, reemprendiendo la marcha hacia la salida.

Hice intención de dejar el diario donde estaba, cuando me sorprendió la voz histérica de Karen a mi espalda.

—Pero... ¿no nos llevamos nada? —chilló.

Todavía conservaba mi revólver en su mano, mientras me miraba con el rostro desencajado. Al principio creí que se estuviera volviendo loca. A mí mismo me sorprendió mi respuesta.

—No; no nos llevamos nada, Karen. Eso es robar, y el día que yo me decida a hacerlo, no será para desvalijar a un muerto.

—¡Yo sí voy a llevarme algo, quiera usted o no, Kavanagh!

Kanga se acercó a ella, y entonces ocurrió lo más sorprendente. De un manotazo le arrebató el arma, golpeándola en la cara con el revés de su brazo izquierdo.

Me irritó el que nuestro mayordomo negro se excediera hasta ese extremo.

—¡Bárbaro: te voy a quitar la piel a latigazos! ¡Trae ese revólver! ¡Obedéceme, Kanga!

Pensé si al final, no nos habíamos vuelto todos completamente chiflados. Entonces el negro dijo lo que para mí iba a ser la revelación más sorprendente de toda la aventura:

—Lamento no poder obedecerle, Kavanagh. Yo no me llamo Kanga. Mi verdadero nombre es Ladislao Kaumunga, licenciado en Leyes en la Universidad de El Cabo, miembro ejecutivo del Mau-Mau... y para usted más concretamente... ¡SAITANI!

CAPÍTULO XIII

El ciclo de la bóveda aplastándose contra mi cabeza, no me hubiera causado más dolorosa sorpresa.

—¿Tú... Saitani? —musité.

Kanga, o Ladislao Kaumunga, oprimió con fuerza el revólver, brillándole los ojos de salvaje excitación. Ya no era nuestro mayordomo, ni siquiera un ser humano. Con los dientes apretados y el cuerpo rígido, semejava una bestia llena de fría violencia y dispuesta a matar.

—Debí suponerlo —dije—. Tener al lado un Kikuyú, es igual que amamantar una serpiente.

—¡Los kikuyús son la raza elegida para devolver África a los africanos! ¡Por cada hermano que da su sangre por la causa, tres nuevos hombres de piel negra juran bajo los ojos del Carnero!

Conocía la fantástica ceremonia de fidelidad a esta criminal y disparatada causa, cuando los Kikuyús elegidos—, pueden tomar juramento a los nuevos adeptos, haciéndolos pasar a gatas por debajo de un arco formado con dos ramas dobladas y cubiertas por hojas de plátanos, donde hay clavados con espinas dos ojos de carnero.

No supe qué añadir a las fanáticas palabras del negro. Conocía por trágica experiencia, los desmanes de esta maldita raza, actualmente dominados por la severa represión inglesa. El juramento de un Mau-Mau, que cualquier blanco residente en el Distrito de Kenya se sabe de memoria, bullía ahora en mi cabeza...

“Si el Mau-Mau me llama en mitad de la noche y estoy desnudo, desnudo iré, o este juramento me matará. Diré en todo momento que esta tierra pertenece a los Kikuyús, o este juramento me matará... Si me mandan que traiga la cabeza de un europeo, así lo haré, o este juramento me matará”...

—¡No sé qué pretendes, Kanga! Todos estamos en el mismo aprieto y, o nos ayudamos mutuamente, o nos iremos al diablo.

Kanga sonrió con fiereza, mirando a Karen.

—Yo no estoy en ningún aprieto... ¿Verdad, cariño?

Creí desmayarme de repugnancia cuando vi como Karen, la dulce y delicada Karen, hacía una sumisa y admirada afirmación, buscando protección junto al negro.

—¡Karen!... ¿Se ha vuelto loca?

Me di entonces cuenta perfectamente que su locura por este fanático coleccionista de cabezas, databa con anterioridad a mi incorporación a la trágica *safari*. La claridad con que comprendí ahora muchas cosas, me sobrecogió de espanto.

Falca contemplaba la escena con cierto recelo impreso en sus negros ojos, en tanto que Paula miraba con patética repulsión el cuadro formado por Karen abrazada al negro.

—Vamos, querida —dijo el negro entre dientes—, coge lo que te apetezca.

La viuda de Patrick Erikson, con el rostro resplandeciente, fue hasta el pie de uno de los regios mausoleos igual que un perro amaestrado al que arrojan un palo, sepultando sus manos con avaricia en uno de los cofres llenos de piedras preciosas. La reacción de Falca no se hizo esperar lanzándose sobre ella enfurecida al verla introducirse un puñado de gemas en los bolsillos.

Por un momento temí que el miembro ejecutivo del Mau-Mau disparase contra la princesa; afortunadamente Karen dio un violento empujón a la hija del faraón, golpeándose esta la cabeza contra el pedestal y cayendo al suelo sin sentido. La otra, prosiguió afanosa su tarea de desvalijar el cofre, introduciéndose inclusive las piedras por el interior de la ropa. Cerré los ojos impresionado, hasta oír la voz, entre despreciativa y autoritaria, de Kanga.

—¡Vamos, déjalo ya de una vez!... ¡Tienes de sobra! —La otra obedeció como de costumbre sonriendo estúpidamente; entonces el negro se volvió a mí—. ¡Usted, Kavanagh, coja a la hija del faraón!

Era un piadoso deseo que desde hacía unos instantes me estaba haciendo pensar el jugarme la vida, intentando desarmar al negro. Más este, permanecía vigilante sin dejar de apuntarme con el revólver. Tomé a Falca entre mis brazos, comprobando con alivio que respiraba normalmente.

—Caminen delante, hacia la salida... ¡Usted también!

Paula hizo caso de la amenazadora orden, arrimándose a mí. Con el cuerpo de la princesa entre mis manos, avancé sin volver la cabeza, deseando ahora que descubriera nuestra huida hasta el último perro del poblado Kambusi. Contrariamente a mis deseos al desembocar en la inmensa terraza centrada por el cráter del volcán, solo el foco de su humo luminoso alumbró nuestras siluetas. Detrás, como una embocadura de fósforo, quedó la entrada del rutilante cementerio de los Kambusis.

—¡Acérquense al cráter, Kavanagh! —volví a oír a mi espalda.

Presentí una terrible barbaridad a cargo del negro, y por cuenta

nuestra.

—¿Qué va a hacer, Kanga?

Su risa de maniático, mezclada con el sordo trepidar del volcán, fue su única e intraquilizadora respuesta. Camine despacio con Paula a mi lado y portando a Falca hacia la vertical columna de humo. Visto de cerca, el enorme cráter con sus entrañas de lava hirviente provisto simplemente de una reforzada barandilla, semejaba la entrada del infierno. Sentí la proximidad del calor quemándome casi las cejas.

Deposite con cuidado el cuerpo de ralea sobre las ardientes baldosas, volviéndome impotente de rabia hacia el loco Ladislao Kaumunga. La profunda oscuridad de la sagrada terraza solo se veía horadada por la luz dimanante del volcán escasamente a veinte pasos, busqué desesperado la luna llena, oculta de repente tras un telón de nubes.

—¡Ella es la hija del faraón, Kanga; si la matas no podrás salir de aquí!

El negro vino hacia nosotros en compañía de Karen, andando esta última encorvada bajo el peso de los brillantes.

—No pienso matarla a ella, Kavanagh, sino todo lo contrario. Me satisface el decirle que conozco el egipcio tan bien como usted. Cuando ella despierte, le diré en su lengua que vosotros quisisteis desvalijar las tumbas... y por eso os maté.

A pesar del calor a mi espalda, sentí un escalofrío. Paula se apretó contra mí temblando.

—Falca, a quién ha visto robar las piedras ha sido a tu cómplice Karen.

—¿Mi cómplice...? ¡No; la vuestra!

Su carcajada superó en esta ocasión la voz de trueno del volcán. Karen tardó unos segundos en comprender el dramático significado para ella de estas palabras; quiso de repente volverse contra el negro golpeándole entonces este brutalmente.

—¡Aparta, estúpida!

La mujer dio un grito retrocediendo hasta donde nos hallábamos nosotros para caer de rodillas. El suelo se llenó de pequeñas piedras relucientes a la luz del volcán.

—¡No, Ladislao... a mí no! ¡Yo te ayudé... en todo! —chilló Karen.

—Levántate.

La mujer obedeció como un autómata, y entonces el negro oprimió el gatillo. No pude hacer nada por evitarlo; avancé dos pasos enardecido por la desesperación enfocándome el revólver con

su predicción de muerte. Vi entonces con el corazón paralizado, cómo Karen llevándose una mano el pecho comenzaba a retroceder tambaleándose hacia el cráter. Las gemas preciosas saltaron por las baldosas manchadas de sangre.

—¡Cuidado, Karen!

Su grito de agonía se ahogó, absorbido como su cuerpo, por la boca ardiente del volcán. Paula comenzó a chillar histéricamente tapándose la cara con ambas manos. Kanga permanecía impasible; sonriente, como un diablo del mal. Observé que en su mano izquierda sostenía el diario del reverendo Walkerson, que yo leñera en voz alta.

—Ahora usted, Kavanagh.

Quise ganar desesperadamente tiempo de alguna forma.

—¿Para qué quieres el diario, Kanga?

—Es lo único que voy a llevarme; me sobra. Con esto, mi pueblo podrá explotar la mina más fabulosa en metales que existe, y así obtener dinero más que suficiente para gobernar África, y tal vez el mundo.

—Estás loco; aunque esos datos fueran exactos, hacen falta muchas cosas para explotar una mina.

—La riqueza está aquí, esperándome al pie de esas tumbas, para cuando mis hermanos y yo vengamos en número suficiente a apoderarnos de ella. Poco es, comparado con lo otro, pero suficiente para armar a mi pueblo, dominar esta tierra de extremo a extremo y extraer la fabulosa riqueza de sus entrañas.

Kanga avanzó varios pasos mientras hablaba excitadamente oprimiendo febril el diario del misionero en su mano izquierda. Un búfalo rabioso atacándome desarmado, no me hubiera producido más malestar.

—¿Quién mató a Bruce Látimer? ¿Fue el Mau-Mau?

—Fui yo; yo solo. El asesinó a mi hermano Makori, fingiendo el accidente del rinoceronte. Sabíamos que ya había encontrado en un poblado Masái el mapa hecho por el misionero. Descubrió a mi hermano registrándole la tienda; no dijo nada y salió contigo a cazar el rinoceronte. Entonces lo mató.

De soslayo vi cómo Falca comenzaba a recobrar el conocimiento.

Kanga, enardecido por su sangriento historial, fue demorando mi ejecución en unos minutos, para mí más preciosos que todos los tesoros kambusis juntos.

—¿Tú mataste también a Arnold Brecher?

—Sí; sabía que le gustaba cazar. Por eso descargué sus

cartuchos. Un porteador descubrió la operación y tuve que matarlo clavándole una lanza. Ella lo llamó a su tienda, y allí lo hice; luego rajamos la lona por detrás... ¡Saitani!

Celebró su ocurrencia con una risotada, manteniéndose clavado en su sitio con el revólver apuntándome a la cabeza. Desde esa distancia deduje que sería imposible saltar hasta él, sin encontrarme antes con un par de balazos en el cráneo.

—A Arnold le desenterré durante la noche, para atraer a los leones. Quería asustar a los porteadores, ya que ninguno era kikuyú, ni hermano del Mau-Mau. Cuando regresaba, me encontré con Grogan que huía. Me fue fácil hacerle creer que iba con él; al llegar a las ortigas gigantes, le golpeé tumbándole sobre una. Era un cobarde renegado, hijo de hombre blanco.

—¿Y Patrick?

—Ese fue fácil. Se quedó dormido mientras vigilaba al negro herido. Karen aprovechó para quitarle las vendas al moribundo, y dejó que se desangrara. Luego, al despertarse Patrick, fingió indignación, matándole con su propio rifle... Eso es todo.

No era todo, caso de haberme preocupado su historia más que mi vida y la de Paula temblorosa a mi lado. Presentí que con el broche final de sus palabras, acababa también mi existencia y me dispuse a morir con las dos balas en el cerebro. Falca, a mis pies, comenzó a lanzar débiles exclamaciones; en esos instantes en que el negro desvió también su mirada, yo salté hacia adelante.

Vi cómo Kanga advertido a tiempo, levantaba el revólver con recta precisión señalando mi cabeza, y hasta oí el disparo sobre el ruido monocorde del volcán. Al principio pensé que no se siente absolutamente nada al morir. Así permanecí quieto con los ojos cerrados ajeno a cualquier sensación de dolor físico. Cuando al fin me decidí a abrir los párpados, sorprendí estupefacto a un metro escaso de mí, el rostro extrañamente distorsionado de Kanga mirándome estúpidamente.

Creo que reaccioné cuando el revólver cayó de su mano para rebotar en los mosaicos; luego Ladislao Kaumunga, asesino del Mau-Mau y licenciado en la Universidad de El cabo pasó por mi lado tambaleándose pesadamente, para el final quedar su cuerpo inerte colgado sobre la barandilla con el cuaderno del misionero Walkerson apretado en su mano.

Falca se había puesto de pie, mirando asombrada por encima de mi hombro; al volverme, no pude evitar una desesperada exclamación de asombro.

—¡Capitán Ramsey!

Por inexplicable que me pareciera, se hallaba allí, escasamente a veinte pasos, brotando de la oscuridad con toda una sensacional comitiva de guerreros kambusis. Falca corrió hacia el grupo, arrodillándose ante una figura de grave aspecto, a quién al instante reconocí como su padre, el faraón. Ramsey con un rifle todavía humeante en las manos, resultaba la única figura anacrónica dentro de la nutrida escolta egipcia. Caminó hacia mí andando lentamente, mientras yo buscaba de forma apresurada el revólver caído gritando:

—¡No avance, Ramsey!

—¡Coja el diario, Kavanagh, antes de que caiga al fuego!

Comprendí entonces que esa era mi verdadera arma. Saltando hasta el abatido cuerpo de Kanga, le arranqué de su crispada mano el diario esgrimiéndolo en lo alto.

—¡Deténgase, Ramsey, o lo arrojo al fuego!

El oficial británico se detuvo en seco.

—No tengo nada contra usted, Kavanagh, he oído todo cuanto decía el negro.

Titubeé indeciso.

—¿Cómo sé que no miente?

—Le vengo siguiendo desde que facilitamos su huida en Nairobi. El Servicio Secreto andaba ya detrás de Bruce Látimer desde que abandonó Inglaterra por tener referencias de que este se hallaba a sueldo de una potencia extranjera. Al principio, creímos que usted también tenía relación y le dejamos escapar para seguirle, una vez que se uniera a la *safari* de Arnold Brecher.

—¿Por qué a la *safari* de Brecher?

—Porque este formaba sociedad con el difunto Látimer. No era un secreto que la expedición se hallaba en África buscando algo. Por eso le dejamos marchar; así les espiaría a ellos más de cerca que nosotros... Ahora ya sé que se trataba del más fantástico yacimiento mineral de la tierra. En nombre del Alto Mando, le doy las gracias por su colaboración, Kavanagh.

Me entraron ganas de reír hasta caer reventado.

—Así, que fueron ustedes los que velaron por mi salud cuando estuvo a punto de devorarme aquella pantera.

—Sí; dimos con usted casualmente, ya que suponiendo que se dirigiría al campamento de Brecher, nos orientamos en ese sentido. También depositamos los bidones de agua, cuando estaban a punto de perecer sedientos. El resto de los inconvenientes dentro de su propia *safari*, no pudimos evitarlos.

Ahora todo estaba perfectamente claro: un montón de seres

muertos en las más trágicas circunstancias; yo, el más entupido e ignorante peón de todo el juego, y el Gobierno de Su Real Majestad con todos sus planes felizmente cubiertos.

—¿Qué quiere entonces, Ramsey?

—Usted es libre, Kavanagh; pero Paula Látimer tendrá que acompañarme para demostrar que nunca tuvo intervención en las actividades de su marido. Ahora, deme el diario.

El faraón Bekamón permanecía inmutable, estrechando a su hija entre sus brazos, mientras su comitiva de guerreros a la dorada luz del cráter, semejaban estatuas de bronce. Pensé que en aquella ciega y fantástica aventura había llegado al fin mi momento.

—Este diario pertenece al pueblo Kambusi, Ramsey; si intenta apoderarse de él, no saldrá vivo del valle. El faraón entiende nuestra lengua perfectamente.

—Lo sé; así le he hecho saber que esto es un territorio de Inglaterra. Serán respetados como el resto de la colonia, y conservados sus derechos y costumbres; yo no puedo prometer más. Caso de violencia por su parte, ya sabe que fuera de la cascada muchos hombres esperan mi regreso. De no hacerlo antes del amanecer, pedirán refuerzos a Nairobi y su pueblo será arrasado.

—Ramsey... usted sabe lo que ocurrirá si esta ciudad se ve invadida por lo que nosotros llamamos civilización. Por otra parte, la lepra es aquí un estigma de nacimiento, y su única manera de combatirlo, el agua que brota de los yacimientos; si alguien desvía su corriente, el pueblo entero perecerá.

—Ya procurará el Gobierno que esto no ocurra; la riqueza de este suelo es de Inglaterra, Kavanagh.

Indudablemente, Bekamón interpretaba la gravedad de nuestras palabras; su altiva actitud, contrastaba con lo patético de su silencio. Miré el cuaderno sostenido en mi mano, futurizando en mi imaginación el trágico porvenir de este pueblo.

—No le doy el cuaderno, Ramsey —dije tajantemente.

—¡Se ha vuelto loco, Kavanagh!... ¡En nombre de Su Majestad Británica!

—¡En nombre de Dios Misericordioso, Ramsey! —troné yo—. ¡No pienso hacerlo!... ¡Dispare su rifle si quiere, no me importa! Se trata de mi vida, a cambio de la de este pueblo entero... No; le privo a la Patria la ocasión de que fomente sus programas de turismo pisoteando la paz de este valle... ¡No se acerque, Ramsey, o arrojo el diario al fuego!

El capitán se puso lívido, y por unos instantes solo se oyó el ronquido profundo de la lava en el fondo del cráter. Ramsey apoyó

el rifle contra su hombro, hablando amenazadoramente:

—¡Por última vez, Kavanagh, suelta el diario o disparo!

—¡Dispáre, Ramsey!

Uní la acción a la palabra, arrojando el legajo amarillento a la sima ardiente del volcán. El capitán dio un chillido de desesperación apuntándome con su arma. Esta vez esperé la muerte con los ojos bien abiertos, y el alma tranquila. Pero el disparo no llegó; vi cómo a Ramsey le temblaba el dedo sobre el gatillo, hasta que al fin, separó el rostro de su arma con lentitud.

Entonces ocurrió algo sorprendente: el volcán fue apagando lentamente el ruido de sus entrañas, en tanto que la pira de humo, al perder intensidad, quedó convertida en una pequeña voluta ascendente de color blanco, como la combustión, de un cigarro. La luna asomó por entre las nubes, cubriendo la terraza con un velo de plata.

Todos los hombres de Bekamón clavaron una rodilla en tierra ante la mirada expectante del capitán Ramsey. Este, creo que pensó en algo, cuando oteó desde la alta terraza los dormidos tejados de la ciudad a nuestros pies.

No dijo nada; no hizo falta que dijera nadie nada, porque algo superior al idioma de los hombres, acababa de imponer su voluntad sobre el destino de un pueblo.

A mi lado oí un profundo sollozo y vi a Paula, hincada de rodillas sobre los mosaicos. La ayudé a levantarse sintiendo al ir a hablarle un temblor extraño en mi garganta.

—Paula...

—Ramsey me espera, Kent; he de ir con él.

—¡Pero tú no has tenido nada que ver...!

Negó con la cabeza, dedicándome una dulce sonrisa; luego avanzó hacia el capitán que inmóvil con el fusil al lado izquierdo, parecía a la luz de la luna un soldadito de plomo. Cuando llegó junto a él, ambos comenzaron a descender juntos las grandes escalinatas sin que Bekamón ni ninguno de sus hombres hiciera nada por impedirlo. Así les vi alejarse en el laberinto de casas camino de la cascada.

—Tú... ¿deseas quedarte aquí?

Al volverme, sorprendí junto a mí la regia figura del anciano faraón, con los ojos llenos de brillante humedad.

—Mi pueblo te da las gracias —prosiguió—. Tú eres un hombre bueno y valiente. Mi pueblo te querrá y esculpirá tu tumba al lado de la mía.

Estreché la mano del venerable anciano.

—Gracias, Bekamón, a ti y a todos los tuyos; pero no puedo quedarme... Acabo de comprender que hay alguien que me necesita más que nada en este mundo —clave mis pupilas en la lejanía—. ¿Comprendes, Bekamón?

Falca me miraba en silencio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Volveré por aquí, Falca, y te contaré muchas cosas de mi pueblo.

—¿Quién eres? ¿Cómo podremos llamarte al hablarle a nuestros hijos?

—¡Oh... pues, hasta ahora solamente... el cazador solitario!

Bekamón estrechó por última vez mi mano, depositando sobre mi cuello su opulento collar real refulgente de oro y piedras preciosas.

—Es un obsequio de agradecimiento. Cazador Solitario.

Partí sin volver la cabeza, bajando velozmente las grandes escalinatas camino de la cascada. A distancia, descubrí las dos figuras ascendiendo por el sendero de la montaña.

—¡Paula!

Vi cómo ambos se paraban, recortada su silueta a la luz de la luna. Así ascendí tropezando y cayendo, sin frenar mi afanosa carrera hasta que llegué junto a ellos.

—¡Kent!

Ramsey se volvió de espaldas, buscando infructuosamente en sus bolsillos algún cigarrillo. Al final, dijo gruñendo:

—Bueno... ¿ha descansado ya?

—Creo que sí, Ramsey; un maravilloso descanso que ha de durar toda la vida.

Paula se apoyó en mí para seguir ascendiendo.

—¿Qué va a decir a sus hombres, Ramsey? —preguntó.

—¡Ah, pues... la verdad! Detrás de la cascada solo hay un túnel de roca.

Creo que Paula le dio un beso agradecido.

—¡Demonios!... Y dense prisa de una vez, todavía hay que andar mucho.

Su marcial aspecto de oficial inglés, inició un prudente movimiento de despegue, separándose de nosotros una distancia conveniente. Cuando llegamos por fin arriba, llevaba media hora sentado en una piedra, aguardando.

—¿Se les había perdido algo? —refunfuñó.

—No, Ramsey, por el contrario: hemos encontrado lo inesperado.

Entonces, para mejor hacerle comprender mis palabras, volví a

besar a Paula apasionadamente.

FIN



*A través de las selvas
tenebrosas del Congo
Beiga, un hombre y una
mujer, unidos en la
aventura, perseguían el
logro de sus deseos...*

Ella anhelaba una venganza, él imponía la ley...
Pero entre los dos surgió inesperadamente un gran
amor...

ALAR BENET

el famoso autor, describe maravillosamente el paisa-
je africano y las costumbres indígenas del país,
en esta novela que ha titulado

TRAFICO DE ESCLAVOS

poniendo así adecuado marco al más apasionante
relato surgido de su fecunda pluma

TRAFICO DE ESCLAVOS

¡Un título que no podrá olvidar jamás por la emo-
ción y dinamismo que encierran sus páginas!

COLECCION CONGO

se lo ofrecerá la próxima semana

Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

423 — Raf Seggram
CARA APLASTADA

COLECCION "BUFALO"

120 — J. León
¡CUATREROS!

COLECCION "CONGO"

14 — Charles Mitchell
EL DIABLO DE LA SELVA

COLECCION "PANTERA"

57 — Rogers Kirby
PICNEROS EN WYOMING

COL. "SERVICIO SECRETO"

287 — Vic Peterson
LOS MUERTOS SUSURRAN

COLECCION

"PRÁCTICA Y POPULAR"
ENCOLES EN QUINCE DIAS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

482 — María Teresa Sesé
LA ESCAPATORIA

COLEC. "MADREPERLA"

378 — Armando Sandoval
AGONIA DE ODIOS

COLECCION "ROSAURA"

322 — María Morgan
SIEMPRE TU

COLECCION "AMAPOLA"

208 — Luis Masota
PERLA DE CEYLAN

COLECCION "ALONDRA"

161 — María Esperanza Neyra
EL MOLINO ROJO

COLECCION "CAMELIA"

102 — María Pilar de Molina
PACTO PELIGROSO

COLECCION "ORQUIDEA"

72 — May Carré
LA CHICA DEL FARO

as obras más selectas, los autores más populares,
presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
oyecto, 2 - Bar elona " Hipólito Irrigoyen, 645 - Buenos Aires



*¡Los mejores puestos
son siempre para quie-
nes dominan idiomas!*

*Y el inglés es uno de
los más indispensables..*

*Sin necesidad de in-
terminables cursos o
elevados gastos, sólo
con la ayuda positiva
y eficaz del original
método:*

INGLES EN QUINCE DIAS

dominará usted en poco tiempo la conversación en
tan universal idioma, indispensable para quienes
aspiran a mejorar de posición

INGLES EN QUINCE DIAS

Es el volumen que le ayudará en todas sus dificul-
tades. "En sus páginas hallará temas de conversación
con los que usted insensiblemente se acostumbrará
a hablar este idioma, tan necesario en el mundo
de hoy

INGLES EN QUINCE DIAS

Un libro utilísimo que le ofrecerá

COLECCION PRACTICA

¡Le conviene adquirirlo!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



OLIVIA DE HAVILLAND - ROBERT MITCHUM
FRANK SINATRA - GLORIA GRAHAME
BRECKIN CAULFIELD - CHARLES GICKFORD

Son los protagonistas de la sensacional novela y de la adaptación cinematográfica realizada por "United Artists" y "C. B. Films" de

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson* que ha batido todos los records de venta en Estados Unidos, durante el pasado año

NO SERAS UN EXTRAÑO

Un hombre ambicioso soñaba con un ideal que difícilmente podría alcanzar. Para lograrlo sacrificó sus sentimientos y vivió encerrado en sí mismo, usando cuantos seres ponían en él su confianza o su amor

NO SERAS UN EXTRAÑO

Un nuevo y clamoroso triunfo de Editorial Bru-guera, S. A.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS



¡Un nuevo éxito de la famosa

COLECCION DAN

que deleitará a mayores y pequeños!

Una serie que sin duda se hará muy pronto popular, es la dedicada a las aventuras del audaz

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Luchas en los espacios interestelares! ¡Los más sensacionales inventos del próximo siglo en manos de seres creados por la imaginación! Y con ellos, el

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

¡Un héroe del futuro que narra al mundo actual sus más apasionantes aventuras!

En todos los quioscos y librerías, hallará los cuadernos ilustrados

Serie VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Precio del ejemplar: 1'25 ptas.

El primer cuaderno que aparecerá la próxima semana, se titula

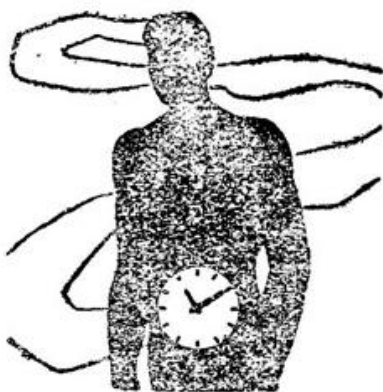
TINIEBLAS EN LA TIERRA

¡Exíjalo a su proveedor!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Todavía puede usted adquirir, antes de que se agote, este utilísimo libro:

CUIDE SU INTESTINO

recientemente aparecido en la magnífica ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

CUIDE SU INTESTINO

¡Todo cuanto le interesa conocer respecto a las funciones del más importante elemento para el perfecto equilibrio orgánico!

En este volumen — publicado hace una semana — hallará usted, además, los siguientes artículos:

- * PARA EMBELLECEER LA PIEL Y LOS CABELLOS.
- * RESPIRACION ABDOMINAL.
- * ALIMENTOS PELIGROSOS.
- * ¿ES POSIBLE CURAR LA TIMIDEZ?

¡Y otros muchos, de apasionante interés!

CUIDE SU INTESTINO

¡Otro libro utilísimo, de cuyo conocimiento depende la buena marcha de su salud!

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Barbara Britton

N.º 208 Cuenta actualmente 35 años de edad. Desde 1945 es la esposa del doctor Eugéne Czukor. En realidad se llama Bárbara Brantingham. Nació en Long Beach y de entre las películas en que ha intervenido destaca "El capitán Kidd".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

“Cazador Blanco”. Nombre genérico que, además, se aplica a todos los guías a sueldo.

[←2]

Vedados de caza.

[←3]

Especie de cerdo salvaje.

[←4]

Especie de cerveza indígena.

Cordillera Ruwenzori o Montañas de la Luna. El primer europeo que las descubrió fue el famoso explorador Stanley, en 1187. Debido a que las citadas montañas siempre están cubiertas de niebla, son prácticamente imposibles de escalar.

[←6]

Antílope de grupa caída y cabeza larga, con los cuernos doblados violentamente hacia atrás, muy común en toda África.

[←7]

¡*Aguarda!* en dialecto indígena.